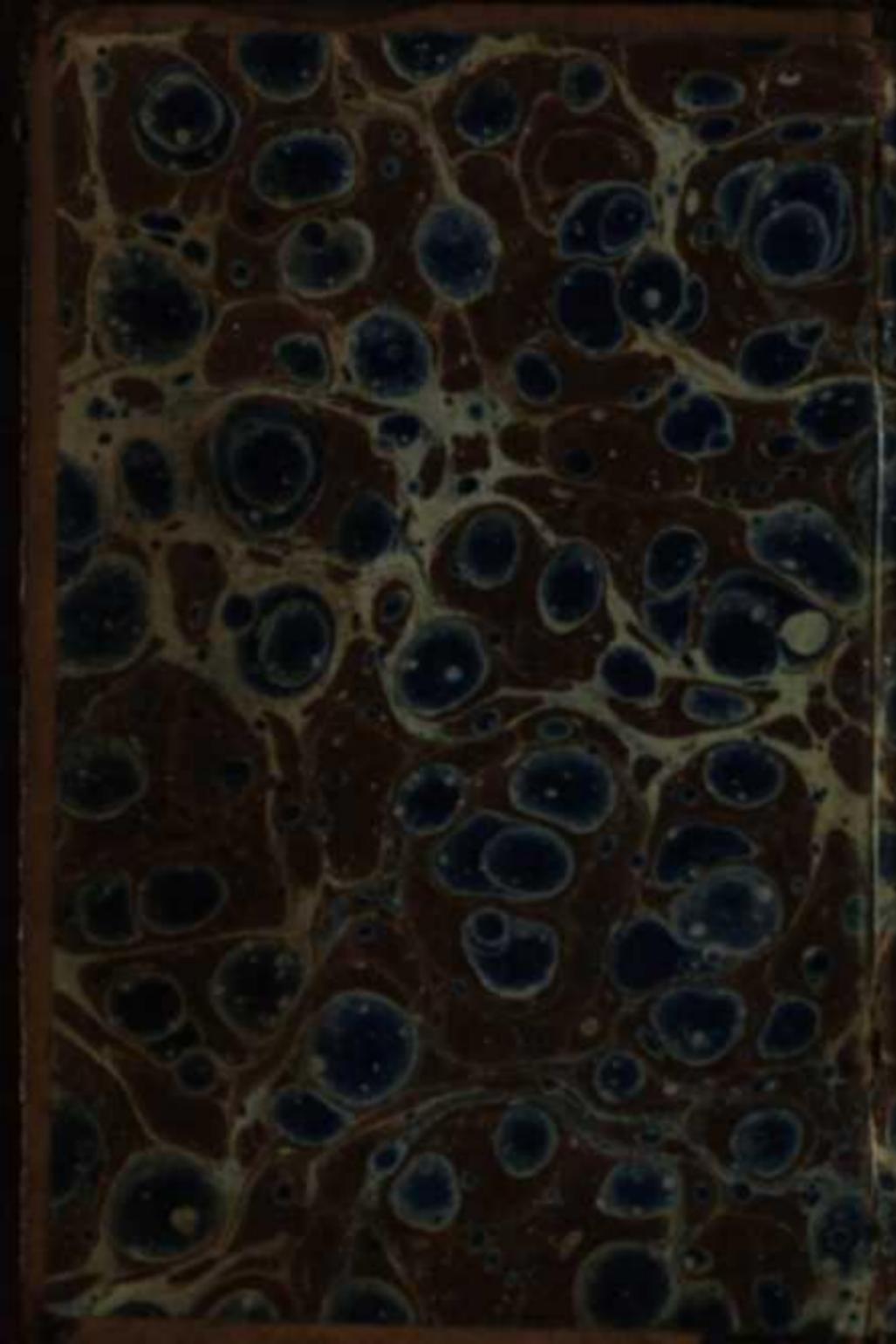
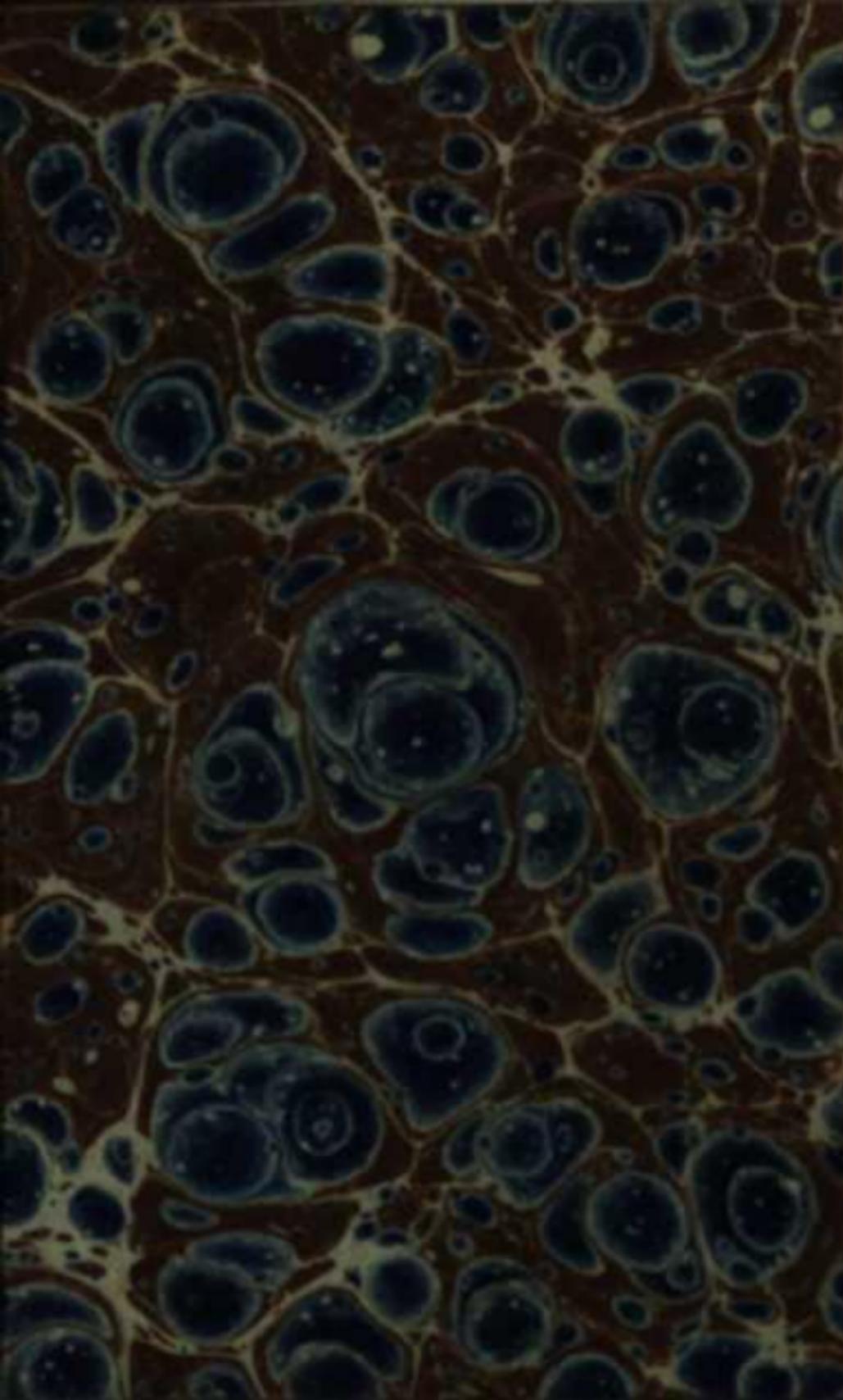


612-3



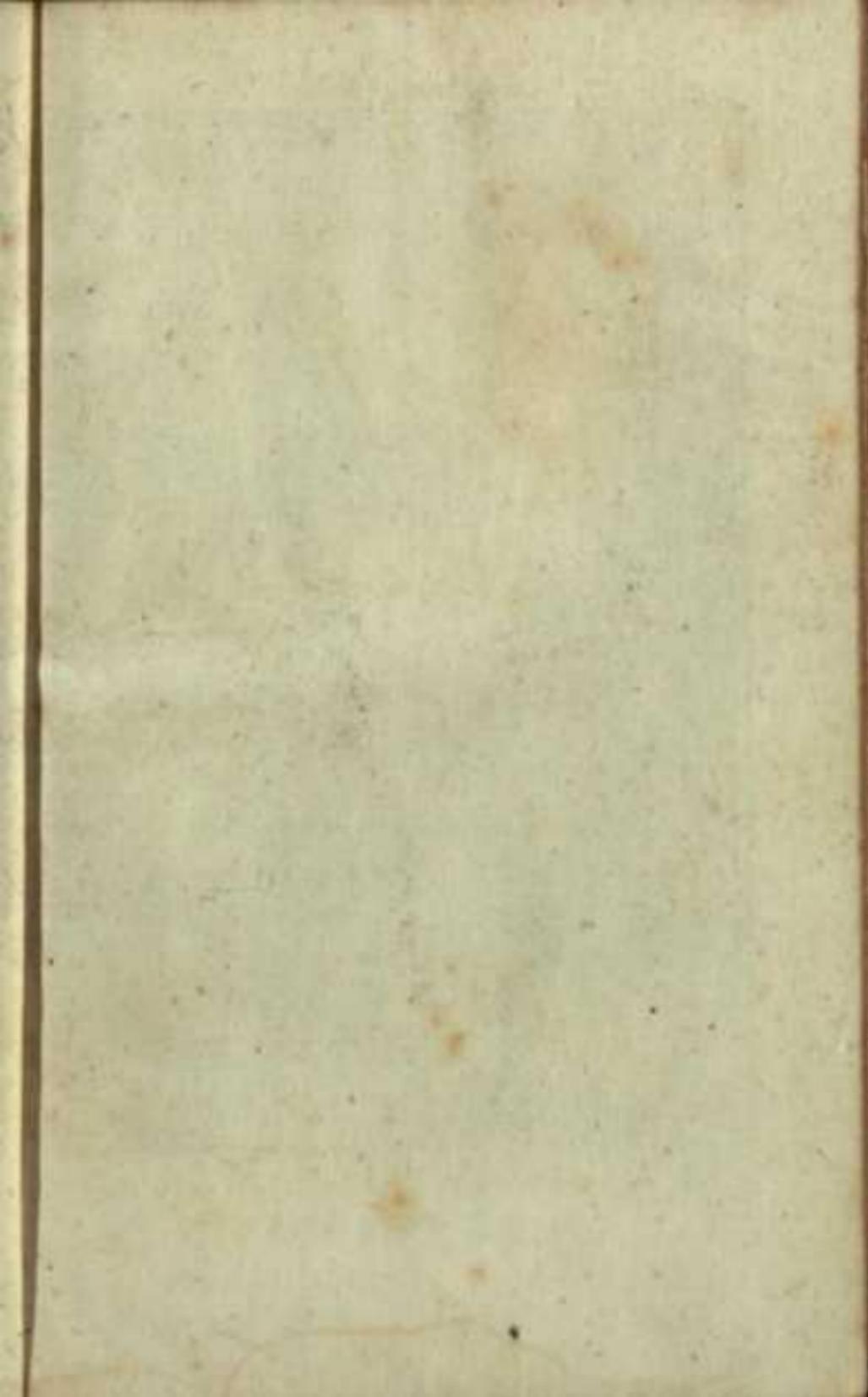




AVENTURAS
de
SATURNINO FICHET.

V.

ANNALES
DE
SALVATORIS FICHET.





Miserable! esclamo Fontevieue!

AVENTURAS
DE
SATURNINO FICHET,
Ó LA
CONSPIRACION DE LA ROUARIE.
POR
FEDERICO SOULIÉ.

TOMO V.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

17.21.414

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

AVENTURAS

De Saturnino Fichet.

CAPITULO XXXIII.

Habiendo huido de la Fosse-Ingant Fontevieux y Teresa, no quisieron seguir á Desilles, el cual despues de haberles dado alcance, continuó su camino hasta las playas de San Malo, donde encontró un barco que pudo trasportarle hasta Jersey. Fontevieux cedió en estas circunstancias á la voluntad de Teresa Moeilien, que contaba con encontrar seguro asilo en el bosque de Fougères. En su concepto, se acercaba el momento de la insurreccion, y

queria hallarse presente para el dia anunciado por la Rouarie; por otra parte contaba esta muger con todos los aldeanos de las inmediaciones de Fougeres, que la conocian personalmente.

Desviáronse de la ruta que Desilles llevaba, y despues de dos horas de camino, se creyeron á cubierto de todo ataque. Continuaron pacíficamente su viaje, de suerte que al anochecer estaban ya á muy corta distancia de Fougeres. Eran las seis de la tarde, cuando Foutevieux y Teresa llegaron á la embocadura de un camino transversal que por un lado conducia á la ciudad, y por otro á una granja perteneciente á la familia Moellien.

Habian convenido en pasar á esta granja; pero antes de entrar en la vereda que hácia este punto debia conducirles, Teresa detuvo su caballo y permaneció un momento silenciosa.

Aguardó algunos minutos Fontevieux y viendo que su compañera continuaba meditabunda, le dijo en voz baja.

— ¡Y bien! ¿no quereis que sigamos nuestra marcha.

Teresa estendió poco á poco una mano hácia la ciudad de Fougères, y le dijo:

Mirad, Jorge, allí, á dos pasos de nosotros, está la casa donde murió mi madre, la casa donde yo nací, la casa donde he vivido inocente y llena de dulces ensueños. No he de volver á verla antes de morir?

— Ya la vereis, dijo Fontevieux; mas eso será cuando entreis en ella como señora y no como fugitiva, la vereis, sí, cuando resuenen en su recinto los gritos de gozo y admiración, porque ese día nuestra causa habrá triunfado, y los heroicos esfuerzos que haceis en su defensa habrán obtenido el éxito mas bri-

hante.

—No lo creo, Jorge, ¿no habeis oido al marqués de la Rouarie, decirnos al exhalar el último suspiro: «Jorge, yo no veré el triunfo de nuestra causa.»

—Desechad tan funestos pensamientos, repuso Fontevieux; ya preveia yo que asaltarían vuestra imaginación al acercaros á estos lugares donde el gozo ha sido compañero de vuestra juventud.

Teresa no oia á Fontevieux: hallábase subyugada por una de esas ideas que se apoderan dolorosamente del corazón, y así repuso con una voz interrumpida por los sollozos:

—Jorge, yo quiero ver la casa de mi madre.

—Esa es una imprudencia, Teresa: una imprudencia muy grave. Entrar en una ciudad donde hay una guarnición republicana, es ir á buscar el peligro á sabiendas.

—Yo no estaré en ella mas que una hora, iré sola, y os prometo que esta misma noche volveremos á reunirnos en la grauja.

—Vamos, pues, á Fougeres, dijo Fontevieux.

—Mil gracias, Jorge, repuso Teresa, adelantándose rápidamente en direccion á la ciudad, á donde llegaron al cabo de una hora.

Era ya de noche: apenas habia abierta tienda alguna, y solo se veia tal cual luz brillar al través de los vidrios de algunas casas. Las calles estaban desiertas y solo encontraron á algunos transeuntes que estaban muy léjos de admirarse al ver á dos ginetes atravesar precipitadamente la ciudad.

Hallábase situada la casa de Teresa Moellien á pocos pasos de la iglesia: por la parte del campo el gran jardin que tenia, adornaba las murallas del cementerio, del cual solo le separaba una estre-

cha callejuela: por la parte de la ciudad la fachada de la casa hacia frente á una especie de encrucijada, en cuyo ángulo habia un café, á donde solian concurrir los oficiales de la guarnicion. Hubiera sido una imprudencia el presentarse en la puerta principal; así Teresa y Fontevieux resolvieron entrar por la que salia á la callejuela.

Fácilmente llegaron á la puercecita del jardin; pero en vano dieron una y otra vez fuertes golpes: la gente de casa no oia.

Por desgracia no faltó quien de fuera les oyese. El guarda del cementerio cuya casa estaba á corta distancia al otro lado de la callejuela, se despertó con el ruido de los continuos golpes que en la puerta del jardin daban los dos viajeros. Levantóse, asomó la cabeza al tragaluz y vió dos personas empeñadas en entrar en aquellos lugares abandonados hacia tanto tiem-

po y cuya custodia estaba encargada á un antiguo criado y á su muger.

Aunque el guarda no podia comprender cual era el objeto de los que querian entrar en esta casa, continuó asomado á su ventanilla para examinarlos, y en medio de las tinieblas de la noche vió á uno de los caballeros saltar la muralla, abrir la puerta y entrar los dos inmediatamente en el jardin. En efecto, Fontevieux habia preferido este medio al peligro de entrar por la puerta principal.

El guarda del cementerio creyó haber descubierto una tentativa de robo, y estuvo vacilando en presentarse á dar aviso á la Autoridad; pero el miedo de atravesar la callejuela á aquellas horas fué bastante para tenerle en casa toda la noche.

Los dos viajeros atravesaron al momento el espacioso jardin pertene-

ciente á la casa. Teresa dejó su caballo á Fontevieux y se adelantó sola por un corral hacia donde caía la ventana de la habitacion de los dos criados. Al verles al través de los vidrios, sentados en un rincón de la chimenea medio apagada conversando en voz baja, metió una mano por entre el enrejado que habia delante de la vidriera y dió unos cuantos golpes que hicieron levantar aturridos á los dos ancianos. Despues de los primeros golpes, y ya repuesto un poco el anciano Fampoux, se decidió á abrir la ventana, preguntando con voz amenazadora:

—Quién es?

—Soy yo, dijo Teresa.

—Dios mio! Dios mio! Bendito seas!

—Silencio! les dijo Teresa, acercándose á la ventana; no hay que meter ruido. Tú, Maria, vete á abrirme la puerta del salon por el

lado del jardín; y tu, Bautista, vé á recoger nuestros caballos que encontrarás debajo del peral grande, al lado del pozo.

Al dar estas órdenes, experimentaba Teresa una dicha inespliable; parecia recobrar el sosiego de su vida pasada, hablando del peral grande que tantas veces habia escalado en su niñez, y del antiguo pozo, al cual su madre le prohibia acercarse.

La pobre anciana se apresuró á entrar en las habitaciones interiores para abrir á su señora, y Fampoux siguió á Teresa, que daba la vuelta por el jardín dirigiendose hácia la puerta del salon.

—Encontrarás al señor Fontevieux, le dijo á Bautista, que se ha quedado con los caballos, y le dirás que venga junto á mí.

—Ah! exclamó el antiguo criado, ese valiente señor de Fontevieux: bien se lo decia yo á mi

muger que no os habia de abandonar ni un momento.

Teresa subió las escaleras que conducian al salon de su casa, y a cual se entraba por una ancha puerta que era al mismo tiempo ventana. Pronto oyó á Marta levantar con gran trabajo la gruesa barra de hierro que reforzaba los postigos interiores. Despues abrió la puerta y en seguida los postigos que la defendian exteriormente, operacion tan prolija y tan dificultosa que ya Fontevieux estaba junto á Teresa, cuando Marta abrió el último cerrojo, y abalanzándose alegremente hácia su ama, le dijo:

—¿Entrad, señora, entrad!

Habia colocado Marta una miserable bujia en un ángulo de la chimenea de este magnífico salon. Su aspecto era tan triste y sombrío, que aterró á Fontevieux, pero Teresa, que no podia contener su gozo al volver á ver la casa de

sus padres , echó á correr hasta el centro del salon , se paró un momento , miró hácia todas partes , y encaminándose en seguida hácia un cuadro que habia en uno de los lados de la chimenea , cayó de rodillas y se puso á llorar diciendo :
— ¡ Oh ! madre mia ! madre mia !...

Marta no hacia mas que preguntar á Fontevieux qué podria necesitar la señorita ; si tenia hambre , si tenia sed , si tenia frio ; pero Jorge que no queria interrumpir á Teresa en la piadosa expansion de sus afectos , respondió á Marta que preparase todo lo que quisiese.

A poco rato entró la vieja con un enorme haz de leña que puso en la chimenea , mientras que Teresa tranquila y feliz , alargaba la mano á Fontevieux diciéndole :

— ¡ Cuanto os debo , Jorge : ahora que he podido orar y llorar delante del retrato de mi madre , me

siento con mas valor para padecer :
 si es que debo padecer todavipens
 ó para morir , si es que la mudad !
 te ha de venir tan pronto. siem

Pero ya el fuego brillaba en sin
 hogar con ese alegre chisporroteo
 que parece una satisfaccion á boca
 llegada del amo de la casa. bres

Las bujías encendidas ilumina para
 ban el salon , y dos sitaliales colocamos
 dos cerca de la lumbre convidaba y d
 á los viageros á reanimar sus miembros
 helados y doloridos. tro

—Sentémonos un rato , dijo Te com
 resa á Fontevieux. —

Y ambos tomaron sus asiento le
 á los dos lados de la chimenea en pas
 cendida. El anciano Bautista esta cia
 ba ya de vuelta , y con su gorro abo
 quitado , profundamente inclinado de
 delante de Teresa , la miraba de hi bal
 to en hito llorando como una mu mo
 ger. vol

— ¡ Ah ! ¡ pobre señorita ! ¡ pobre
 señorita ! le decia el buen ancia jar

— ¡Cuántas veces hemos llorado pensando en vos! ¡Dios de bondad! ¿Qué vida es la que traéis? siempre en camino, las mas veces sin cama y sin hogar, y casi siempre sin tener pan que llevar á la boca, cuando yo y mi muger, pobres labradores, que hemos nacido para el trabajo y la miseria nos vemos en esta casa llenos de sosiego y de comodidades? ¡Ah! ¡cuántas veces me he avergonzado de nuestro tranquilo sueño, y del pan que comemos!

— Pues bien, mi buen Bautista, le dijo Teresa sonriéndose, ya que pasais tan buena vida en mi ausencia, haced que disfrute de ella ahora que estoy presente. El señor de Fontevieux y yo estamos á caballo hace siete horas, y necesitamos reparar nuestras fuerzas para volver á salir.

— ¿Cómo, tan pronto vais á dejarnos? dijo la anciana Marta. ¡Oh!

Por qué no os quedais aquí: nosotros os cuidaremos, os serviremos, y ya vereis que siempre está mejor en la casa de su padre y de su madre que en las de los demas, aunque sean príncipes Reyes.

—Mi casa está proscripta, y sería la menos á propósito para conderme, contestó Teresa; tengo que volver á marcharme esta misma noche, y así os ruego que no traigais alguna cosa.

—Muy bien, dijo Bautista, dirigiendo la palabra á su muger: ¿Qué es lo que puedes dar á la señorita?

—Todo cuanto quiera; iré á casa del panadero, á la carnicería á todas partes.

—No hagais semejante cosa, replicó Fonteveux, eso sería salir de la costumbre y llamar la atención de las gentes que pensarían que alguno habia llegado á esta

casa.....

—Es verdad, dijo Teresa, y añadió sonriéndose, algo debéis tener de vuestras provisiones.

—Señora, contestó la vieja, un poco de tocino con cebollas y algunos mendrugos de pan moreno, es todo lo que hay en la artesa.

—No creas que estamos acostumbrados á mejores comidas, dijo Teresa lanzando un profundo suspiro, vete á traernos ese pan moreno.

Esta situación tan miserable, cuya idea nunca habia ocurrido á la señora Moellien en medio de sus continuas y errantes correrias, le fue muy penosa, al verse en su propia casa; mas pronto desapareció su sentimiento, considerando la esmerada diligencia de los dos ancianos. Marta con una actividad ingeniosa dispuso una comida espléndida, en comparacion á lo que en un principio habia anunciado. Componíase esta comida de una gallina,

algunos huevos y diferentes frutas conservadas con el mismo esmero que si se hubiesen cogido estando la dueña en casa: así venia á ser una especie de banquete para los que hacia algun tiempo solo se mantenian del pan que casualmente compraban: ademas, la ropa de mesa estaba blanca como la nieve, la vajilla brillaba de puro limpia, y la lumbre encendida en la gran chimenea hacia aquella escena mas jovial y mas satisfactoria.

Fascinada Teresa por la idea de una felicidad inesperada, repetia con acento de júbilo:

— Oh! qué bien se está aqui!

Habia mandado Teresa á Bautista y á su muger que volviesen á su cuarto y aguardasen sus órdenes, en tanto que ella y Fontevieux permanecian sentados á la mesa calentando sus pies á la lumbre; pero estas solas palabras de Teresa habian venido á interrumpir el

silencio que guardabau hacia largo rato.

Temeroso Jorge de una sorpresa, trató de advertir á su compañera que era preciso pensar en salir lo mas pronto posible de aquella casa donde tan bien se encontraba; pero al contemplar el rostro de Teresa, en que brillaban á un mismo tiempo el júbilo y la melancolía, al ver aquel dulce mirar que acariciaba todos los objetos, mas queridos que nunca por lo mismo que hacia tiempo no los veia, desanimábase la resolucion de Fontevieux, y cada vez tenia menos valor para arrancar á su compañera de esa envidiable contemplacion que tanta dicha le proporcionaba.

De repente fijó Teresa sus ojos en una pequeña mancha que habia en el cielo raso. Estuvo mirándola largo rato, y parecia que se sonreia al contemplarla, hasta que enseñándosela á Fontevieux le dijo sin sepa-

rar un momento los ojos:

—No os acordais de aquello, Jorge?

—De qué? dijo mirando al mismo sitio.

—Cómo, replicó Teresa con los ojos siempre clavados en el cielo raso y sonriéndose con sus recuerdos; ¿es posible que lo háyais olvidado? Hace ya mucho tiempo en un día del santo de mi madre, las gentes de la casa se entretenian en hacer disparos en el jardín, mientras que todos nosotros estábamos aqui en el salon; yo era aun muy niña y tuve mucho miedo; á vos os sucedió lo mismo, y los dos corrimos á escondernos detras de la poltrona de mi abuelo el señor Moellien. ¿No recordais, prosiguió con mas animacion, que mi abuelo se burlaba de vuestra cobardia en tanto que mi madre me reconvenia en voz baja por haber descompuesto la poltrona? ¿No os acordais

que entonces el marqués de la Rouarie, que era ya un hombre hecho, cuando nosotros no éramos mas que unos niños, tomó á su cargo vuestra defensa y le dijo á mi padre: «yo os prometo que este mocito ha de ser muy valiente con el tiempo, y que no tendrá mas miedo al ruido de un disparo que al de esta botella de Champagne.» Al decir esto, hizo saltar el tapon que fue á dar en el cielo raso. Sí, Sí, me acuerdo como si fuera hoy, añadió Teresa, porque mi padre reconvino á la Rouarie por haber destapado la botella de Champagne en el salon, porque le incomodaba mucho que se manchára el cielo raso, cuando se habia retocado algunos dias antes. Pues esa es la mancha.

Lanzó Teresa un profundo suspiro, y distraida en mil diversos pensamientos que se habian apoderado de su imaginacion, continuó

con dulzura y en tono de queja:

—Qué vida tan encantadora pasaba entonces! Qué placeres tan inocentes, y qué inocentes amarguras! Qué alegría, qué seguridad y qué esperanzas!

—Sí por cierto, contestó Jorge, de cuyo ánimo se iba también enseñoreando la dulce melancolía de Teresa. Sí, yo me acuerdo de aquella familia noble y morijerada, de la veneración con que todos miraban la casa de vuestra madre; me acuerdo de la buena hospitalidad con que vuestro padre á todos recibía en el seno de una familia numerosa, unida y respetada; de aquellas noches de invierno ocupadas con tanta gravedad en disertaciones sobre cualquier jugada de chaquete ó de los cientos equivocada en el día anterior, mientras que allá en aquel rincón, vos y yo y vuestras queridas primas y mi pobre hermano que ha muerto en el

destierro, escuchábamos con la mayor atención á la Rouarie, que nos contaba mil historias de aparecidos y que se divertia mas con nuestros juguetes que con la grave conversacion alimentada al calor de la chimenea.

—Y él ha muerto tambien, dijo Teresa con profundo acento, aquel corazon lleno de nobleza, aquel jóven de entonces, tan famoso por sus magníficos corceles, sus numerosas jaurias, y su vida tan espléndida como la de un príncipe, ha muerto abrumado por los rigores del hambre y la miseria, ha muerto en una casa estraña, en medio de la calle, descansauo en la tierra húmeda y helada, sin tener siquiera un ataúd que lo preserve del frio y de la lluvia.

—Sí, sí, dijo Fontevieux cuya voz no pudo menos de alterarse con tan triste recuerdo, y nosotros somos dos proscriptos, condenados

uno y otro á la vida que llevó la Rouarie.

—¿Y esa vida no os llena de admiracion? repuso Teresa.

Fontevieux no respondió una palabra: se quedó mirando á su interlocutora, y sus ojos se animaron al ver que la belleza de la heroina se aumentaba con una sonrisa de alegría. Su corazon se ensanchó entonces, y levantándose precipitadamente, le dijo:

—Vamos, Teresa, vamos, que ya es tiempo.

—Ya, respondió tristemente.

—La prudencia lo exige, repuso Fontevieux.

—¡Un momento siquiera! exclamó Teresa con acento de súplica, ¡Soy tan feliz aqui!

—¡Feliz! repitió Fontevieux enjugando una lágrima.

—Mas, por qué esa tristeza?

—Dia vendrá, repuso Fontevieux con amargura, en que yo os diré

la lo que ahora sufro, lo que yo ha-
le bía esperado, y lo que no era mas
que una ilusion.

—Decidmelo ahora mismo, Jor-
ge, exclamó Teresa. ¿No somos en-
u trambos proscriptos, como deciais
- hace un momento, huérfanos en-
a trambos, unidos ambos á los mis-
- mos deberes, espuestos á los mis-
- mos peligros, siguiendo las mismas
e esperanzas, inseparables, yo al me-
e nos así lo espero, en nuestra buena
como en nuestra mala fortuna?

—¿Y eso es todo, Teresa?
dijo Fontevieux; y con esas es-
peranzas que hace tanto tiempo
seguimos juntos, no ha venido á
mezclarse nada desde esta ma-
ñana?

—¡Ah! Jorge, dijo Teresa con
espanto, tan cerca de la tumba de
la Rouarie..... ¡Oh! muy mal di-
cho es lo que acabais de decir,
añadió bajando la cabeza.

—¡Sea en buen hora! Si, re-

puso Fontevieux con una exaltacion febril, será mal dicho, ser cuanto querais; pero yo debo decirlo, por mas que mi ingenuidad os llene de asombro, esa esperanza la he concebido desde el mismo momento en que la Rouarie exhalaba el último suspiro.

—¡Callad! ¡callad! exclamó Teresa horrorizada.

—¡Ah! repuso Fontevieux llorando! bien sabe Dios que hasta ahora jamás me habia ocurrido el pensamiento de que fueseis mia. La Rouarie ha muerto, Teresa; mas si él hubiera vivido, siempre me hubiera encontrado dispuesto á vivir ó á morir por él; su voluntad era la mia, su espíritu estaba encadenado al mio. Yo pertenecia á sus proyectos, como su brazo á su cuerpo; habia tomado posesion de todo mi ser, menos de mi corazon, que habia quedado con vos. Si él hubiera vivido, el cruel suplicio

que he sufrido por tanto tiempo, lo hubiera sufrido, mas sin quejarme y sin buscar remedio, pero cuando esa barrera insuperable que me separaba de vos ha sido destruida por la inexorable mano de la muerte, debo decirlo para que comprendais todo el fondo de mi alma, yo no he podido reprimir cierta alegria culpable y funesta, y no me era dado pensar mas que en vos al lado del cadáver de aquel por quien yo hubiera dado mi vida, si hubiese podido salvar la suya; por quien la diera todavia, si fuese posible devolvérsela.

Teresa callaba: tenia la frente cubierta de rubor, los ojos bajos y el corazon conmovido.

—No habeis pensado en mí, no, prosiguió Jorge, y yo os he disculpado en los primeros momentos de desesperacion; yo os he disculpado aun, cuando defendiais el pensamiento de la Rouarie contra las

almas mezquinas que pretenden repartir su herencia: yo os he disculpado todavia, cuando la fuga nos obligaba á volver á nuestras fatigas y peligros; mas desde que os encontrais en esta casa, desde que habeis abierto vuestro corazon á los dulces recuerdos de lo pasado he estado esperando una palabra, una mirada siquiera; pero nada! ¡nada!..... Desde esa hora fatal en que mi vida soló á vos pertenece, no habeis pensado en mí ni un solo instante.

Teresa lloraba y nada respondió: temia demasiado la misma emocion que experimentaba, para atreverse á hablar.

—No, continuó Fontevieux, no habeis pensado en mí, os habeis olvidado ya de aquella noche en que entrambos ibamos á morir, perdidos y abandonados de todo el mundo. y en que me digísteis que me amabais.

—Mira si habré pensado yo también en eso, Jorge, exclamó al fin Teresa saltándole las lágrimas, cuando he tenido que jurar sobre la tumba de la Rouarie no ser tuya hasta el día en que hubiera triunfado nuestra causa. ¡Tan débil me he sentido contra el terrible amor que ahora experimento!

—Será posible! dijo Fontevieux, cayendo de rodillas delante de ella.

—Sí, no hay duda, replicó, lo que habeis sentido con asombro, yo lo he sentido con horror.

—Teneis razon, Teresa, repuso Jorge; pero el porvenir es nuestro, el porvenir que trae consigo no el olvido de las personas que uno ha amado, sino el derecho de pensar en su propia felicidad. Ese juramento que has hecho á la Rouarie, lo acepto como mio: tú has jurado no pertenecerme hasta el día en que nuestra causa haya triunfado, y yo no me creeré digno de

ser tuyo, hasta haber combatido y vencido con ella.

— Oh! gracias, Jorge, gracias! dijo Teresa mirándole prosternado á sus pies; quieren un gefe, continuó con entusiasmo, y no te han elegido, y no saben que tú solo en el mundo pudieras acabar toda la obra, cuya mitad has hecho ya!...

— Ese puesto, dijo Fontevieux, no quiero deberlo á una eleccion que siempre seria cruelmente disputada, ese puesto quiero deberlo á mis acciones; y si Dios no ha marcado mi sepulcro en los primeros pasos de mi carrera, no tardaré mucho en conquistar ese puesto.

— Ese puesto á tí te pertenece, continuó Teresa con entusiasmo y yo soy quien ha de ayudarte á conquistarlo. Atiende, Jorge, atiende: esa acta que hoy mismo se disputaban los gefes de nuestra asociacion,

esa lista de todos los conjurados, que es la fuerza misma de la conjuración, esa palanca con la cual se puede levantar en peso todas las villas y lugares de tres provincias, en mis manos está, Fontevieux, y yo te la daré. Ah! me decias, yo no he pensado en tí hasta que ha caído la barrera que nos separaba. Oh! Fontevieux, cuanto mas te amo yo, antes que tú ya habia yo pensado en esto! y esa lista la he quitado á la Rouarie, que aun existia, mientras que tu dormias al lado de la alcoba donde yo estaba en vela por tí, cerca del lecho de un moribundo!

— Ah! bendita seas, Teresa, dijo Fontevieux, ya puedes desde ahora pedirme cuanto gustes; dime qué peligros hay que arrostrar, ó qué trabajos hay que emprender. Oh! que no tenga ya un ejército para emancipar á la Francia de sus verdugos y hacerte proclamar su liber-

tadora! Oh, yo te lo juro, Teresa te lo juro, alcanzaré gloria, seré digno de tí!

—Y entonces, ¿no es verdad? dijo Teresa, volveremos á esta casa porque cuando me reconveniais por no haber pensado en vos ignorabais seguramente que en el momento mismo en que con tal entusiasmo me distraia con los recuerdos de lo pasado, iba formando en mi imaginacion la historia de nuestro porvenir. ¿Podeis comprender el encanto de vivir aqui, al abrigo de todo temor, de toda separacion, en medio de una familia de la cual llegaremos á ser los mas ancianos, y poder recordar estos funestos dias que ahora corren para nosotros; esta fatal y sangrienta borrasca que arranca, rompe y aniquila á los mas poderosos del reino, y que hasta en nuestra oscura existencia nos persigue, siempre dispuesta á anonadarnos con su furia, de la cual al

fin habremos escapado? ¿No conocéis que esa será una dicha que solo está reservada á los que han sufrido, y temblado, y llorado como nosotros?

— Oh! sí, Teresa, respondió Fontevieux, y entonces yo lo recordaré todo, y contaré cómo tú has sido mas fuerte y mas amante que yo, cómo yo sospechaba de tí, y como tú me tranquilizabas. Porque yo te amo, entiendes, como no se ha amado á ninguna muger.

— Silencio, Jorge, dijo Teresa con esa dicha embarazosa que produce el amor cuando se ama de veras.

— Porque ninguna muger, continuó Jorge, ha igualado á Teresa. Oh! permíteme decirte todo lo que siento!.. Deja hablar á este corazon por tanto tiempo comprimido!... ¿No sabes que el prisionero que cree que su cautividad ha de ser eterna, se conforma con su suerte

y no experimenta mas que una desesperacion inerte y sin combate?... Pero venga un dia en que cualquier suceso le ofrezca alguna esperanza de su libertad, ¡oh! entonces, ya toca sin cesar á la puerta de su prision: llama, y hace que le repitan á cada momento que pronto será libre, y pregunta á cada minuto: «¿Será dentro de ocho dias? ¿será mañana? ¿será hoy?» Pues bien: yo me ballo en igual caso; despues de este horrible silencio de tres años, es menester que yo hable y que diga, sin cesar: Yo te amo, te amo! ¿Y tú me amas? ¿me amas tú?»

— Oh! sí, Jorge, yo te amo..... sí..... pero disimulá, amigo mio, nuestros criados están muy cerca de nosotros..... ¿Qué dirian si entrasen de repente, y te viesen así á mis pies. mis manos cogidas á las tuyas, mi frente inclinada sobre tu frente. Oh! calla por Dios! Jorge,

calla!....

—Pues bien! dime que me amas.

—Ah! no lo ves! no lo sientes!

Pon tu mano sobre mi corazon... yo me abogo ; tanta es mi felicidad!... Pero escúchame, Jorge, ahora me toca á mi el ser prudente, ya es tiempo de partir: mira, ya la noche es menos oscura, y el color negro del horizonte se va aclarando con tintas menos cargadas; apenas tendremos tiempo de abandonar esta ciudad peligrosa.

—Oh! aun hay tiempo, Teresa; dijo Fonteveieux; pero ¿en dónde podríamos escondernos mejor que en esta casa, abandonada hace tanto tiempo por sus dueños? Quédate, Teresa, necesitas descanso..... Un dia, uno solo despues de tantas fatigas, despues de tan crueles sucesos..... Oh! quedémonos, yo te lo suplico, quedémonos.

—No, no, contestó Teresa, es menester partir; yo lo quiero, y

os lo pido encarecidamente. olvidéis mi juramento, Jorge, olvidéis que yo también he tenido que callar mucho tiempo, que también conozco que comienza para la vida para mí. Oh, no, continuó con mas desembarazo, dia entero en esta soledad, un entero hecha el blanco de tus claraciones y tus ruegos... no de consentirlo!....

Jorge la cogió entre sus brazos, procurando detenerla con fuerza.

Palpitábale á la infeliz el pecho con violencia, tenia los brazos clavados en el suelo. Hubo un momento en que los lábios de Jorge se rozaron con su frente; pero ella le rechazó con aire de tristeza.

—Muy mal haceis, Jorge, dijo: Oh! dejadme conservar intacta esa castidad que debo á la persona que ha de darme su nombre. Pues, amos, estoy avergonzada, ten

e. miedo. Por Dios! que no tenga que
e, ruborizarme delante de vos.

te — Ven pues, Teresa, ven, le di-
uejo Fontevieux; vamos, y Dios nos
a ayude para la salvacion de la Fran-
, cia y para nuestra propia ventura.

10, — No tengas cuidado, Jorge, Dios
10 nos protegerá!

us En este momento tocaron con
) P violencia el martillo de la puerta
cochera que salia á la calle.

3 l

n c

el

s e

n d

Jo

o c

ia.

e,

nta

erso

Pa

ten

CAPITULO XXXIV.

Al oír este ruido, Jorge y Teresa se estremecieron y se miraron uno á otro con asombro. ¿Habria que rido dar la Providencia un mento á sus halagüeñas esperanzas, ó castigarlos por la dicha imprudente la cual acababan de entregarse cuando una causa tan sagrada estaba puesta en sus manos?

Pusiéronse á escuchar. Bautista

—Escuchó temblando, y les dijo que habia visto fuerza armada apostada á la puerta de la casa.

—Vete á abrirles, le dijo Teresa, y deténlos solamente algunos minutos, el tiempo necesario para que podamos llegar á la puerta del jardín.

Al instante Teresa y Fontevieux echaron á correr hácia la puerta por donde habian entrado; pero al tiempo de abrirla, oyeron voces en la calle y ruido de armas, por lo cual se convencieron de que toda la granja estaba cercada.

—Estamos perdidos! dijo Teresa con resolucion.

—Animo! repuso Jorge, yo te defenderé contra un ejército!

—No, dijo Teresa, no les opongas resistencia. Dios nos librará de sus manos, si es que no se ha desentendido de todos sus servidores; pero antes de caer en poder de nuestros enemigos, nos queda un

deber sagrado que cumplir. Sigue
me.

Volvieron inmediatamente al sal
lon, cerraron los postigos de la
parte exterior de la puerta vidrie
ra, y aseguraron la ventana por
la parte de adentro con la barra
de hierro que Marta había qui
tado.

—Y ahora, dijo Teresa á Fon
tevieux, amontonad esos muebles
contra la puerta que sale al pór
tico, y tenedla cerrada hasta que
yo haya concluido el sacrificio.

Mientras que Fontevieux cum
plia exactamente estos mandatos,
reunió Teresa los restos de la lum
bre que había en la chimenea, tra
tó de volver á encenderlos, y les
agregó todas las astillas que pudo
haber á las manos.

Sin embargo, la llama apenas
se encendía, y Teresa aturdida bus
caba, por do quiera, restos de le
ña que pudieran alimentarla.

Eu

ba t

esas

res

ne h

bles

puerta

a se

iano

—E

ccia,

ron l

he: t

necesit

—N

entrad

mente

enemi

—Y

entrac

migos

tista

—E

jo el

había

Entretanto Fontevieux amontonaba delante de la puerta, sillas, mesas y cuanto podia oponer alguna resistencia á la entrada de los que habian invadido la casa. Oíales hablar acaloradamente á la puerta del vestíbulo, cuya entrada se empeñaba á impedirles el anciano Bautista.

—El guarda del cementerio, les decía, es un imbécil: ningun ladrón ha entrado en casa esta noche: todo está arreglado, y yo no necesito el auxilio de nadie.

—No son ladrones los que han entrado, contestó una voz enteramente igual á la de Barthe, sino enemigos de la república.

—Yo digo y repito que no ha entrado nadie, ni ladrones ni enemigos de la república, replicó Bautista con energía.

—En cuanto á eso decis mal, dijo el guarda del cementerio que habia acompañado á los que iban

á hacer el registro, estoy segurísimo de haber visto ayer noche á dos personas que entraron por la puerta del jardín que dá á la callejuela de la. Es tan cierto, que en toda la noche no he podido dormir; y como esta mañana no os he visto tra casa bajar en la huerta como de costumbre, he recelado que pudieran haber os sorprendido durante el sueño, y á fin de que no os sucediera ninguna desgracia, pasé al momento á avisar al señor alcalde.

En efecto, con la mejor intención del mundo habia ido este desgraciado á despertar los recelos del magistrado republicano. Si el alcalde hubiese estado solo en su casa cuando el guarda del cementerio fue á darle parte del suceso, es probable que este magistrado no habria llevado hasta tal punto su celo para asegurarse de la pacífica existencia de los dos ancianos, en quienes nadie pensaba; es probable

seguramente que habiéndolos encontrado en la puerta, no hubiese pauesado de allí, despidiendo al guarda enboramala por haberle incomodado tan sin venir al caso. Pero cuando este oficioso avisador fue á la casa del alcalde, estaba allí Barthe, con quien en virtud de órdenes de Morillon iba de pueblo en pueblo reuniendo todas las tropas disponibles.

Apenas oyó Barthe el aviso, miró el hecho de un modo muy diferente de como lo habia mirado el guarda del cementerio. Sabia que el marqués de la Rouarie estaba á punto de morir, sabia que Morillon habia ido á sorprenderle á la Guromarais, donde se hallaba con algunos conjurados y con Teresa Moellen. Dedujo, por consiguiente, que los que habian entrado en su casa debian ser fugitivos y no ladrones; y conforme á este cálculo tomó al instante sus medidas para cercar la

granja por todas partes. El era quien principalmente insistia, como ya hemos dicho, en entrar á las habitaciones.

—Ya os he dicho que no ha nadie, repetia sin cesar el anciano Bautista, y que hace mas de un año que no se ha abierto esta casa.

—¡Mentís! dijo un guardia nacional que entraba á la sazón en el vestíbulo, pues hay en el centro del tejado una chimenea que echaba humo, y vos no acostumbrais á hacer la cocina en el salon, ni en ninguna de las habitaciones de esta casa.

—¡Basta, basta, continuó Bautista, echad al suelo las puertas de este hombre no quiere entregarnos las llaves.

—Pues bien, voy á buscarlas, dijo Bautista, el cual ignorando que la casa estaba cercada, solo se habia propuesto entretenerlos algunos

minutos para dar lugar á que Teresa y Fontevieux tuviesen tiempo de salir por el jardin.

—¡Qué diablos queman allá dentro, exclamó un guardia nacional desde el fondo del patio, sin duda quieren poner fuego á la casa.

En efecto, merced á los combustibles que Teresa habia amontonado, el fuego se habia vuelto á encender. Abanicos, canastillos de labor y hasta algunos muebles preciosos, todo lo habia arrojado en la chiménea. Por fin, cuando vió las llamas que brillaban con ardor y actividad, dijo de pronto á Fontevieux:

—¡Defiende la puerta! y déjate asesinar si es necesario, antes que consentir que entren en el salon, hasta dentro de cinco minutos.

En un momento se quitó su amazona y la echó en medio de las llamas.

A la sazon gritaba el mismo

Barthe que venia por el lado puesto:

—Están quemando alguna cosa ; al suelo las puertas , no aguardéis por las llaves!.....

No tardaron en sentirse los primeros culatazos de fusil.

—Mantente firme , exclamó Teresa que veia con desesperacion casi completamente sofocadas las llamas bajo el peso de su vestido todavía húmedo , con el cual acababa de envolverlas por decirlo así.

Llenos de cólera los guardias nacionales comenzaron á dar mas fuertes golpes. Fontevieux , sin otro auxilio que sus manos , sostenia contra la puerta los muebles que habia amontonado , y Teresa , medio desnuda , corria por el salon buscando nuevo alimento á la llama que se apagaba sin recurso. Con una mano desesperada rompió las sillas y las arrojó al fuego hechas pedazos ; pero solo salia humo muy

lado
osa,
nar-
pri-
Te-
ca-
lla-
to
ba
asi
na
er
tr
on
ba
di
us
me
on
la
at
ay

espeso de aquel hogar sofocado. Entonces Teresa, llena de resolución, se detuvo delante del retrato de su madre, lo contempló un momento, lo descolgó de la pared y después de hacer la señal de la cruz, lo echó al fuego diciendo entre dientes:

--¡Es por vuestra causa, Dios mío!

Al fin dió un grito de alegría viendo inflamarse el hogar con este lienzo y el marco, que el trascurso de los años habían desecado completamente.

Entretanto, la puerta se bamboleaba, y algunos de los muebles amontonados por Fontevieux, cediendo al sacudimiento de los repetidos golpes de los agresores, rodaron con estrépito por encima de la cabeza de Jorge: Teresa los llevó arrastrando hasta el hogar de la gran chimenea. La lumbre chisporroteaba, la espesa nube de hu-

mo que exhalaba el paño comenzaba á descubrir algunas llamaradas que brotaban como relámpagos en aquella nube sombría.

— ¡Aguarda un minuto! exclamó Teresa, un minuto nada mas!

Pero al mismo tiempo cedió la puerta á los esfuerzos de los que la atacaban: cayeron los muebles, y Jorge se vió arrollado en medio del salon. Entonces advirtió aquel la desnudez en que se hallaba Teresa, la cual arrojándose en sus brazos, le dijo:

— ¡Cúbreme! ¡Cúbreme!

Sin embargo, una vez abierta la puerta en frente á la chimenea, dejó franco el paso á una corriente de aire, que penetrando en medio de las llamas les dió una actividad devoradora.

— Se han salvado, dijo en voz baja Teresa, mientras que Barthe gritaba:

— Apagad el fuego! apagad el

fuego!

Quitaron de la hoguera los muebles medio consumidos, cuyos adornos de metal se habian torcido por la accion del calor; restos de telas y algunos pedazos de paño, que el fuego habia calcinado sin reducirlos á cenizas.

Barthe habia oido decir que Teresa Moellien llevaba en sus vestidos los papeles de la Rouarie; cogió, pues, estos pedazos de paño, y todavia encontró la ceniza blanca del papel; pero las huellas de la escritura habian desaparecido; todos los nombres estaban borrados.

Entonces se volvió hacia Teresa Moellien que estaba llena de confusion detrás de Fontevieux.

Era preciso que el digno agente del infame Morillon, cometiese una cobardía á falta de un acto de crueldad; y como acababan de arrebatarse de entre las manos la

prueba con la cual hubiera podido enviar al cadalso mas de doscientas víctimas, recurrió al insulto para vengarse de tan funesta derrota.

—Hola, hola! que buena pieza! exclamó volviéndose hacia Teresa, se conoce que os hemos cogido en momentos muy interesantes, porque segun el traje en que os encontráis, preciso es haceros la justicia de confesar que no empleáis todo vuestro tiempo en conspirar contra la república.

—Miserable! exclamó Fontevieux arrojándose encima de Barthe.

—Dejadle hablar, Jorge, replicó Teresa conteniéndole, solo á Dios tenemos que dar cuenta de nuestras acciones.

—¡ Oh ! ¡ Magnífico ! dijo Barthe, Jorge, Jorge de Fontevieux, no hay duda.—¡ Muy bien ! añadió, os doy mil gracias, señorita, por haberme dicho el nombre de vues-

o tro amante.

— Puesto que sabeis mi uombre, dijo Fontevieux, es preciso que sepais tambien quien soy: abi están esos papeles, id enterándoos de su contenido.

Hacia mucho tiempo que Jorge Fontevieux se habia provisto de una comision del príncipe de Deux-Ponts, que le habia acreditado como su agente diplomático cerca de la república francesa. Mas de una vez le habia sacado de apuros semejante comision, y esperaba que esta vez le sirviese lo mismo, y sobre todo que salvase á su buena compañera.

Terrible fue la sorpresa de Barthe al leer estos papeles, que daban al arresto de Fontevieux una importancia política, de que no habia podido formarse idea.

— Aunque no puedo comprender qué objeto tenga la venida á este pais de un enviado del príncipe de

Deux-Ponts, dijo Barthe, debo confesar que estos papeles están en toda regla; pero en cuanto á esta jóven...

—Viaja conmigo, contestó Jorge mirando á Teresa con un aire de súplica.

—¿Con qué carácter, repuso Barthe, como muger propia, ó como querida.

—Como mi esposa, respondió Jorge.

—Decid, señor alcalde, repuso Barthe: ¿la señorita Teresa Moellien ha publicado en esta parroquia las proclamas de su matrimonio con el señor Fontevieux, segun la ley dispone?

El alcalde contestó negativamente.

—En tal caso, prosiguió Barthe, el matrimonio supuesto es falso ó nulo, y no podeis reclamar esta jóven sino como criada ó como querida.

— ¡Ni una cosa ni otra! exclamó con la mayor indignacion Teresa. ¡Ah! Jorge, Jorge, la vida no merece la pena de que se sufra semejante injuria: idos, puesto que sois libre, yo me quedo y al mismo tiempo, lo digo en alta voz, he conspirado, y no dejaré de conspirar, quemando ese vestido donde se ocultaban las pruebas de mi conspiracion.

— ¡Sea en buenhora, al menos en ese lenguaje hay franqueza, dijo Barthe, y no en el vuestro, señor Jorge de Fontevieux, que os empeñais en pasar por agente diplomático de un príncipe aliado: ¿qué es lo que haceis aquí, señor embajador, añadió con ironía?

— Estaba ayudando á la señorita Moellien, contestó Jorge, en destruir hasta el menor vestigio de esa conspiracion que va á estallar repentinamente sobre vuestra cabeza y que os devorará á todos: yo

estaba conspirando con ella ¿lo entendéis? y si por esto fuese necesario morir, moriré con ella.

—¡ Ah! esclamó Barthe gozoso, me parece que no necesitamos pruebas para prender á estos dos infames aristócratas y conducirlos á Rennes bien escoltados. ¡ A caballo, á caballo! y volvamos á la capital del departamento. Esto debe ser muy de vuestro gusto, añadió dirigiéndose á Teresa y á Jorge; porque si no me engaño, encontrareis allí muchos conocidos. Vamos, despachemos, no hay que perder minuto.

Inmediatamente ataron un brazo de Teresa á otro de Fontevieux, y los pusieron en medio de un grupo de guardias nacionales.

— Marta.... dijo en voz muy baja Teresa á la anciana criada. La pobre Marta se acercó llorando.

— ¿ No tendrás una mantilla vieja para cubrirme un poco las espal-

das? le dijo Teresa.

—¡Ba, ba! dijo Barthe enseñándoles la puerta de la calle, no es malo que festejeis un poco á los vecinos de Fougères con la perspectiva de vuestros encantos. ¡Eh! eh! añadió con feroz sonrisa, he ahí unas espaldas blancas como el marfil; no es mal trozo de chica, ¿no es verdad, muchachos?

Con estas y otras palabras no menos indecorosas, y propias solo de un agente tan innoble como Barthe, obligó á la infeliz Teresa á atravesar así medio desnuda toda la ciudad de Fougères, recorriendo de la misma manera y sufriendo el rigor del frío, toda la distancia que hay entre aquella poblacion y la de Rennes.

Al llegar á este punto, conmovido uno de los nacionales con las lágrimas silenciosas que el pudor mas bien que el sufrimiento hacia derramar á la infeliz Teresa,

le arrojó un capotillo en que pudo envolverse.

Cuando Teresa y Fontevieux llegaban á la cárcel de Rennes escaltados por Barthe, Picot Limoe-lan y Angélica Desilles ya habian sido inscriptos en el libro de presos de la misma, por mandato de Morillon.

Por lo que hace á Margarita, Guillermo Poiré, tuvo orden de llevarla á la cárcel de Nantes; porque en premio de las noticias que Lemaitre le diera con respecto á Cesario Perbruck, Morillon le habia prometido enviarle su hija, si alguna vez llegaba á cogerla.

CAPITULO XXXV.

Al ver Morillon burladas sus esperanzas de apoderarse de los principales gefes de la asociacion, quiso al menos prender al corto número de aquellos cuyos nombres sabia por casualidad.

En efecto, antes que la Chauvenais y Morin Delaunay, que vivian en Rennes, hubiesen podido saber lo acontecido en la Fosse-Ingant

fueron presos en sus propias casas, pues por desgracia constaban sus nombres en los papeles de que se habia apoderado Morillon. Casi al mismo tiempo fueron sorprendidos en sus castillos Loquet de Grandville y Gron de la Mothe. Posteriormente fue presa M^{ad}. Lafauchai, causa de haber interceptado Morillon una carta en que dicha señora noticiaba á Loquet de Grandville las ocurrencias de la Fosse-Ingant. Pero nada de esto bastaba á saciar la sed de s^{an}gre que atormentaba á Morillon: necesitaba mas víctimas, y conceptuaba una necesidad el apoderarse de MM. de Perbruck, Paradeze, Champagnolles, los dos Desilles y la Chataigneraie.

En su consecuencia, dos dias despues del arresto de Teresa Moeilien y de Fontevieux, emprendió de nuevo sus correrias acompañado de Barthe, que le habia presentado

triumfalmente aquellos dos prisioneros. Pero á la vez que el comisario de la Convencion perseguia á los nobles realistas, no daba al olvido sus venganzas personales; resultando de aquí que al querer satisfacer un odio particular encontró las huellas de algunos de los personajes que figuran en esta narracion.

En efecto, Morillon, no habia olvidado la resistencia de Delbenne y habia jurado vengarse del sentimiento de humanidad que habia impulsado al teniente de gendarmes á proteger á Margarita contra sus odiosas brutalidades. Para lograrlo, Morillon, se valió del medio mezquino de dar un informe desfavorable contra Delbenne; pero los servicios de este oficial hablaron mas alto que la denuncia de Morillon, y los individuos de la municipalidad de Rennes hasta se atrevieron á decir al comisario que para ar-

restar á una muger no habia necesidad de maltratarla.

Esta circunstancia aumentó el odio de Morillon, quien con el fin siniestro de satisfacerlo, se dirigió, acompañado de Barthe, á la granja de Mari-Juana. Sabia que esta jóven habia asesinado á su hermano para proteger sus entrevistas con Delbenne, como tambien que la Rouarie, se encontraba en la granja del desgraciado Lefort la misma noche que él habia estado en ella con Saturnino Fichet, los hermanos Robertiu y la infeliz Margarita; y de todas estas circunstancias pensó podria formular una acusacion en la que quedase envuelto Delbenne!

Tres dias despues de su última expedicion, Morillon siempre infatigable, llegaba al ángulo del bosque de Blain á algunos pasos de Guéménée. Desde allí se dirigió á la quinta de Mari-Juana, donde so-

lamente encontró una criada, á la que dijo queria hablar á su ama.

—No habita en la quinta, le respondió la criada: la abandonó el mismo dia en que su hermano fue asesinado con Silvestre y los dos hermanos Robertin.

—¿Y á quien pertenece ahora esta granja? preguntó Morillon.

—Diantre! bien podria decir que á mi hermano y á mí, contestó la jóven, porque cuando volvimos de Guéménée, donde nos habia enviado á pasar la noche en que acontecieron tantas desgracias, nos dijo: «Quedaos aquí, y haced de la quinta lo que querais: os la doy.»

—Será muy desgraciada la pobre jóven, repuso Morillon.

—Ah! mucho; y si no fuera por un vecino que la ha recogido, y que la tiene en calidad de criada, creo que se hubiera muerto de hambre ó de frio en el bosque donde pasó todo un dia llorando y la

mentándose.

—A fé mia! dijo Morillon, que la accion de ese hombre es digna de alabanza, y quisiera conocerlo, porque en verdad son en estos tiempos muy raros los hombres honrados.

—Puesto que conoceis á Mari-Juana, acaso conoceriais á los Robertin que murieron aquella noche.

—Y tanto! dijo Morillon con fingida tristeza: Gerónimo y Pablo, eran amigos míos!

—Pues bien; su tio Robertin, es el que ha recogido á Juana.

—Ah! ya caigo; el que vive no léjos de aquí.

—El mismo, que tiene en arrendamiento una quinta de M. Perbruck, cuyas tierras lindan con el bosque.

—Desde aquí los veo, contestó Morillon, cuyo instinto de sabueso se despertó al nombre de M. Perbruck.

Queriendo en seguida saber donde estaba la quinta sin preguntarlo directamente, repuso:

—No se llega á ella tirando á la izquierda camino de Nantes?

—Si señor.

—Y luego al llegar en medio del bosque, continuó Morillon como hombre que procura recordar cosas olvidadas de tiempo, me parece que se toma á la derecha.....

—No señor, se sigue el primer camino de travesía que hay á la izquierda en el bosque, y despues, siempre á la izquierda como si se fuese á salir al camino de Niort y de Ancenis.

—Ah! ya recuerdo, exclamó Morillon, á quien estas señas parecieron suficientes para dirigirle en sus pesquisas. Y ahora, me hareis el favor de decir á Mari-Juana cuando la veais, que siento mucho no haberla encontrado aquí, y que no he pasado á verla donde vive, á

causa de tener que estar esta noche en Nantes.

—Descuidad; pero y si me pregunta vuestro nombre, qué le digo?...

—Toma! decidle que han venido los amigos del teniente Delbenne; ella sabe lo que esto quiere decir.

Morillon y Barthe se alejaron, mientras que la criada decia entre dientes:

—Si yo hubiera sabido que eran amigos de ese gendarme que ha trastornado la cabeza de mi pobre amo, no les hubiera dicho ni una palabra.

Luego que Barthe y Morillon se hallaron á alguna distancia de la quinta, el primero por mandato de su digno compañero, dió un rodeo y dirigiéndose á escape á Guéménée, llevó á los gendarmes la órden de presentarse al punto en la quinta de Francisco Robertin. Mo-

rillon acertó el paso hasta la vuelta de Barthe, que no tardó en reunirse á él.

—Están ya avisados?

—Llegarán dentro de una hora, respondió Barthe; y ahora decidme, qué pensais hacer en casa de ese hombre y con esa muchacha?

—Ese hombre, contestó Merillon en tono sentencioso, se llama Robertin; es el tio de esos muchachos que tan á su sabor se degollaron en la quinta que acabamos de dejar. Créeme, los que hemos ahuyentado de la Guyomarais y de la Fosse-Ingant, deben ocultarse por estos parages; y cierto presentimiento me dice que vamos á dar con alguna hornada de aristócratas. Además, como ya te he dicho, el colono de esa tierra es un Robertin, y á falta de aquel, ó mas bien de aquella que me jugó tan mala pasada en el castillo de Nantes, don-

de me tuvo encerrado durante veinte y cuatro horas, no sentiré tener á mano quien me pague la bribonada de Rosita. Por otra parte, encontraré á Mari-Juana, y como tengo pendiente una cuenta con su amante la encargaré del cuidado de desquitarme de ella.

—Pues no pertenece ella á nuestro partido?

Morillon miró desdeñosamente á su digno amigo, pero dignándose ponerla al corriente de los profundos cálculos de su política, le dijo:

—Pertenezca ó no á nuestro partido, el caso es que ha asesinado á su hermano; ocurrencia que pasó desapercibida, merced á la horrosa carnicería que hubo en la casa: Delbeune debió delatarla; no lo ha hecho, y esto no puede quedar así; porque si queremos que la república sea respetada, no debemos consentir que queden impunes los

infratricidas. ¿Qué dirían nuestros
te-enemigos, si viesen que nos mos-
ri-tráramos indulgentes con tamaños
te, crímenes.

no —Gracioso estas, dijo Barthe,
su examinando á Morillon, con tu jus-
de ticia y con tu temor de que calum-
nien á la nacion! Qué te ha hecho
is-la infeliz Mari-Juana?

—Ella! nada, absolutamente na-
á da, y si la municipalidad de Rennes
se hubiera depuesto, como lo solicité,
o-al teniente Delbenne, la pobre mu-
le chacha, hubiera vivido tranquila
por mi parte; pero no salí adelante
r-con mi intento, y preciso es que
á yo me vengue de ese hombre. Dia-
só blo! puede que le cueste la vida
o-á esa muchacha, pero por otro la-
a-do bien merecido lo tiene.

lo Hablando de esta suerte conti-
ar nuaban caminando hácia la quinta
i-que les habian indicado.

os El espíritu del mal dirigia sin
s duda á Morillon, quiea con su ins-

tinto salvaje habia adivinado que en la quinta á donde se habia retirado Mari-Juana se ocultaban algunas de las víctimas que se habian librado de caer en sus manos.

En efecto, en esta quinta habia buscado un asilo MM. de Perbruc de Paradeze, la Chataigneraie, Saturnino Fichet, despues de disueta la reunion habida en la Fosa Ingant. Por una estraña casualidad otros proscriptos, contra los cuales alimentaba Morillon un profundo sentimiento, sin que por eso le ocurriese siquiera la idea de dirigir pesquisas por este lado, se habian refugiado asimismo en dicha casa. Eran estos el anciano Luis Robertin y su hija Rosa, quienes despues de su fuga del castillo de Nante habian venido á buscar un asilo al lado del único pariente que les quedaba.

Rosa y su padre habian sido

recibidos con los brazos abiertos: el viejo Luis, según costumbre, pasaba casi todo el día bebiendo, sin hablar á nadie, ni dar la mas mínima incomodidad. Por su parte Rosa ayudaba á Mari-Juana en los quehaceres de la casa.

Antes de referir los acontecimientos que se originaron en esta familia con la llegada de Morillon, debemos poner á nuestros lectores en antecedentes, y explicar de qué modo habia entrado en la casa Mari-Juana.

Francisco Robertin era viudo, con seis hijos, de los cuales el mayor contaba veinte y seis años y el menor diez y ocho, todos ágiles y robustos y acostumbrados al trabajo, los cuales habian ido mas de una vez á rondar los alrededores de la quinta de Mari-Juana, y á dirigirle requiebros, antes que la revolucion hubiese turbado la paz de las familias. Rechazados los unos

despues de los otros, no se habia ofendido, y habiau continuado amoretando á Mari-Juana, como á una linda vecina destinada á ser la esposa de un colono mas amable, mas rico y mas afortunado que ellos.

Pero cuando supieron que las negativas de la jóven procedian á la preferencia que daba al sargento Delbenne, que mandaba por entonces la brigada de Guéménée, se abajaron desdeñosamente de Mari-Juana y de su hermano, que sufria infamia, segun ellos decian.

Nombrado Delbenne teniente de gendarmeria continuó en sus relaciones con Mari-Juana, aunque los deberes de su nuevo empleo hicieron las entrevistas mas raras. Algun tiempo antes del horrible episodio que hemos referido, creyendo Mari-Juana, que su amante se movia mas indiferente, quiso volver á anudar sus relaciones con sus antiguos vecinos, y al efecto se trasladó

abía la granja de Robertin, bajo el pretesto de tratar de algunos negocios: halló al colono dirigiendo los trabajos de sus hijos, que se ocupaban en cargar algunas carretas.

—Buenos días, vecino, dijo Mari-Juana al llegar junto al anciano, mientras que sus hijos daban de tomar á su faena, y la contemplaban admirados.

—Continuad en vuestro trabajo, dijo Francisco Robertin con severidad: supongo que Mari-Juana no tiene nada que deciros.

Y dirigiéndose á la jóven, le preguntó:

—Que se os ofrece?

—Venía á deciros, contestó Mari-Juana, algo cortada de la acogida que le hacia el viejo colono; venía á deciros, que estando mi hermano enfermo, y no pudiendo llevar sus granos al mercado de Guéméné, os ruega que los recojais al paso y los

vendais con los vuestros.

—Bien, mañana iré.

—Pues no habiais dispuesto que fuésemos nosotros? dijo uno de los hijos.

—Iré por el trigo; y no te mezcles en lo que no te interesa, contestó el padre.

—Mi hermano espera, añadió Mari-Juana temblando, que entrareis á saludarlo y á almorzar con él...

—Iré por el trigo..... repitió Robertin en tono indiferente; haced que carguen las carretas, para que estén en el camino a mi paso.

—Con que no quereis entrar en mi casa? repuso la jóven llorando.

—No es necesario.

—Es que mi hermano se alegraría mucho, y yo no estaré allí.

Miróla el anciano, y al parecer quedó conmovido; pero supo contenerse, y la dijo acompañándola

hacia la puerta:

—Idos, Mari-Juana..... id á decir á vuestro hermano que estoy pronto á servirlo en cuanto se le ofrezca.

En esto llegaron á la puerta de la granja, y al verse el viejo Robertin fuera de la vista de sus hijos, tomó la mano de Mari-Juana, y le dijo con mas afabilidad:

—Hija mia!.... perdona si te he tratado con alguna dureza; pero si no lo hubiese hecho asi, acaso alguno de los muchachos hubiera vuelto á rondar tu granja; y ya sabes que esto no es posible..... Tú tienes la culpa, Mari-Juana, tú tienes la culpa..... Anda, yo no te quiero mal porque eres una buena muchacha, pero, tu hermano ha querido echarla de señor, y te ha acostumbrado á ver otra clase de gente que aldeanos. No, no es toda la culpa tuya, pero, en fin, Dios os perdone y ayude!

Esta escena habia tenido lugar algunos dias antes del funesto encuentro que habia ocasionado el crimen de Mari-Juana y la muerte de los hermanos Robertin; y no habia contribuido poco á exasperar el ánimo de la pobre jóven que habia comprendido, que desde allí en adelante no le quedaba mas esperanza que el amor de Delbenue. Por su parte Lefort, noticioso del insulto hecho á su hermana, se habia mostrado mas severo y duro con ella, resultando al fin de toda la terrible colision en donde Lafort habia encontrado la muerte. Ahora explicaremos cómo Francisco Robertin, recogió á Mari-Juana, despues de haberla despedido tan formalmente de su casa.

Al siguiente dia de la sangrienta noche en que murieron Lefort y los hermanos Robertin, al dirigirse el anciano Robertin á sus labores del campo, vio á una muger

que estaba arrodillada al borde de un pantano : miróla atentamente y reconociendo á Mari-Juana se fue acercando á ella sigilosamente , sospechando desde luego la funesta resolución que habia llevado allí á la jóven. En efecto, la vió levantarse de pronto , levantar sus brazos al cielo , y precipitarse en el pantano. Cuando el animoso anciano logró sacarla de él , estaba la pobre sin sentido. Llevóla Robertin á su granja. Encontró á la criada que últimamente hemos presentado en escena , que habia llegado corriendo en busca de su ama.

En efecto , la pobre muchacha al volver aquella mañana á la quinta , habia encontrado los cadáveres de Robertin y los de Silvestre y Lefort , y habia supuesto que Mari-Juana , debia haber sucumbido en aquella horrible carniceria. Asi se lo manifestó á Francisco Robertin, informándole , ademas , que adver-

tida la gendarmeria por Delbenne se habia trasladado á la granja. Pero como lo habia previsto Morillon el teniente habia declarado que el hermano de Mari-Juana habia sucumbido en la lucha que habia costado la vida á los tres hermanos Robertin.

Mientras la criada referia todo esto, Mari-Juana habia vuelto en sí, y desde luego le llamó la atención el que Delbenne no la habia denunciado; señal de que se perdonaba su crimen, y de que acaso la amaba todavia. Esta esperanza le infundió el deseo de conservar la vida; y dejando la granja de Robertin, se trasladó á Guéménee á oír la lectura del proceso verbal que se habia formado de resultas de todos aquellos acontecimientos. Allí declaró que al momento de la lucha horrible que habia empeñado, habia perdido la razon, y que no recordaba nada de

lo acontecido. Como su tentativa de suicidio daba cierto peso á su declaracion, nadie pensó en contradecirla.

Pero al regresar á su granja, no tuvo el suficiente valor para ver los testigos de su crimen. Entonces fue, cuando en un momento de delirio, dijo á su criada: Toma esta granja y haz de ella lo que quieras: te la doy. En seguida, no sabiendo á donde ir empezó á vagar por el campo. Dos de los hijos de Robertin la hallaron sentada á un lado del camino por donde se iba á su quinta. Era justamente la hora en que toda la familia Robertin volvía á la granja.

—Ah! le dijo uno de ellos; ahora lloras..... He ahí lo que se gana con ser orgullosa. Anda, estás perdida y maldita de Dios.

—Ahora que eres mas rica que antes, añadió el otro, puedes casarte con tu oficial, á no ser que no

quiera á una jóven como tú.

Nada respondió Mari-Juana, y los jóvenes siguieron su camino.

A poco la encontró otro de los hijos de Robertin.

—Si no hubieras franqueado, le dijo, tu casa á los republicanos, tu hermano no hubiera muerto..... Mari-Juana, Dios te castigará!

Despues pasaron los demas hermanos, y todos la echaron una maldicion, ó la dirigieron un terrible cargo: la pobre jóven se sintió tan abatida que de nuevo se preguntó si no valia mas morir que vivir en adelante maldecida y despreciada. Acaso se hubiera dejado dominar de esta terrible idea, si no hubiera acertado á pasar á su vez el viejo Robertin, dirigiendo una carreta tirada por seis bueyes. Caminaba el anciano triste y pensativo, pensando en la suerte de sus desgraciados parientes que se habian degollado por diferencia de opiniones.

y á pesar de contar ya setenta años y de ser tenido por todos como hombre de experiencia, se preguntaba qué opiniones eran esas, que así trastornaban toda la Francia. Preguntábase por qué se levantaba el pueblo..... y que significaba el hecho inaudito de una asamblea juzgando á un Rey..... y al pensar en estos colosales acontecimientos que le parecían imposibles, se santiguaba con fervor, rezaba una oración, y decía: «Ha llegado el fin del mundo: se acerca el día del juicio; oremos y cumplamos con nuestros deberes de cristiano.»

Caminaba absorto en sus pensamientos, cuando vió á Mari-Juana, que estaba llorando con la cabeza oculta entre las manos.

—¿Qué haces ahí? le preguntó.

—Aguardo que Dios envíe á alguno que me mate, despues de haberme enviado tantos que me maldigan.

—Quién te ha maldecido?

—Vuestros hijos, que me han dicho que estaba maldecida y que me condenaria.

—Cuál de ellos ha sido?

—Todos seis.

El viejo Robertin se santiguó y oró mentalmente.

—Y vos tambien me maldecís en el fondo de vuestra alma, dijo Mari-Juana.

—Vente conmigo, hija mia, le contestó el viejo Robertin, porque no quiero que la maldicion de mis hijos te cobije; de lo contrario, puede que Dios los castigue por ello.

Mari-Juana obedeció á Robertin, y llegó con él á la quinta, en ocasion que los seis mozos, sentados en torno del hogar, hablaban entre sí en voz baja. Al ver á su padre todos se levantaron, y se quitaron sus gorros de lana.

Dirigióse el padre al primero que habia encontrado á Mari-Juana,

y le obligó á repetir las palabras que la habia dirigido.

Cuando concluyó, le dijo con severidad:

—Por qué has insultado á esta desgraciada? Te ha hecho algun mal? Y quién te ha facultado para que te erijas en su juez?

Acostumbrado el hijo á la obediencia y al respeto bajó la cabeza sin replicar. El anciano continuó:

—Si Mari-Juana ha cometido alguna falta, no nos toca á nosotros juzgarla ni maldecirla. Pensad en orar y en humillaros, que no sabeis lo que Dios os tiene reservado. Por lo demas, tened entendido que al primero que se atreva á insultar á una pobre jóven que se arrepiente y llora, lo echaré de mi casa.

Los hijos se inclinaron.

—Y ahora vuélvete á tu casa, Mari-Juana; que es menester que no abandones á los que viven de

tus campos y de su trabajo.

—Mi granja es de quien la quiera, dijo Mari-Juana: jamas entrare en la casa donde murió mi hermano, pues siempre tendria su cadáver á la vista.

—En ese caso, dijo Robertin, quédate aquí, mientras se vende tu posesion, y puedes comprar otra. Siempre hay en mi casa cabida para los arrepentidos.

Quedóse Mari-Juana con Robertin, pero en la condiciou de criada, segun ella exigió, en un rincon del establo, y nunca se presentaba á la hora de comer, pues solo lo hacia de un pedazo de pan.

A los pocos dias de estar en la casa llegó Rosa con su padre á pedir un asilo al anciano Francisco.

La noche á que nos referimos estaba Rosa sentada en medio de sus seis primos, quienes con la boca abierta, y admirando cada uno

para sí las gracias de aquella linda jóven, superior en viveza y finura á cuantas habian visto, escuchaban la relacion que les hacia de sus aventuras, el modo con que salvó á Saturnino Fichet, hijo del mayordomo del marqués, y tan parecido al conde, segun decia, como una gota de agua á otra gota, y el chasco que dió á Morillon para librarse de sus manos: reíanse los mozos á mas no poder, y decian que su prima era astuta como una mosca.

El padre Robertin escuchaba tambien con algun descontento, y observaba la admiracion de sus hijos, pensando que acababa de introducir en su casa un fatal germen de desorden. De repente llamaron á la puerta de la granja.

CAPITULO XXXVI.

Levantóse el anciano Robertin y fue á abrir. Presentóse ante sus ojos Mr. de Perbruck, y despues de asegurarse de que en la granja no habia nadie cuya indiscrecion debiera temerse, manifestó á su anciano colono que venia á vivir con él, y que traia en su compañía á su hijo, el conde de Perbruck, y á dos amigos.

Entró el anciano en casa y anunció á la familia tan importante nueva. Al oír el nombre de su señor, levantáronse los seis jóvenes, aguardando con cierta especie de asombro la aparición de tan ilustre personage. Parecíales que iban á ser confundidos con el brillo de su aparato. En medio del profundo silencio que guardaban, resonaron las palabras atrevidas de Rosa, que decía alegremente:

—¡ Ah! ¿ qué ganas tengo de saber si es verdad que el condecito se parece tanto á Saturnino Fichet ?

—¡ Callad! ¡ callad! dijeronle en voz baja todos los muchachos, que es nuestro amo!

Mr. de Perbruck entró el primero, en seguida Mr. de Paradeze, y luego juntos la Chataigneraie y Saturnino. Los seis aldeanos á una señal de su padre se arrodillaron, mientras que Rosa al ver á

Saturnino, exclamó con una voz llena de dulzura:

— ¡Ay, Dios mio; él es!

Esta exclamacion llamó la atención de los nobles hácia la jóven que la hacia. Saturnino reconoció á Rosa y procuró ocultar la turbacion que le produjo su presencia. El anciano Robertin la miraba con cierto enojo. Mr. de Perbruck no hizo mas que arrugar el entrecejo; pero Mr. de Paradeze, mas dueño de sí, se dirigió hácia la muchacha, diciendole con voz melosa:

— ¿De quien hablais, hermosa niña?

— ¡Perdonad... señor... dijo Rosa trémula y aturdida por el efecto que habia producido. El señor conde de Perbruck, que se asemeja tanto á un jóven que he visto en casa de mi padre.....

— A Mr. Saturnino Fichet, repuso Mr. de Paradeze.

— Sí... sí... á Saturnino Fi-

chet.

—Es cierto... añadió Mr. de Paradeze, cuando estaba el uno al lado del otro, era muy difícil distinguirlos... Pero ahora ya es imposible equivocarse, porque ese pobre Saturnino Fichet ha muerto.

—¡Muerto! exclamó Rosa llena de asombro; ¡muerto!.... ¡Ah, Dios mio! ¿y qué vá á ser de mí? ¡Dios mio!

Al momento se fué á un rincón á llorar, mientras que los muchachos, siguiendo las órdenes de su padre, recogían las capas de los viajeros y llevaban los caballos á la cuadra.

El cuarto bajo en que se hallaban, tenía tres camas, en que ordinariamente dormían el viejo Robertin y sus cuatro hijos, colocados de dos en dos. A la voz del padre de familia tuvo que suspender Rosa sus lamentos para disponer las camas á sus señores. Llamaron á

Mari-Juana para que la ayudase, y vino la infeliz cavizbaja á cumplir con su deber.

Mr. de Perbruck y Mr. de Paradeze se sentaron cerca de la lumbre, mientras que al otro lado conversaban la Chataigneraie y Saturnino.

—Es alguna de vuestras antiguas queridas, le decia la Chataigneraie; mereceis que os dé la enhorabuena por vuestro delicado gusto: es una niña muy linda.

Saturnino le refirió entonces que precisamente esa Rosa era la que le habia envuelto en esta interminable intriga.

—Y que ya tengo ganas de concluir, añadió como disgustado, por que aunque pese á Mr. de Perbruck, yo debo deciros con toda ingenuidad que Mr. de Perbruck me incomoda extraordinariamente.

Por su parte, el marqués decia en voz baja á Mr. de Paradeze:

— ¡Ya veis, es una cosa imposible: á ese miserable le reconocerán al instante, y va á perdernos sin remedio. Creedme, hay que tomar un partido decisivo.

En este momento, y como si la casualidad hubiese querido corroborar las palabras de Mr. de Perbruck, un grito agudo y penetrante resonó en el cuarto bajo. Mari-Juana acababa de encontrarse cara á cara con Saturnino, y señalándole con el dedo, exclamó llena de asombro:

— ¡Ese estaba allí!.... sí, sí... allí estaba!....

Acababa de reconocer á Saturnino como uno de los que habian ido á su granja la noche del asesinato de su hermano.

— ¡Todavía mas!.... exclamó Mr. de Perbruck, dando una patada en el suelo. Es preciso que todo se concluya, añadió en voz baja; sí, aquí mismo.

Mari-Juana se habia marchado despues de reconocer á Saturnino. El viejo Robertin se acercó humildemente á Mr. de Perbruck y le dijo:

—Tres camas hay en este cuarto. Una será para vos, monseñor, otra para el señor conde y la tercera para Mr. de Paradeze. El señor... añadió indicando la persona de Chataigneraie, tendrá que dormir en el cuarto bajo.

En esta habitacion vivia Rosa.

—Mr. de la Chataigneraie, repuso con viveza Mr. de Perbruck, se quedará con nosotros. El señor..... mi hijo, pasará á la habitacion de abajo.

—Ya lo veis, dijo Saturnino á la Chataigneraie, no puede dejar de tratarme como á un palurdo. Pero prevengo que mañana mismo me marchó por otro lado.

—Como gustéis, contestóle la Chataigneraie apróximandose á los

señores Perbruck y Paradeze.

Durante este tiempo, Saturnino no contemplaba las gracias de Rosa, que no podia dejar de mirarle, aunque con los ojos anegados en lágrimas: estaba linda, seductora, y él decia para sí, que mas valia vivir á su libre alvedrio con tan encantadora muger, en una miserable choza, que hacer el papel de conde de Perbruck, para verse incomodado á todas horas por su illustre padre, á quien queria muy poco y respetaba menos.

Sirvieron una cena improvisada á los nuevos huéspedes que acababan de llegar, y en seguida se les dijo que podian retirarse á descansar.

Hé aquí las disposiciones que habia tomado el anciano Robertin. Sus seis hijos debian ir á dormir á la bodega donde fermentaba ébrio desde la noche á la mañana el padre Luis; y Rosa por esta noche de-

bia acostarse en el establo al lado de la pobre Mari-Juana. El, como verdadero colono, anunció á la familia que no pensaba acostarse, y que pasaria la noche velando por las inmediaciones para estar seguro de que nadie se acercaba á la granja.

Asi que los aldeanos salieron del cuarto, Mr. de Perbruck se volvió hácia Saturnino, y le dijo con aspereza:

—Vos tambien podeis retiraros.

—Todavia no, señor marqués, contestó Saturnino: es necesario que primero tengamos los dos una esplicacion, la cual será la última, añadió al advertir señales de impaciencia en Mr. de Perbruck.

—Hablad, señor, que ya os escucho, dijo Mr. de Perbruck de mal talante.

—Señor marqués, prorumpió Saturnino en tono caballeresco; si estais muy apesadumbrado de tener-

me-
nos-
—
me-
—
conv-
á se-
bres-
debe-
—
bruc-
nadi-
bruc-
C
ñor-
turi-
pub-
mio-
á él-
bo,
y á-
fene-
nid-
sua-
co

me por hijo, yo no lo estoy menos de teneros por padre.

—Cuidado con el tono con que me hablais, repuso el marqués.

—Os hablo en el tono que me conviene, contestó Saturnino. A fe, á fe que no somos mas que dos hombres, uno de los cuales, que sois vos, debe bastante al otro, que soy yo.

—Pero vos, exclamó Mr. de Perbruck con aire desdeñoso, no sois nadie, y yo soy el marqués de Perbruck.

Con necedades por ese estilo, señor marqués, dijo amargamente Saturnino, habeis hecho algunos republicanos. Yo no soy de ese gremio, ni tengo gana de pertenecer á él; pero soy un hombre al cabo, un hombre estima su dignidad, y á quien se le dará un ardite de defenderla como ha defendido la dignidad prestada que una simple casualidad le ha impuesto. Os suplico que no me mireis con esos ojos

amenazadores , porque sé hablar libremente al aristócrata mas encoquetado. Me parece haber desempeñado bastante á lo vivo ese papel de noble , y en verdad , que no es tan difícil como queriais hacérselo creer en otro tiempo. De todos modos , lo he desempeñado con ventajas para vos ; eso no lo podreis negar.

—Ea, pues , dijo Mr. de Perbruck , ¿ á donde quieres venir?

—A deciros eso mismo : que ese papel me tiene muy incómodo , y que mañana temprano despues de dar los buenos dias á los demas, pienso marcharme.

Miró Mr. de Perbruck á Saturnino con la mayor sorpresa ; no podia concebir cómo un muchacho que no era nada , renunciaba con tanta indiferencia la señalada honra de llevar , aunque no fuese mas que un solo dia , el ilustre apellido de los condes de Perbruck. Este des

prendimiento, ofendia hasta tal punto el necio orgullo del marqués que no pudo menos de imaginarse que habia algun motivo secreto en las palabras de Saturnino, y así le dijo:

—Ya entiendo; sin duda pretendéis imponerme condiciones.

—¡Yo! dijo Saturnino. ¿Y á qué fin?; por qué razon! No, señor marqués, yo no quiero dictaros condicion alguna. Quiero marcharme, y os lo prevengo de antemano, no por mi interés, sino por el vuestro. A los treinta pasos de aqui, ya no soy conde de Perbruck, y vuelvo á ser de muy buena gana Saturnino Fichet. Podrá sucederme lo que Dios quiera; pero si está escrito que me han de aborcar, quiero que sea por cuenta mia.

—Pero eso es imposible, exclamó Mr. de Paradeze, en todas partes hemos dicho que habia muerto Saturnino Fichet.

—Resucitará, contestó Saturnino.

—Pero preguntarán qué ha sido del conde de Perbruck.

—Que sin duda ha muerto por casualidad.

—Pero, vamos á ver! preguntó Mr. de Perbruck ¿qué pensais hacer, despues de recobrar vuestro verdadero nombre?

—Ni yo mismo lo sé, señor marqués.

—Sin duda os proponéis, repuso este, ir á vender los secretos que nos habeis sorprendido, y enriqueceros.....

Saturnino dió tal puñada sobre la mesa, que los tres caballeros quedaron mudos de terror. Levantóse de pronto, y mesándose los cabellos con ambas manos, salió furioso y volvió al momento...

—Por una vez puede pasar eso, exclamó; pero por vuestra misma seguridad, no hay que volver á decirme una cosa semejante... vos sois

el marqués de Perbruck, y yo un pobre palardo; pero yo os aseguro por mi alma, que si volveis á pronunciar esas palabras, os ahogo entre mis brazos.

—No faltaria quien os lo impidiese, dijo la Chataigneraie.

—Sabed que no me impone el tener que habérmelas con dos hombres, dijo Saturnino, y en caso de apuro me atrevo aun que sea con tres.

—Os habeis hecho un insolente con todos, exclamó la Chataigneraie.

—Es que todos lo son conmigo, replicó Saturnino, y no solo insolentes, sino ingratos, ¿lo ois, señores?

—Vaya, vaya! dijo Mr. de Paradeze, tranquilizaos, y déense todas las esplicaciones necesarias. Pero ¿será posible que querais abandonarnos, señor Fichet?

—Si por cierto.

—Y qué quereis ahora?

—Nada, señor, absolutamente nada. ¿Pero de qué masa estais hechos para pensar que nosotros, por ser gentes del pueblo, estamos dispuestos á vendernos al primero que nos pague? Ah, Dios mio, Dios mio! Vosotros sois nobles, quedaos en buena hora con vuestra nobleza; yo no lo soy, ni quiero serlo. ¿O os figurais que yo no os conozco, despues de los dias que llevo en vuestra compañía? Si no me necesitáseis me hubierais dejado perecer en un rincon, á la primera jornada. Vosotros, señores de Perbruck y de Paradeze, íbais siempre delante, hablando en voz baja y alejándome de la conversacion; vos señor de la Chataigneraie os quedábais algun rato cerca de mí porque teneis un fondo de justicia, y no podiais dejar de conocer que se portaban mal conmigo. Pero esto era bueno para una hora ó dos... lo demas tam-

bien os incomodaba, y al fin os aburristeis. Yo no soy de vuestra piel: me pusisteis á vuestro lado y me dejasteis atrás, como un lacayo que sigue á sus señores...

Como ninguno de ellos respondia, prosiguió diciendo Saturnino:

—Aun esta misma noche, ese pobre viejo aldeano ha creído, que despues de haber dado las mejores camas á los mas ancianos, lo cual está muy puesto en razon, debia honrar tambien segun su clase al hijo de su señor. Pero me habeis eliminado al momento de vuestra compañía. ¿Creereis acaso que yo le doy mucha importancia? Os equivocais de medio á medio; yo no pido mas que dejaros que os manejeis por vos mismos: únicamente no he querido marcharme sin advertiroslo, sin comunicaros lo de antemano que ya no teneis al conde de Perbruck para andarlo enseñando como una bestia curiosa, que

se vuelve á su chiribitil cuando ha concluido la representacion. En esta inteligencia, podeis ir disponiendo lo que gustéis. Yo no pido nada, sino que me dejeis marchar. á eso está reducida mi comision. ¡con que, buenas noches, señores!.... y Dios os guarde.....

Dichas esta palabras, Saturnino se retiró sin aguardar respuesta. Mr. de Paradeze quiso levantarse para contenerle, pero Mr. de Perbruck le detuvo. Los tres aristócratas quedaron solos.

—Sabeis que esto es muy grave? exclamó Mr. de Paradeze.

—Y tanto mas grave, dijo Chataigneraie, porque este muchacho tiene razon: desde el momento en que tomó el nombre de conde de Perbruck, era preciso haberle tratado como tal; pero vosotros le habeis desdeñado siempre con una altanería...

—A mi me parece, dijo Mr. de

Paradeze, que no lo habeis tratado mucho mejor.

—Es verdad, dijo la Chataigneraie; cuando he visto á este muchacho en medio de circunstancias difíciles, su valor, su presencia de ánimo, su generosidad me han seducido, y he llegado á imaginar que podia ser igual á mí. Pero cuando nos encontrábamos solos, sin saber por qué, yo no podia acostumbrarme á hablarle como á un amigo. El Saturnino, el aldeano, el hombre de la nada, se me subia á las narices como un olor nauseabundo. No es de los nuestros, bien lo sabe él, y como esas gentes se creen algo, no quiere ser tratado como nosotros debemos tratarle. ¿Qué se ha de hacer? La situacion es delicada.

—Sin contar con los demas inconvenientes que nos pueden resultar de lo que ya sabe ese infeliz, dijo Mr. de Paradeze. Seria

muy posible que nos jugase una mala pieza.

—No, dijo la Chataigneraie, creo incapaz de eso.

—Y si se le antojase, dijo M de Perbruck con un tono misterioso, conservar ese nombre que ahora afecta despreciar, si armado con él, se pusiese al frente de un partido, si combatiese en favor de nuestra causa, si adquiriese gloria en el campo de batalla, porque es valiente y arrojado, ¿qué sería de mí? ¿Cómo dar cuenta á nuestros amigos de la existencia de ese conde de Perbruck que todos reconocian y tal vez seguirian, y que se habia separado de su padre? ¿Por qué? se me dirá; ¿cómo? ¿en dónde? Y por otra parte, si en realidad abandona este nombre, ¿cómo pueden volver á encontrarle mis amigos? ¿Qué les dirá? Que es Saturnino Fichet. Pero ¿y si no lo creen? La Bretaña se sublevará,

cuando se trate de dar á conocer el nuevo gefe de la asociacion , recordarán que la presencia de mi hijo ha determinado la eleccion , y se me preguntará porqué no está á mi lado en los momentos de mayor peligro. ¿Tendré yo que decir: Ha abandonado nuestra causa? ¿Habrá de mancillarse mi nombre con una desercion? ¿O deberé decir que ha muerto? Por mí , lo diré ; pero al dia siguiente puede darle á este hombre la gana de venir á desmentirme. ¡ Oh , amigos míos , no hay mas que un medio de salir de tan embarazosa situacion ; es preciso hacer desaparecer á ese miserable!

— Eso es grave , dijo Mr. de Paradeze , que observaba el efecto que producian las palabras de Mr. de Perbruck en el semblante de la Chataigneraie.

— ¡ Seria un crimen infame ! dijo la Chataigneraie , y yo no lo con-

sentiré jamas.

—Mi hijo ha muerto, repuso Mr. de Perbruck, sin hacer caso de lo que acababa de decir Mr. de la Chataigneraie; mi fortuna, mis títulos no tienen ya heredero... Todo esto, Paradeze, debia ser del esposo de vuestra hija, y todo esto será del que se case con ella, y me libre de la deplorable situacion en que me encuentro.

—Muy grave es sin duda, dijo Paradeze mirando á la Chataigneraie, pero es muy difícil salir de este mal paso por los medios comunes.

—En esta casa cuyos moradores me son fieles, y de cuya reserva debo tener una completa seguridad, repuso el marqués, mi supuesto hijo puede espirar sin que jamas pueda revelarse una palabra.

—¿Y quién le asesinará, señor marqués? preguntó la Chataigneraie con voz estentórea: seréis vos por ventura?

—¡Silencio!... exclamó Mr. de Perbruck.

—¡Silencio!... repitió Mr. de Paradeze.

—En verdad, repuso la Chataigneraie, que parece increíble! ¡Tres nobles poniendo á discusion el asesinato de un hombre que se ha sacrificado por servirlos! Yo bien comprendo que Saturnino Fichet no querrá ser de los nuestros; tiene demasiada honradez para hacer traicion á sus sentimientos. Señores, continuó la Chataigneraie levantándose, no se vuelva á hablar de semejante cosa, ó sino, os juro por lo mas sagrado, que tomo á mi cargo la suerte de ese infeliz, y le comunico los infames proyectos que contra su vida se han formado.

—Pero qué hemos de hacer? dijo entouces Mr. de Paradeze.

—Pues bien! ya que quiere marcharse, vaya en buen hora, dijo la Chataigneraie, y suceda lo que

Dios quiera.

— Tiene razon la Chataigneraie, dijo Mr. de Perbruck con la mayor dulzura: lo que únicamente conviene es que este hombre no nos deje antes de mañana. Y aun creo que no obrariamos mal, saliendo primero que él, pues de este modo pudiéramos difundir la noticia del fallecimiento del conde.

— Como gustéis, dijo la Chataigneraie echándose en una cama, pero tened presente una circunstancia, que si se le toca á un solo cabello hoy, mañana, dentro de algunos dias ó en cualquier tiempo que sea..... yo descubro al momento cuanto ha pasado.

— Eso es muy justo, exclamó Mr. de Perbruck; no hablemos mas de la materia.

Cuando Saturnino se dirigia al cuarto que le habian señalado, llegó á percibir el ruido de las voces de los que con tanto calor conver-

saban en el piso bajo, y aun cuando debia sospechar que se ocupaban de él, era demasiado franco y tenia un corazon harto generoso para poder imaginarse que se tramase un complot contra su existencia. Ademas era valiente, jóven, y no conocia la traicion ni la cobardia. Se acostó, pues, en su cama y no tardó en quedarse dormido.

Mientras que pasaba la escena que acabamos de referir, otra tenia lugar en el establo. Rosa y Mari-Juana se hallaban en este sitio; la primera se sentó en su gergon, y la segunda prefirió acostarse; pero ni una ni otra dormian. Rosa, cuyo corazon estaba harto dolorido, pero que en medio de todo no podia creer que se hubiese engañado al reconocer á Saturnino, fue la primera que se resolvió á interrumpir el silencio.

—Mari-Juana, le dijo muy despacio, ¿dormis?

—No por cierto, respondió Mari-Juana con una voz sombría.

—Decidme, repuso Rosa, conocéis al conde de Perbruck?

—Quién es el conde de Perbruck? dijo Mari-Juana.

—Ese gallardo jóven que ha venido esta noche.

—Jóvenes y gallardos, erandos, respondió Mari-Juana con voz sombría.

—Yo hablo de aquel de quien digisteis con asombro: «¡Estaba allí... estaba allí!!!»

—Y he dicho yo eso? exclamó Mari-Juana incorporándose en la cama... Sí, repuso ella misma con una sonrisa feroz, sí, yo lo he dicho, y es cierto; él estaba allí.

—En dónde? dijo Rosa.

—En casa...

—Cuándo?

—La noche en que mi hermano fue muerto... en que vuestros primos Robertin se degollaron, gri-

tando ; Ya se acabaron los hermanos.

—¿ Estais segura de que es él ?

—¿ Quién es él ?

—El jóven de esta noche...

—Sí, es él... ¡ Oh ! le he conocido bien.

—¿ Pero que es lo que iba á hacer á vuestra casa ?

—Sois muy curiosa.

—¡ Ah, si supieseis, Mari-Juana... precisamente tenia yo un amante tan parecido á él, que todavia me figuro que es el mismo, aun cuando se llame conde de Perbruck.

—¿ Y como se llamaba ese amante ?...

—Saturnino Fichet.

—Aguardad, dijo Mari-Juana. ¡ Oh ! mirad, yo estaba loca ; pero me acuerdo de todo... Aguardad... él llegó con uno de vuestros parientes... con Silvestre...

—Silvestre, en efecto, dijo Ro-

sa. Silvestre se escapó de la cárcel la misma noche que Saturnino; y al día siguiente entramos nosotros en ella con mi padre.

— Habia allí un hombre que le esperaba y que les preguntó de donde venian; ellos respondieron que venian del castillo de Nantes.

— Eso es... sí, eso es, y despues?...

— Y despues se pusieron á conversar, y aquel hombre le preguntó si queria ser rico, tener un apellido ilustre, un título...

— ¿Será posible? dijo Rosa, ¿el hombre que le proponia eso como se llamaba?

— Le dijo á Saturnino que se llamaba el marqués de Venanceaux. Pero yo bien sé que no se llamaba así... Cenamos juntos, y él gritaba: ¡Viva la república!...

— ¿Y su nombre?... ¿su nombre? dijo Rosa temblando.

— Aguardad... se llamaba... ¡Y

tantas veces como le nombraron delante de mí!... se llamaba..... Morillon.

—¡Morillon! exclamó Rosa; el Comisario de la Convencion! Qué significa esto?

—Yo no lo sé, dijo Mari-Juana; pero no tiene duda que él estaba allí...

—¿Y que contestó, dijo Rosa aterrada, cuando le propusieron hacerse noble y gran señor?

—Entonces salieron, y fue cuando empezó la lucha entre los Robertin.

—Sí, dijo Rosa, que ya no la escuchaba; la lucha entre mis primos y vuestro hermano...

—Mi hermano...! Ah! dijo Mari-Juana echándose sobre su gergon. ¡Mi hermano! ¡No me habléis de mi hermano!

Rosa no advirtió este grito de desesperacion; todo su pensamiento estaba fijo en Saturnino. No ha-

cia mas que preguntarse si Saturnino habria aceptado el papel que querian hacerle representar, y sobre todo si lo habria aceptado de Morillon. Rosa habia advertido la turbacion de Saturnino al verla, y tanto por el anhelo de su corazon, como por los pormenores que acababa de saber, no dudaba ya de que este fuese aquel que le habia hablado de amor. Unicamente no podia adivinar si él engañaba á Mr. de Perbruck, ó si el marqués entraba á medias en esta superchería.

Perdiase la imaginacion de Rosa en mil conjeturas, cuando sintiendo abrir la puerta de la casa, corrió á la ventanilla del establo, y vió á un hombre salir del piso bajo de la granja. Este hombre recorrió todo el patio, y llamó varias veces en voz baja: al fin salió, y Rosa atormentada por esa curiosidad que las mujeres tienen en

su corazón como en su cabeza, se escapó del establo, y desliziéndose á lo largo de la pared, llegó al cercado grande que cerraba el patio, y pudo seguir al hombre que habia salido de la casa. Así que se vió á alguna distancia del edificio, llamó con voz mas fuerte. Respondieronle, y al instante el viejo Robertin se presentó y le dijo en voz bastante baja:

—¿Qué me quereis, Monseñor?

—Voy á decírtelo...

—¿Quereis entrar en la granja?...

—No... no... al aire libre; nadie puede oirnos .. Escuchame bien.

Dos eran los que escuchaban, porque esta recomendacion sirvió de estímulo á la curiosidad de Rosa.

CAPITULO XXXVII.

Rosa se habia vuelto toda oidos.

—¿Sabes cuál es el dia en que tus hijos tienen que ir á Chateaubriand para el sorteo? dijo el marqués á su anciano colono.

—Me han dicho que el 10 de Marzo, señor marqués, pero eso nada me importa.

—¿Y por qué?

—Porque no irá ninguno de ellos. Yo necesito mis hijos para cultivar

la tierra que me da de comer.

—¿Y no piensas hacer mas que eso, para combatir la abominable tiranía que pesa sobre nuestras cabezas?

—Yo haré lo que las circunstancias exijan, Monseñor, mi partido está tomado, y mis precauciones tambien. Que vengan los gendarmes á prender á mis hijos como desertores, y encontrarán aqui siete hombres resueltos, siete fusiles y dos mil cartuchos. Si, nos defendemos, y si ponen sitio á la granja, solo encontrarán cenizas y huesos quemados. ¡Oh, yo les aseguro que aqui no sucederá como en case de mi hermano de Machecoul, no son los unos de un partido y los otros del otro. Antes de nada, le quitaré la cabeza al que se atreva á desobedecerme.

El marqués de Perbruck dejó escapar una esclamacion de júbilo que el viejo Robertin interpretó

de muy diferente modo porque continuó diciendo:

—No tengais miedo, señor marqués, yo he depositado en lugar seguro el coste del edificio, y si lo quemasen no perderia nada.

—No es eso lo que me da cuidado, dijo el marqués; pero es preciso no aguardar á que os ataquen, sino atacar primero. El 10 de marzo, se organizará la resistencia en todas las cabezas de Canton, como ahora se dice. Allí estaremos todos, nobles y plebeyos, porque la ley de los tiranos de la Francia nos comprende y nos alcanza como á vosotros; allí estaremos con armas encubiertas. Dada la señal, serán invadidos los Ayuntamientos y destruidas las Autoridades, y al grito de ¡viva! enarbolaremos la bandera blanca.

—¿Y es cierto eso? dijo el anciano con una especie de alegría salvaje.

— Sí, y lo mismo sucederá en todas partes.

— ¿Y nos abandonarán los nobles, ó se esconderán en sus castillos, como lo están haciendo de dos años acá?....

— Se pondrán á vuestra cabeza.

— ¡Oh! los muchachos!.... ¡qué buena noticia para ellos! exclamó el viejo Robertin volviéndose hácia la bodega donde dormían sus hijos.

— ¡Silencio! dijo el marqués, aun hay mas..... Escúchame con atención y procura comprenderme. ¿Has visto aquel jóven que vino anoche con nosotros?

— Sí, ¿aquel guapo rubio que se acostó en el cuarto de Rosa?

— Ese no..... el otro.....

— Vuestro hijo..... señor marqués?

— No es mi hijo.

— ¡Bah! exclamó Robertin.

Esta exclamacion vino á cubrir

por fortuna el grito de júbilo que se le escapó á Rosa.

—Tal vez habrás oído hablar de la extraordinaria semejanza que hay entre el conde y un tal Saturnino Fichet, hijo de mi mayordomo.

—Sí... en efecto... señor marqués; no hace tres horas que nos estaba hablando de eso mismo la prima Robertin.

—¡Pues bien: ese jóven que viste anoche es Saturnino Fichet.

—¿De veras? exclamó el viejo aldeano. Y entonces ¿por qué le haceis pasar por hijo vuestro?

—Esa sería una historia muy larga de contar. Lo único que debes saber es que este miserable, aprovechándose de tan rara semejanza ha pasado por hijo mio cerca de algunos nobles de la Bretaña, y ha conseguido enterarse, merced á esa pérfida astucia, de los secretos de nuestra conjuración.

—¡Y lo sabeis y lo teneis á vues-

tro lado! exclamó el colono.

—Pero eso no es nada, replicó el marqués; ya ha denunciado á algunos de los que logró engañar; ya habrás oído hablar sin duda del incendio del castillo de la Rouarie. ¡Pues bien! él fué quien condujo á los republicanos, añadió el marqués bajando mas la voz, como si se hubiera horrorizado él mismo de la falsedad que cometia.

—¿Y sabeis eso, y no le habeis hecho saltar la tapa de los sesos? repuso Francisco Robertin.

—Pues aun hay mas, dijo todavia el marqués: habia conseguido engañar á Mr. de Paradeze y á la Chataigneraie, con quienes me he encontrado hoy mismo; estábamos á algunos pasos de la Guéméné, y si yo hubiera intentado hacer conocer á ese Saturnino por lo que es verdaderamente, en un minuto podia cercarnos la brigada del pueblo y quedábamos prisioneros todos

sin recurso. Al contrario, fingí ser víctima de su engaño como los demás, y le dije que iba á mi granja á reunirme con otros muchos nobles comprometidos en nuestra conjuración: el deseo de conocerlos y poder denunciarlos le ha impedido adivinar mi ardid. ¡Tal es la sed que tiene este miserable de sangre realista! Nos ha seguido, y ahí está.

—¿Y bien? dijo Robertin, bajando también la voz.

—Vacilaba el marqués de Perbruck al querer traducir los siniestros pensamientos que le preocupaban. Después de un rato de silencio, continuó:

—Dentro de cinco minutos, Mr. de Paradeze, la Chataigneraie y yo dejaremos la granja; ese Saturnino Fichet se quedará. Yo lo he mandado al cuarto de tu sobrina. Tú debes saber cual será el medio mejor para que no pueda denun-

ciar á ninguna otra persona, ni denunciarte á tí mismo.

—Basta, señor marqués, dijo Francisco Robertin; idos cuanto antes, porque ya deseo hacer un acto de justicia con ese malvado, y bien comprendo que no os agradaría mucho ver acomodar media docena de balas en la cabeza de un bribon que al fin y al cabo se asemeja enteramente á vuestro hijo. A mí mismo no me hará buen estómago.

—Tienes razon, repuso el marqués alejándose, porque aunque trataba de llevarla á efecto, no podia menos de horrorizarse con la idea que acababa de proponer. Haz que dipongan los caballos.

—Corre de mi cuenta, contestó el anciano.

Dirijióse Robertin á la cuadra, en tanto que M. de Perbruck volvia al cuarto bajo, donde habia dejado profundamente dormidos á Paradeze y la Chataigneraie.

—Vamos, señores, dijo el marqués despertándolos sin meter ruido, es menester salir; el anciano Robertin acaba de darme aviso de haber oído á cierta distancia un rumor extraño, que le parece de los gendarmes que habrán salido de Guémenée es posible que dirijan sus pesquisas por este lado, y no sería oportuno dejarnos sorprender ahora, cuando dentro de algunos dias tenemos que ponernos á la cabeza de nuestros bravos colonos.

En un instante se levantaron y vistieron Mr. de Paradeze y la Chataigneraie.

—¿Y hemos de abandonar así á ese infeliz que viene con nosotros, dijo la Chataigneraie?

—¿No ha dicho que quiere dejarnos? repuso Mr. de Perbruck. En la disposicion en que ha quedado sería imprudente cuando menos el comunicarle nuestro proyecto de partida.

—Pero ¿está en su cuarto? dijo la Chataigneraie en un tono sospechoso. ¿Estáis seguro, señor de Perbruck?

—Podeis ir á averiguarlo, contestó el marqués.

—Eso es lo que voy á hacer, dijo la Chataigneraie.

Y saliendo de la habitacion, subió la escalera que habia por la parte de afuera, y que conducia al piso superior.

Al subir la Chataigneraie notó á pesar de la oscuridad de la noche una puerta entreabierta.

—¿Señor Saturnino Fichet?..... dijo á media voz.

—¿Quién está ahí? dijo Saturnino Fichet levantándose con presteza; mientras que la Chataigneraie creia ver una sombra rápida deslizarse por detrás de un inmenso baul.

—¡Diablo! exclamó la Chataigneraie sonriéndose.

Pero se detuvo de pronto, y continuó:

—Soy yo, la Chataigneraie.

—¡ Ah! dijo Saturnino. ¡ Y bien! ¿ qué novedad ocurre? ¿ en qué puedo servirlos?

—En nada, contestó la Chataigneraie, puesto que os habeis decidido á dejar el papel que tan bien habeis representado hasta hoy; pero esa no es una razon para que yo me olvide de cuanto habeis hecho por mí y por todos los demas. Nosotros vamos á marchar. Acaba de decirnos Mr. de Perbruck que se ha percibido á lo léjos cierto ruido de mal agüero. Si fuese un peligro para nosotros, lo seria tambien para vos, y bajo este supuesto podrá conveniros buscar vuestra salvacion por una parte, mientras que nosotros vamos á buscarla por otra.

—Os doy gracias, señor de la Chataigneraie, contestó Saturnino; pero yo no saldré ya de esta casa,

y donde he encontrado á una jóven,
de quien conservaba muy gratos re-
cuerdos. Si he de juzgar por el gri-
to de gozo que diò al reconocerme
y por las lágrimas que derramó
cuando la dijeron que habia muer-
to el pobre Saturnino Fichet, de-
bo creer en su constancia; yo ape-
nas la habia tratado; pero es uno
de esos corazones sin reserva, en
cuyo fondo se lee desde luego has-
ta el último de sus pensamientos.
Ella no tiene nada ni yo tampo-
co; pues bien, si no teme mi
pobreza, yo aceptaré la suya, y
procuraremos vivir como podamos
con nuestro trabajo, y en medio de
una feliz tranquilidad, á pesar de
todas las tempestades que van á con-
mover este pais.

— Pero será posible, que sien-
do jóven y valiente, y tan leal co-
mo lo habeis sido hasta hoy, váyais
á desertar de las banderas de una
causa, á la cual teneis prestados ya

servicios de importancia, y á pasáros tal vez á las filas republicanas?

—No, señor conde, no, respondió Saturnino; tal vez si me encontrase en París, me hubiera dejado llevar de esas ideas generosas que proclaman, porque esas son las que pueden tener mas atractivo para las gentes de mi clase; pero los he visto muy de cerca en este país, y confieso que no quiero una causa, que para triunfar solo emplea el espionage, el asesinato y el incendio. Nunca podré olvidar el pistoletazo de Morillon, despues de haberme convencido para representar el papel de Perbruck, y que como sabeis mejor que nadie, lo he representado bien á pesar mio.

—Pues bien: ya que estais resuelto á no servir en las filas republicanas, ¿por qué no venís con nosotros con vuestro verdadero nombre de Saturnino Fichet? El valor,

la lealtad y el talento hallan buena acogida en todas partes.

— Os doy gracias, señor de la Chataigneraie, repuso Saturnino; pero yo no soy de los vuestros. Por mucho que hagais, yo no seré nunca para vosotros, mas que un plebeyo, y por mucho que yo haga, sereis siempre para mí, unos aristócratas, que solo deben á la casualidad de su nacimiento el derecho de creerse mas que nosotros; no me recibiriais como igual vuestro, y yo no querria serviros como inferior. Yo me batiria, y á vos os darian los grados y las cruces. No hablemos mas; yo soy plebeyo, y plebeyo me quedo, y aguardaré el curso de los sucesos.

— Como gusteis, replicó la Chataigneraie; sin embargo, permitidme que os diga que os equivocais en punto á nuestras intenciones. Todos los hombres de valor, cualquiera que sea su nacimiento, tendrán

entre nosotros un honroso puesto.

—Si, si, mientras que necesitais de sus servicios, como habeis hecho ya conmigo, como ha hecho el marqués de Perbruck que me llamaba su hijo, cuando esto convenia á sus miras de ambicion, y que ahora me vuelve la espalda, porque mi presencia ya le estorba. ¡El diablo me lleve, si no creo, dijo Saturnino con arrebató, que si el señor marqués se hubiera atrevido, me hubiera tratado como me trató Morillon; de suerte que tendria en mi cabeza una bala republicana por un lado y una bala realista por el otro, sin mas delito que haber prestado mis servicios á uno y otro partido. A Dios, señor de la Chataigneraie, que Dios os guarde, porque sois un jóven de provecho.

—¡Vamos, vamos! gritó desde abajo con la mayor impaciencia Mr. de Perbruck. ¡Despachad pronto, la Chataigneraie.

— ! Allá voy , respondió este !
Adios, Saturnino, añadió, y se marchó al instante.

Apenas habria pasado el umbral de la puerta y bajado la escalera, sintió Saturnino dar dos vueltas á la llave de la puerta de su cuarto, y oyó casi al mismo tiempo una voz de muger, que lanzó un grito espantoso á su mismo lado.

— Qué es esto ? ¿ Quien anda aqui ? exclamó Saturnino.

— Soy yo, dijo Rosa temblándole la voz, yo que habia venido á avisaros los infames proyectos de ese malvado marqués de Perbruck.

— ¡ Cómo ! ¿ Sois vos, mi querida Rosa ? Os doy las gracias, dijo Fichet, el cual habiéndose acostado vestido, se levantó al momento. ¿ Pero qué diablos hablais de crimen y del marqués de Perbruck ?

Entonces se oyeron los caballos que marchaban, y Rosa exclamó muy afligida :

— ¡Ay, Dios mio! ¡Todo se ha acabado! ¡Estais perdido!

— ¡Cómo! ¡Perdido! dijo Saturnino Fichet. Explicaos un poco mas! ¡Decidme qué es lo que sucede!

Rosa no hacia mas que dar vueltas por la habitacion, llorando y haciendo ademanes como una loca. Por fin, Saturnino logró contenerla y le dijo:

— El medio mejor de estar perdido, es perder la cabeza; yo me he encontrado en circunstancias probablemente mas críticas que en las que ahora me hallo, y no obstante, con el auxilio de Dios he ido saliendo adelante: yo no veo por qué no ha de sucederme ahora lo mismo.

— Pues bien, repuso Rosa sollozando todavía, escuchadme. Anoche cuando entramos, os conocí al momento, y conocí tambien que no os habiais olvidado de mí; mas luego cuando me digeron que ha-

quais muerto, ya habeis visto como yo he llorado.

—Sí, Rosa, bien lo he visto, y eso ha sido para mí la mayor satisfacion; no hace un minuto que he estado hablando de eso mismo, aqui, con Mr. de la Chataigneraie.

—¡Ya! ya os he oido, repuso Rosa, y eso tambien me ha llenado de júbilo.

—¡Cómo! preguntó Saturnino ¿estábais ahí?

—Sí, yo habia venido á advertiros el riesgo que corriais, porque yo no podia creer que fuéseis culpable.

—Culpable, de qué? replicó Saturnino. Pero vamos á ver. Hablad.

—Pues bien. Os diré lo que ha sucedido: estaba yo en la cuadra con Mari-Juana, que me habia referido haberos visto en su casa con el infame Morillon...

—Si, no hay duda, dijo Satur-

nino: ahora recuerdo la fisonomia de esa loca, que en un principio no habia conocido.

—Pues ella me refirió la manera conque Morillon os habia propuesto convertirnos en gran señor: así ya comprendereis, que cuando yo os he visto aparecer con el título de conde de Perbruck, no habia que pensar ni que creer; mas á poco rato siento un ruido en el patio, me acerco á la ventana, y oigo á Mr. de Perbruck que estaba diciendole á mi tio Robertin: que érais un espia, que ya habiais hecho traicion al marqués de la Rouarie, que lo mismo hariais con todos los demas, y que era preciso deshacerse de vos á todo trance.

—¡Cómo! ¿es posible que ese miserable se haya atrevido á decir semejante cosa? esclamo Saturnino, bramando de cólera.

—Pero yo no lo he creído, continuó Rosa con las lágrimas en

los ojos, y habia venido á vuestra habitacion para avisároslo. Entonces entró Mr. de la Chataigneraie, y yo fui á esconderme en ese armario.

—¿Y cómo no me advertisteis entonces eso mismo?

—No tuve valor, dijo Rosa suspirando amargamente, no me atrevia á decir que habia entrado sola de noche en este cuarto. Se me figuraba que la Chataigneraie no creeria que yo venia á salvaros.

—Teneis razon, Rosa, dijo Saturnino, y habeis obrado con la mayor cordura. Cualesquiera que fueren los peligros que yo pueda correr, es preciso que nadie tenga motivo ni pretesto para calumniar vuestra conducta. Asi salid inmediatamente, que yo solo trataré de ponerme en salvo, pues por muchos que fueren mis enemigos, antes de que me toquen, ya estaré á cien leguas de distancia. Salid por Dios, Rosa. Es-

ta es la única gracia que os pido.

—Pero ved cual es nuestra suerte! exclamó Rosa con la mayor desesperacion; han cerrado la puerta con llave, y si estáis perdido, yo tambien lo estoy. Vendrán á asesinaros, y solo Dios sabe lo que dirán al encontrarme aquí!....

—Pues bien, Rosa, dijo Saturnino, es preciso que juntos nos salvemos y yo juro delante de Dios, añadió cogiéndola con entrambas manos, que sereis mi esposa, y que nadie tendrá que decir nunca nada contra vos.

—¡Bien lo sé, bien lo sé, dijo Rosa sin dejar de llorar, se lo dijisteis á Mr. de la Chataigneraie, y tal fue entonces mi alegria en medio de mi terror, que perdí la cabeza y no pude siquiera articular una palabra.

En este momento sintieron subir las escaleras.

—¡En el modo de andar conozco

que es mi tío! exclamó Rosa.

—Pues bien, ocultaos en ese armario, y no salgais hasia que yo os llame.

—¿Qué vais á hacer?

—Todavía no lo sé, dijo Saturnino..... pero ya veremos.

CAPITULO XXXVIII.

Tal vez admirará que el viejo Francisco Robertin, que tan pronto habia comprendido y con tanta facilidad habia aceptado las órdenes de Mr. de Perbruck, anduviese tan remiso en ejecutarlas. Pero durante esta noche habia pasado en la bodega de la granja una escena que debemos referir ante todo, y que era el principal motivo de es-

te retardo.

Como no ignora el lector, los hijos de Robertin tuvieron que ir á pasar aquella noche á la bodega, donde se albergaba el tío Luis con permiso para embriagarse como y cuando quisiera. Los muchachos le encontraron puesto de cuclillas sobre el gergon y con un jarro de cidra en la mano.

—¡Hola, hola! le dijo uno de estos, siempre con la cidra en la mauo; cosa tanto mas admirable, cuanto que mientras estáis bebiendo todo el dia, vuestra pobre hija se muere de sed.

—Mi hija es una buena muchacha, respondió Luis, y vosotros seis necios de marca mayor, á quienes ella es capaz de cojer por la nariz y llevaros con mas facilidad, que vosotros conducis un tiro de tres pares de bueyes.

El ébrio se echó á reir de su misma ocurrencia y añadió:

—El hecho es que vosotros sois mas brutos que los bueyes que tiran del arado; porque estos no se hallan tan sometidos al yugo que pesa sobre su cerviz, como lo estais vosotros á la menor mirada y á la palabra mas insignificante de vuestro padre. Y vamos á ver, buenos mozos, continuó Luis con la estúpida sonrisa de la embriaguez ¿se le ha antojado alguna vez uncirlos de dos en dos y llevaros al campo tirando de un rastrillo ó un arado, aguijoneándoos como bestias de carga?

Los seis jóvenes se habian sentado delante de su tio en forma de semicírculo y le miraban con mas curiosidad que asombro.

—Callad, tio, le dijo uno de ellos, que estais borracho.

—Ya lo sé, contestó Luis, y me alabo de eso; porque yo soy un hombre y vosotros no sois nada. Ninguno de vosotros es capaz de

beberse de un trago un jarro de cidra.

—Yo me bebí uno entero en la última feria de Guéménée, dijo con cierta vanidad el mayor de los seis hermanos.

—¿Y no te dió azotes tu padre? repuso Luis.

—Es que no le dije una palabra, replico el mozo.

El ébrio sé echó á reir, y exclamó alargándole el jarro de cidra que tenia en la mano:

—Apuesto á que no te bebes otro.

El muchacho vaciló.

—Qué edad tienes? le preguntó Luis.

—Veinte y seis años.

—Y te crees un hombre? repuso Luis, anda, vete y ponte una sayas, y ordeña las vacas, que no sirves para otra cosa.

—Yo lo beberia si quisiese, repuso bruscamente el aldeano.

—Pues por qué no lo bebes? tie-

nes miedo? Te desafío á que no eres capaz de beberlo.

El muchacho se decidió por fin, y se echó al cinto de un solo trago el jarro de cidra.

—Bien! bien! decia Luis siguiendo el movimiento del bebedor. Arriba! Arriba!

Y luego al concluir le preguntó:

—Cómo te encuentras ahora, buen mozo?

—A fe mia, exclamó, que esto está bueno; me ha calentado hasta el corazón!

Los otros cinco hermanos le miraban con ansiedad, no atreviéndose á creer que tuviese valor para beber un jarro de cidra sin licencia de su padre.

—; Y lo ha bebido, de una vez! se dijeron unos á otros, dando una carcajada de satisfacción.

—Y bien, dijo el menor de los seis hermanos, ¿no hay nada pa-

10 ra los demas?

1, —A fe mia, dijo el mayor, no
1, ha quedado ni una gota en el
1, jarro.

1, —¡Pues qué! ¿no está ahí la
1, pipa? exclamó Luis levantándose;
1, aguardadme, que voy á serviros.

1, Y fue con paso vacilante á lle-
1, nar la dama-juana que estaba cer-
1, ca de él, y la trajo al círculo for-
n mado por los aldeanos diciéndo-
3 les:

0 —¡Manos á la obra, mis amigos,
- bebeos todo esto. ¿No es verdad
- que es cosa buena? Y bien: abo-
- ra que ya lo habeis catado, ven-
- dreis algunas tardes por aqui, y
1 beberemos un trago. No hay cosa
- mas insulsa que beber solo.

Dado el primer paso, fácil le
era en efecto á Luis Robertin in-
ducir á estos jóvenes, tan sobrios
hasta entonces, á cometer excesos
que debian trastornar enteramente
su razon. Continuaron bebiendo, es-

timulados á la vez por el ejemplo de su tío y por la misma sed que da la borrachera; de modo que al cabo de una hora todos se habian tendido en el suelo, y dormian con la mas completa embriaguez.

Volvamos ahora á nuestra relacion.

Cuando Francisco Robertin hubo cerrado al salir la Chataigneraie la habitacion de Saturnino, acompañó al marqués de Perbruck y á los otros dos personajes hasta la puerta del patio exterior. Volvió á entrar al momento, y aseguró esta puerta por medio de largas estacas en forma de horquillas. Cerró tambien la puerta del establo, donde suponía estar Rosa durmiendo al lado de Mari-Juana, y de allí se fue á la bodega para despertar á sus hijos.

—¡Eb! ¡muchachos! dijo al entrar.

Nadie le respondió.

Y sin embargo, siempre que su padre les llamaba, al momento despertaban, aunque estuviesen profundamente dormidos. Tan temible era esta voz para ellos.

— ¡Ea! ¡muchachos! ¡arriba! repitió Francisco en voz mas fuerte...

Solamente se sintieron por respuesta algunos gruñidos sordos, y todo volvió inmediatamente á quedar en silencio. Entró en la bodega el padre, descolgó un largo látigo que habia colgado en la pared, y se puso á dar multiplicados golpes en el sitio donde suponía que sus hijos estaban echados; pero como ninguno de ellos habia tenido bastante fuerza para ir arrastrándose hasta la cama que habian preparado, luego echó de ver Robertin que no hacia mas que golpear la paja. Entonces se introdujo mas en el fondo de la bodega y no tardó en tropezar con un cuerpo ten-

dido en el suelo. Dióle fuertes puntapiés, con cuyas amonestaciones paternales se levantó casi sin querer el interpelado, y sin poder pronunciar ni un vocablo completo. Entonces fue cuando Robertin, conociendo el estado en que se encontraban sus hijos, empezó á gritar y á enfurecerse de la manera mas terrible.

Se arrojó en medio de ellos, dando á diestro y siniestro tremendos golpes con el látigo que tenia en la mano, hasta que todos los durmientes se despertaron. Pero en medio del desórden que produjo tan repentina embestida, la voz del padre no fue oída de todos los hijos, y el mayor de ellos, golpeado por un brazo extraño, se arrojó á la garganta del enemigo que le acometia, y á pesar de la resistencia del anciano, le hizo rodar al suelo, y sabe Dios hasta dónde hubiera llegado esta lucha, si no hubie-

se aparecido un hombre en el umbral de la puerta que conducía al interior de la casa, trayendo una luz en la mano.

Era este Luis Robertin, el cual mas acostumbrado que sus sobrinos á los vapores de la cidra, se habia despertado á la primera voz de Francisco, y viendo la marcha que llevaban las cosas, se habia escapado, y volvía á presenciarse el espectáculo del tumulto, cuyo estrépito se oía desde afuera. Al ver el padre echado por tierra, todos los hijos de Robertin retrocedieron llenos de asombro, mientras que el anciano se levantaba. Acercóse al que en tales términos lo habia maltratado, y le estuvo mirando sin hablar palabra... Durante algunos momentos discutió consigo mismo cuál sería el medio mas eficaz de castigar á este hijo que se habia atrevido á levantarla la mano; mas para semejante crimen no encontra-

ba la imaginaciou del viejo Robertin mas que un solo castigo, el de la muerte.

Retrocedió su corazon de padre ante esa idea, y no pudiendo imponer una pena correspondiente á la gravedad del delito, tuvo por mejor el aparentar que lo ignoraba, y dijo ásperamente al muchacho, que aguardaba temblando la primera palabra de su padre:

—Eres un imbécil en acostarte así en medio del suelo: me has hecho caer, y tú has caido tambien sobre mí.

Las ideas del hijo no eran todavia muy claras, las de sus hermanos tampoco: así creyeron lo que decia el viejo Robertin, y no entró en la cabeza de ninguno de ellos, ni aun en la del mismo culpable, que ninguno de ellos se hubiese atrevido á levantar la mano á su padre.

Pero aun quedaba por castigar otra falta de consideracion; la orgía

á que se habian entregado los seis jóvenes. Sin embargo, tal vez no se habia incomodado el padre por hallarlos en una posicion dudosa, atendiendo á lo que tenia que proponerles. Creyó el anciano Robertin encontrar en ellos una obediencia mas ciega y mas pronta, en cuanto sus hijos tenian una falta que espiar, y no estaban en estado de comprender toda la gravedad de la accion que iba á hacerles ejecutar.

—Seguidme todos, les dijo.

Y salieron muy contentos, creyendo que su padre no habia advertido su embriaguez.

Comenzaba á la sazón á despuntar el dia.

Robertin condujo á sus hijos á la gran sala baja.

—¿Dónde están vuestras escopetas? les preguntó.

Cada cual fue á buscar la suya al escondrijo particular á don-

de acostumbraban ponerlas con su correspondiente surtido de cartuchos.

—Cargadlas, les dijo Francisco.

Obedecieron con bastante lijereza, para que su padre creyese que ya estaban libres del embrutecimiento que produce la bebida.

—Ahora, escuchadme. ¿Habeis visto aquel hombre que se ha acostado en el cuarto de arriba?....

—Sí.

—¿Y quién creéis que es ese hombre?

—A nosotros se nos dijo que era el hijo de nuestro amo.

—¡Pues bien: eso no es cierto... Ese hombre es un espía: un malvado!

—Cierto será, cuando lo decis.

—Yo voy á subir á su cuarto...

—Bien...

—Pero cómo es posible que in-

tente escaparse, dos de vosotros se apostarán á la puerta de la escalera, otros dos al pie de la ventana, y los dos restantes á la puerta del patio. Si llegase á escaparse, tiradle sin miedo, como á un perro rabioso.

—Muy bien, así lo haremos, respondieron los jóvenes.

Y sin mas observacion cada cual fue á colocarse en su puesto, y el viejo Francisco, con su escopeta debajo del brazo, subió al cuarto de Saturnino.

Al sentir sus pisadas, Rosa se ocultó como hemos dicho, en el armario que habia en el rincon mas oscuro del cuarto. Saturnino corrió á la ventana, y se encontró con las dos centinelas puestas por Robertin. Conoció desde luego que no debia esperar nada de una lucha á brazo partido, y que era necesario apelar á la astucia. ¡Pero qué medio emplear contra estos entendi-

mientos obtusos que siguen con la mas ciega confianza cualquier pensamiento que les sujieren, y que no lo abandonan ni por ruegos, ni por amenazas, ni por racionales.

A pesar de su serenidad, Saturnino estaba en una situacion muy embarazosa; y á todo evento tenia dispuestas sus pistolas, renovados los cebos, y resuelto á levantar la tapa de los sesos al venerable Francisco Robertin si este se propasaba demasiado, ó bien á apoderarse de su persona y tenerle en rebenes, para en seguida parlamentar con los hijos.

Sin embargo, trató de saber en qué sentido y con qué disposiciones subia á su cuarto Francisco. Miró por una hendidura de la puerta, le vió llegar á lo último de la escalera, luego detenerse de pronto; observó el arma que traia el viejo, y se figuró que Francisco Ro-

bertin se detenia, porque vacilaba en cometer el crimen que le habian encargado. Pero luego debia comprender que muy al contrario, el viejo se afirmaba mas y mas en su primera idea. Hacia la señal de la cruz, y murmuraba una oracion en voz apagada y con un aire que no dejaba entrever la menor emocion ni la mas ligera perplejidad. Concluida su oracion, Robertin volvió á santiguarse.

—¡Esto está visto, exclamó Saturnino!

Y se fue corriendo hácia el armario, y le dijo á Rosa en voz baja:

Atended bien á todo lo que va á pasar, y repetid lo que yo diga.

Entretanto Robertin cogió su escopeta, la examinó con el mismo cuidado que Saturnino sus pistolas, y abrió la puerta de la habitacion que cuadraba frente á la cama que

acababa de dejar. Colocóse Fichet detrás de la hoja de la misma puerta para dejar pasar á Francisco Robertin, á fin de llevarle esa ventaja mientras que el aldeano fuese hácia la cama, donde debia suponer acostado á su huésped. Creia Saturnino que el anciano breton procedería de este modo, para asesinar sin peligro y durante su sueño al hombre que M. de Perbruck le habia señalado como víctima.

Aunque ya era de dia, habia en este cuarto una especie de oscuridad, á causa de no tener mas que una miserable ventana, cuyos vidrios sucios y surcados en todos sentidos por listones de plomo, apenas daban paso á la luz.

Cuando llegó Robertin como al medio del cuarto, apoyó en el suelo la culata de su escopeta y dijo en voz bastante fuerte:

¡Ea, muchacho! ¡arriba! que tenemos que hablar.

Saturnino, que se habia quedado detrás de la puerta, cuya hoja lo habia encubierto al abrirse, la cerró con estrépito y echó el enorme cerrojo que la defendia por la parte de adentro. Francisco volvió la cabeza al oír este ruido, y se quedó estupefacto al encontrarse frente á Saturnino, que le dijo con la mayor desenvoltura:

—Aquí me teneis, mi buen viejo, ¿qué es lo que teneis que decirme?

—¿No te llamas Saturnino Fichet? dijo el anciano.

—Ese es mi nombre, repuso este, nombre muy honrado de padres á hijos; y siendo vos colono del señor marqués de Perbruck, ya habreis tenido que entenderos alguna vez con mi padre, que es mayordomo suyo.

—Teneis razon: ese es el nombre de un hombre de bien, en todo lo respectivo á vuestro padre, repli-

có el aldeano; pero lo que es con vos no habla aquel refran que dice: «de casta le viene al galgo el ser rabilargo.»

—¿Quién os lo ha dicho? replicó Saturnino.

—Eso nada os importa, replicó el aldeano; basta que tengais entendido que yo lo sé, y que me háyais dicho que os llamais Saturnino Fichet, cuyo nombre es efectivamente el vuestro.

—A lo menos hoy, ese es mi nombre, repuso Saturnino, porque ayer, como pudísteis haber observado, todos me llamaban el conde de Perbruck.

—Ah! ¿con que lo confesais? repuso Robertin levantando su escopeta, como si esta confesion le dispensase de buscar otras pruebas del crimen de Saturnino.

—Confesarlo! exclamó Fichet, ¿y por qué diablos quereis que yo lo oculte? ¿no ha sido vuestro mismo

—¿amo quien me ha presentado en esta casa bajo ese nombre?

—Tendria sus razones para obrar asi, replicó Robertin con aspereza.

—El marqués de Perbruck siempre tiene buenas razones para hacer lo que le parece, dijo Fichet, el cual conoció por la espresion adusta del semblante de Robertin que ya era tiempo de dar otro giro á aquellas esplicaciones. Si, prosiguió, ayer el marqués de Perbruck me permitia llevar ese nombre, como me lo ha permitido llevar y me lo ha dado él mismo mientras que tuvo necesidad de mí.

—¿Cómo! ¿El señor marqués de Perbruck os ha necesitado? le dijo Robertin con cierto aire de admiracion y de desden.

—Sí, contestó Saturnino, ha tenido necesidad de mí para salir de un mal paso, como hoy ha tenido necesidad de vos para induciros á

cometer un crimen.

Al oír esta palabra retrocedió el anciano; mas luego prosiguió:

—No hay crimen en matar como un perro á un espia y á un traidor.

—¡Hola! ; Hola! dijo Saturnino; con que eso es lo que os ha dicho, segun parece; pero os callais lo demas; no me decis que el marqués ha hecho salir de noche á los señores de Paradeze y de la Chaigneraie, que no le hubieran consentido añadir ese crimen al largo catálogo de los que lleva cometidos.

—¡Como! repuso el viejo Robertin, el cual no concebía que se atreviese nadie á espresarse con tal irreverencia, tratándose del marqués. ¡Cómo! ¡asi te atreves á acusar á tu señor, miserable!

—¡Ea, pues, repuso Saturnino levantando la voz, ¿como os llamais?

— Yo me llamo Francisco Robertin.

— ¡Hola! contestó Saturnino; os llamais Robertin, y preguntais qué crimen ha cometido el marqués de Perbruck? ¡Os llamais Robertin, y olvidais de que hay un hombre con ese mismo apellido que ha sido llevado á la plaza de Bouffay y marcado en la espalda, porque su hermana no ha querido entregarse á merced de su señor! Bien debiais saber que Gerónimo estaba inocente, lo cual no ha impedido que el marqués jurase puesta la mano sobre un Crucifijo, que Gerónimo habia levantado la escopeta contra su persona.

— ¿Y por dónde sabeis eso? preguntó Robertin, desconcertado por aquel recuerdo, que por tanto tiempo habia atormentado el corazon de una familia entera, viniendo á quedar al fin como adormecido por la fuerza del hábito de obedecer cie-

gamente, hasta que Saturnino habia venido á despertarlo.

—¿Quereis saber quien me lo ha dicho? repuso Saturnino, aprovechándose de la turbacion del anciano. Esa voz que descubre los mayores crímenes, por ocultos que estén: el marqués y Gerónimo estaban solos en el bosque, como nosotros estamos solos en esta habitacion, y sin embargo, la verdad ha salido de allí, como saldrá de aquí. Dios tiene siempre junto al crimen un testigo oculto, que lo oye, que lo vé y que lo revela.

Bajó el anciano la cabeza y se puso á reflexionar por espacio de algunos minutos; pero era una tarea superior á las fuerzas de su entendimiento, acostumbrado á obedecer sin réplica, el discutir consigo mismo la trascendencia de la accion que iba á ejecutar. Habia recibido una órden de su señor, esta órden se encaminaba á la salvacion de la

causa de Dios y del Rey; y si el asesinato que se le habia ordenado era un crimen, su señor era quien debia responder de él ante Dios y ante el Rey.

Asi trató de desentenderse Robertin de la duda que le habia ocurrido, y del remordimiento que en su conciencia se abrigaba.

—¡Basta ya! le dijo precipitadamente á Saturnino: yo sé que los de tu ralea tienen palabras melosas para envolver y engañar á las gentes de buena fé como nosotros: asi es como engañaste al marqués de la Rouarie y pusiste fuego á su castillo; asi es como quieres denunciar al señor marqués de Perbruck y á sus amigos, y hacer que acaben con ellos los republicanos. ¡Vamos, despacha: dí el acto de contricion, y no pienses embaucarme con tus palabras!.....

—No me toca á mí pedir perdón, contestó Saturnino, que á pe-

sar de estas amenazas advertia la turbacion del anciano; porque si tú te atreves á matarme, Dios me recibirá en su seno como una victima, mientras que tú serás condenado como un asesino.

— ¡Yo, condenado! exclamó Robertin.

— ¡Sí, repitió allá en la sombra una voz que no era la de Saturnino. ¡Si, tú serás condenado, como un asesino!

Rosa habia comprendido por fin la recomendacion de Fichet, y este no habia recurrido en vano á semejante medio, tomado de alguna pieza cómica muy en boga entonces en Paris.

Al oír esta voz, cuyo misterio no podia concebir el viejo Robertin, se escapó de sus manos la escopeta, y exclamó todo trémulo:

— ¿Quién es el que ha hablado?

— La voz de Dios, dijo Saturnino, que observaba con cierta in-

quietud hasta los menores movimientos de Robertin. Es la voz de Dios, que quiere impedirte el cometer un crimen; porque tiene lástima de ti, porque sabe que hasta hoy le has adorado con fervor y humildad. Pídele perdón de tu mal pensamiento, y él te lo perdonará.

Robertin creía haber sido el juguete de una ilusión: se preguntaba si era cierto que hubiese oído otra voz diferente de la de Fichet, y ya se iba haciendo superior al indecible asombro que experimentaba, cuando Rosa gritó desde el fondo su escondrijo:

—Píde perdón, y Dios te perdonará.

La cabeza del pobre aldeano breton no pudo ya resistir á esta nueva prueba de una amonestación sobrenatural; cayó de rodillas, y dándose golpes de pecho, exclamó:

—¡Perdón! ¡Perdón, Dios mío!

A pesar de la gravedad de su situación, Saturnino estuvo á punto de soltar la risa, al ver el buen éxito de su estratagema, y se creía ya salvado cuando sintió el ruido confuso que hacian varias personas que subian por la escalera.

En este instante se levantó Francisco y dijo sin vacilar:

— Señor Saturnino Fichet, puesto que Dios os protege, no necesitáis el auxilio de nadie. La puerta de la casa está abierta; podeis marcharos cuando gustéis. Yo diré á Mr. de Perbruck lo que aqui ha pasado.

Aprovechándose de esta licencia Saturnino, abrió la puerta y empezó á bajar la escalera, cuando cerca del último descanso advirtió la presencia de los dos hijos que estaban de guardia con sus escopetas. Al mismo tiempo vió cerca de sí á un hombre que le miró con

una sonrisa estúpida y le cojió la mano dándole una fuerte sacudida aunque en tono amistoso. Este era el pobre Luis Robertin..... el anciano ébrio.

— ¡Hola! ¿Sois el señor Saturnino Fichet? le dijo, llevándole hácia el cuarto; desde el dia en que cenásteis en mi casa, no hemos vuelto á vernos. ¡Oh! yo no soy rico..... me han robado, me han tenido en una cárcel. Por supuesto que vuestro padre ya no pensará en casaros con mi hija. ¡Qué mudado está todo!... menos la pobre Rosa, que no piensa mas que en vos y que á todas horas me está hablando de..... Yo venia precisamente aqui para saber..... en donde está

— Está encerrada en el establo con Mari-Juana, contestó Francisco.

— Allí no está, replicó Luis, vengo de allí ahora mismo. Es verdad

que encontré la puerta cerrada; pero el pájaro ya no estaba en el nido. ¿A donde diablos se habrá metido? ¡Eh! ¡Rosa!.. ¡Rosa! se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Venid acá, perillan, añadió cogiendo á Saturnino por el cuello, no habreis dejado de andar-la rondando, cuando menos. ¡Cuidado que os conozco mucho: esta gente de Paris es capaz de cualquier cosa!

Entretanto Francisco habia salido de la habitacion, gritando desde lo último de la escalera:

— ¡Muchachos, cada uno á su trabajo, que ya no hay nada que hacer en casa! Decidle á Mari-Juana que lleve el ganado al campo.

Marcháronse los hijos, con esa impasible sumision, que no les permitia investigar el motivo de las órdenes que se les daban.

Tranquilo ya Saturnino con las

buenas disposiciones del viejo Robertin, solo le inquietaba la idea de la infeliz Rosa, que todavia continuaba escondida en el armario.

Y en medio de todo esto, Luis insistia en el primer pensamiento que le habia llevado al cuarto de Saturnino, y esclamaba con esa pertinacia propia de los borrachos en todas cuantas ideas se les ocurren:

— ¿Pero dónde diablos está mi hija?

Púsose á buscar á Rosa, como se hubiera puesto á buscar un objeto perdido, registrando todos los rincones de la habitacion, revolviendo la ropa de la cama, sacudiendo las mantas, y repitiendo sin cesar:

— ¿A donde diablos estará?

Asi fue llegando hasta el armario, cuya puerta entreabrió; y viendo á Rosa acurrucada en un rin-

con, pálida y toda temblando, la arancó bruscamente y la llevó con violencia hasta el medio del cuarto, donde empezó á gritar con voz amenazadora:

—¿Qué es lo que hacias allí, desventurada?

Bien hubiera podido Fichet aprovecharse del asombro y de la turbacion de Luis para ponerse en salvo; mas conociendo que la infeliz muchacha que habia querido salvarle, iba á ser objeto de las acusaciones de su padre y de su tio, y acaso de sus malos tratamientos, por grandes que fuesen los peligros que corriese permaneciendo en aquella casa, no pudo menos de acudir al socorro de Rosa, y poniéndose entre ella y su padre, exclamó:

—Vuesta hija estaba allí para impedir que ese hombre me asesinase.

Francisco Robertin se pasó la mano por la frente, y exclamó de

pronto, lanzando un sordo rugido de cólera:

—Ah! por eso oía yo entonces una voz que me mandaba perdonar á ese espía, á ese traidor. Vaya ¿con que esas tenemos?

Y lleno de furia al verse así burlado, se bajó para recoger su escopeta que habia dejado en el suelo; pero antes que hubiese tenido tiempo de ejecutarlo, aprovechándose Saturnino del momento en que el aldeano se inclinaba hácia el suelo, se echó sobre él, y apoyando en su cabeza la boca del cañon de una de sus pistolas, le dijo:

—Al primer movimiento que hagas, al primer grito que des, te hago saltar la tapa de los sesos.

Pero Saturnino se habia olvidado del borracho. Luis no oyó la amenaza de Fichet, la cual tal vez hubiera podido contener á un

hombre sereno, y se arrojó sobre él.

Esto dió tiempo á Francisco para levantarse; y sin duda se hubiera empeñado una lucha terrible, si una griteria espantosa no se hubiera levantado en el centro del patio, hácia donde se fijó sin querer la atencion de todos. Casi en este mismo momento vieron entrar en el cuarto á Mari-Juana, pálida, trémula y desconcertada.

CAPITULO XXXVIV.

Apenas entró en el cuarto Marijuana, se puso á gritar con voz moribunda:

— ¡Allí están! ¡allí están! ¡Escondedme, escondedme!

Robertin se asomó corriendo á la ventana, y vió dos hombres á caballo en medio del patio.

— ¿Quiénes sois, y qué quereis? exclamó el coleno.

— ¿No sois el viejo Francisco Ro-

bertin? respondió una voz, y no teneis en vuestra granja una muchacha, que se llama Mari-Juana Lefort?

—Si por cierto, respondió Robertin, y aquí está.

Rosa se habia acercado á la ventana, porque se figuró conocer la voz que hablaba; pero al instante se alejó horrorizada, diciendo con espanto:

—Es Morillon. Y va á subir á la casa.

—¡Oh! dijo Saturnino, viene aquí ese miserable. ¡Por todos los diablos del infierno que me ha de pagar el pistoletazo que me ha tirado!

Y diciendo esto se colocó detrás de la puerta.

—¡Cáspita! dijo Francisco mirando á Saturnino y á Rosa; ¿con que segun parece, conoceis á ese hombre, y tú tambien, Mari-Juana?...

Antes que esta pudiera contestar, aparecieron en el umbral de la puerta Barthe y Morillon. Antes de entrar se detuvo el comisario de la Convencion, y dijo, no sin haber recorrido primero todo el cuarto con una rápida ojeada:

—¡Qué diablos! no creia encontrar tanta gente conocida. ¡Hola! ¡hola! ¿con que estás aquí tú, viejo Robertin; le dijo á Luis, tú á quien nombré yo comandante del castillo de Nantes, y que tan pronto abandonaste el puesto; ¡y vos tambien aquí! la bella Rosa, que con tanta presteza sabeis convertir en calabozos los gabinetes, á donde os dejais llevar con muy distinto objeto.

Aturdido se quedó Luis, y Rosa perdió hasta el último resto de serenidad.

—Parece que os olvidais de mí, señor Lalligant Morillon, dijo Saturnino, dando al mismo tiempo una

palmada espresiva sobre el hombro del comisario.

Volvióse este encendido de cólera, y se quedó estupefacto al ver á Saturnino.

Pero, casi sin detenerse, prosiguió:

—El conde de Perbruck.

—¡No, no! Yo soy Saturnino Fichet; y advertid además, añadió golpeando á Morillon con el extremo del cañon de su pistola, que me habeis hecho una señal en la cabeza, por la cual ya nadie puede confundir al uno con el otro.

—¿Qué es esto? dijo Morillon, si queremos divertirnos un rato con balas!... Como gustéis, caballero, conmigo traigo gente dispuesta para todo.

Al instante sacó tambien un par de pistolas, y Barthe se colocó á su lado.

—¡Armas á tierra! exclamó Francisco con voz de trueno. ¡Armas

tierra! ó llamo á los muchachos que os harán obedecer mas que de prisa. Y antes de nada, le dijo Morillon, ¿quien sois y que queréis?

—¡Tio, ese es un malvado! exclamó Rosa; él es el que persigue á los realistas sin descanso; él es quien indujo á Saturnino á representar el papel de conde de Perbruck... ¿No es verdad, Mari-Juana?...
—¿...?

—Yo no sé nada, contestó esta que estaba llena de miedo escondida en un rincon.

—¿Quién soy yo? dijo Morillon que iba conociendo que su posicion podia llegar á ser muy peligrosa si no llamaba la atencion hácia otra parte; yo estoy encargado por la república para perseguir los crímenes, donde quiera que se cometan, y vengo aquí á prender á Mari-Juana Lefort, á quien se acusa de haber asesinado á su her-

mano.

—Esa es una calumnia! gritó Mari-Juana. ¡Una calumnia!

—¡Cómo! le dijo Morillon, ¿tan pronto te olvidas de haberte alabado del crimen delante de nosotros?

—¿Así te olvidas? dijo Barthe, que mientras que los hermanos Robertin se degollaban unos á otros, tú gritabas como una loca: ¡Ya no hay mas hermanos! ¿Y te habrás olvidado de que ocultaste su cadáver en la cuadra, donde no querian entrar nuestros caballos?

Aturdida Mari-Juana con semejantes palabras, encorvada la cabeza y temblándole todo su cuerpo, respondió con voz apagada:

—¡Pues bien, matadme desde luego, matadme!

—Francisco Robertin, dijo Morillon, os prevengo que me entreguéis esa muger!

—Cogedla, dijo Robertin, y lle-

vaosla consigo. Y tú, Mari-Juana, maldita seas...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó esta retorciéndose los brazos, ¡siempre hay alguno que vela para castigar el crimen!

—Ha venido nuestra gente? dijo en voz baja Morillon á Barthe, que miraba furtivamente por la ventana.

—Ahí están! respondió Barthe en el mismo tono.

—Vamos, pues, dijo Morillon á Mari-Juana, anda desventurada!

En el mismo momento se oyó un grito lejano que decia:

—¡Paso á los gendarmes!

Al instante los hijos de Robertin que vieron desde léjos los gendarmes que Morillon habia mandado á buscar por medio de Barthe, se volvieron al patio y entraron precipitadamente en el cercado que le servia de recinto.

Al oír estos gritos, el anciano

Francisco Robertin olvida el crimen de Maria , y solo recuerda que ha jurado no consentir jamas que los soldados de la república pongan el pie en la granja. Ya no le cabe duda de que Saturnino es quien los ha llamado , y quiere cumplir á la vez el juramento que ha hecho á su señor y el que se ha hecho á sí mismo ; prepara su escopeta , y grita con voz de trueno :

—Ea , muchachos , ánimo , á los gendarmes...! y viva el Rey.

Desde luego apunta á Saturnino ; mas este , rápido como el pensamiento , se echa de lado , sale al tiro y va á herir á Mari-Juana , que cae diciendo :

—Gracias , Dios mio !

—Armas á tierra ! grita Morillon abalanzándose sobre el viejo Robertin , mientras que Rosa acude á la pobre herida , y el borracho se agita con violencia en medio de su embriaguez.

Esta escena llevaba trazas de ser tan horrorosa como la que habia pasado en casa de Mari-Juana, y podia llegar á ser mas sangrienta. No bien se sintió el disparo de Francisco Robertin, seis escopetas fueron disparadas en el patio, y cayeron tres gendarmes. Los que habian quedado en pie, tiraban en la misma direccion de donde salieran los disparos; pero sus balas se perdian entre los matorrales á donde se habian refugiado los mozos.

Entre tanto Morillon habia cogido á Robertin, y una lucha terrible se empeñó entrambos.

Barthe, tratando de poner á los demas gendarmes á cubierto de los ataques de los mozos de la granja, corrió hácia la ventana y les dijo gritando:

—¡Subid aquí! subid, la escalera está á la derecha.....

Pero en aquel mismo momento cierra la puerta Saturnino, echa

el cerrojo, y abalanzándose sobre Barthe, que asomado á la ventana, indicaba á los gendarmes la escalera, lo coge por las piernas, lo levanta en peso y lo arroja por la ventana; y en seguida, volviéndose hácia Morillon, que continuaba luchando con el viejo Francisco, lo derriba, y aplicando á su cabeza una pistola, le dice:

—Ahora, parlamentemos.

El aspecto de aquella escena terrible cambiaba á cada instante.

Entretanto los gendarmes que ignoraban lo que sucedia en lo interior de la casa, habian tomado por asalto la escalera, y se disponian á echar la puerta al suelo.

¡Deteneos..... deteneos..... exclamó Morillon.

—Vosotros dos, dijo Saturnino á Francisco y á Luis, tenedme cuenta de este valiente, mientras yo voy á ver.

Los dos aldeanos le obedecie-

ron. Saturnino se acercó á la puerta, donde con tal violencia golpeaban.

—Escuchad, les dijo á los gendarmes que estaban del lado opuesto: tenemos en nuestro poder á vuestro capitán; el primer golpe que deis á la puerta será la señal de su muerte.

—¡Echad la puerta al suelo, al suelo! dijo una voz furiosa desde el fondo de la escalera.

Era la voz de Barthe que, habiéndose levantado de la terrible caída que acababa de dar, fue medio arrastrando y cayendo aquí y allí hasta el cuarto en que Morrillon estaba encerrado con sus enemigos.

Así que llegó á la puerta, la golpeó con furia, incitando á los gendarmes, quienes con arreglo á sus órdenes, consideraron como un deber el derribarla.

—Saturnino cogió una pistola,

la cargó y la dirigió hácia Morillon.

— ¡Ea pues, dijo, tendremos un malvado menos en el mundo!

— ¡Deteneos, deteneos!.... exclamó Morillon con voz estentórea, ¡deteneos, gendarmes!

— No hay que darle crédito, repuso Barthe al otro lado de la puerta; cumplid con vuestro deber.

— Pero, miserable, vas á causar mi muerte, gritó Morillon, considerando exajerado el celo de Barthe.

— ¡Viva ¡la República! respondió Barthe; y golpeando al mismo tiempo la puerta con mas furia que nunca, se puso á cantar esta cancion:

¡Morir por la patria:

¡Cuán dulce morir!

¡Callarás, canalla infernal, gritó Morillon con tal esfuerzo, que su voz cubrió el canto de Bar-

the: ¡gendarmes, prended á ese miserable, no le dejéis escapar!

Los gendarmes reconociendo por fin el acento de Morillon, le obedecieron sin réplica, y no tardaron en cesar los golpes: Barthe juraba y perjuraba, bramando de cólera; pero ya se habian apoderado de su persona.

Libre ya Morillon del peligro que le habia hecho correr su digno compañero, preguntó á Saturnino qué era lo que de él exigia.

—Sois el árbitro de mi suerte, le dijo; podeis matarme aquí mismo, pero debeis conocer demasiado bien que á todos vosotros os sucederia otro tanto, si pusiesen á mis gendarmes en la precision de vengar mi muerte. Pedidme cosas que yo pueda concederos sin rebajarme, pues de otro modo, entre hacer concesiones injuriosas para mi honor, y morir aqui, prefiero el último partido.

—Y antes de nada, dijo Saturnino, vos, señor hombre de honor, vais á declarar á este hombre intrépido que está á mi lado, que yo no soy, ni he sido nunca agente de los republicanos...

Morillon se encogió de hombros, y contestó:

—Me parece que no dais muchas muestras de tratarnos como amigos. Vamos, pues, adelante, despachémonos, continuó enfurecido. No me hagais recordar, que á no ser por vos, quizá hubiera sorprendido yo á la Rouarie en su castillo, con todos cuantos en él se hallaban.

—¿Lo ois, dijo Saturnino á Francisco Robertin.

No respondió este una sola palabra, y Saturnino continuó:

—Y ahora vais á darme dos pasaportes. Yo sé que los teneis siempre dispuestos en la cartera, y que ademas traeis consigo todo lo

necesario para escribir. Quiero uno de ellos en nombre de Luis Robertin y de su hija, y el otro en el mio.

— ¿Con qué destino los que-
reis? dijo Morillon sacando la car-
tera.

— Dejad el destino en blanco,
repuso Fichet; yo cuidaré de cubrir-
lo, cuando me encuentre bastan-
te léjos, para que no sepais por
qué lado habeis de perseguirnos.

— Sea en buen hora, dijo Mori-
llon entregando á Saturnino los pa-
saportes.

— Y ahora, añadió este último,
mandad bajar á los gendarmes; que
dejen sus armas en el patio, y se
encierren en el cuarto bajo, mien-
tras que nosotros salimos con esta
jóven y con Luis Robertin.

— ¡Y quien me responde, escla-
mó Morillon, de que una vez de-
sarmados mis gendarmes, los hijos
de este hombre no les atacarán ni

á mí tampoco! Asi voy á deciros lo que puedo conceder de lo que se me pide; mis gendarmes se colocarán de un lado del patio, y los mozos de la granja del otro; bajaremos todos juntos, saldremos de la casa tambien juntos, y entonces cada cual será libre en marcharse á donde le acomode.

—¡Muy bien! Corriente, dijo Saturnino; mandad bajar á los gendarmes.

Morillon repitió á su gente la orden convenida. Esta orden fue ejecutada, y los gendarmes se colocaron á un lado del patio.

—Haced venir á los muchachos, dijo Saturnino al viejo Robertin.

Este, que parecia estraño á todas aquellas conferencias, pero cuyas miradas anunciaban algun proyecto orijinal, no se detuvo en hacer lo que le decian; se asomó á la ventana, llamó á sus hijos, y los

seis aldeanos con sus escopetas se colocaron al otro lado del patio.

—Ahora ya podemos salir, dijo Morillon.

—Todavía no, repuso Saturnino; Rosa y vos Luis, tomad vuestro pasaporte.

Escribió en él la palabra «Nantes,» y se lo entregó á Rosa.

—No tengais cuidado por mí, les dijo, mañana me habré incorporado con vosotras donde quiera que os halleis, ó de lo contrario estaré muerto.

Y luego volviéndose hácia Morillon, le dijo:

—Vamos á comenzar por hacer que salgan estos dos.

Rosa no queria salir; pero Saturnino se lo pidió con el mayor encarecimiento, y la dijo en voz baja:

—Esperadme en Guémeneé.

Rosa y su padre salieron de la habitacion, bajaron al patio, y pa-

sando por medio de las dos filas de gendarmes y aldeanos, se fueron alejando á toda prisa.

—Ahora os toca á vosotros, dijo Saturnino á Francisco y á Morillon; bajad, y cada uno vaya á colocarse al lado de los suyos.

—Y vos, Saturnino, ¿no venis?

—Al momento, contestó este, voy á tomar mi maleta y salgo.

Tanto Morillon como el colono bajaron inmediatamente, y fueron á colocarse en sus puestos respectivos.

Pero Saturnino habia hecho sus cálculos sin tener en cuenta la enemistad capital del realista y del republicano. En efecto, no bien se colocó Morillon cerca de los suyos, les dijo en voz baja:

—Gendarmes, cuando vaya á pasar ese miserable, descargad sobre él y sobre los paisanos!

Y al mismo tiempo el anciano Francisco decia á sus hijos:

—Mirad, muchachos, cuando e espia saliere, descargad sobre él y^l sobre los gendarmes!

De tal suerte se asestaban unos á otros, y Saturnino iba á perecer sin remedio, blanco del fanatismo y de la ferocidad que animaba entonces á víctimas y á verdugos, cuando Mari-Juana, que se habia arrastrado hasta los pies de la cama, le llamó sin levantar la voz:

—No váyais allá, le dijo, porque os van á asesinar. Mirad, levantad aquella trampa que hay en el rincon del cuarto; por ahí se sale... no teneis mas que bajar, y hallareis una puerta que da al campo por detras de la granja.

—Gracias, hija mia, le dijo Saturnino; ¿pero cómo os he de abandonar despues del servicio que acabais de hacerme?

—Dejadme, dijo Mari-Juana; prefiero morir aquí, á vivir como he vivido desde que he asesinado á mi

hermano; pero ya que queréis recompensarme por el aviso que os doy, únicamente os pediría una de vuestras pistolas, así me libraría del oprobio de subir al cadalso..... conozco que el viejo Robertin no me ha matado.

— Pero es cierto eso? le dijo Saturnino: es cierto que habeis matado á vuestro hermano?

— Yo lo he matado, contestó Mari-Juana, y ahora voy á sufrir la espacion de mi delito.

Saturnino se marchó dejando caer una pistola cerca de la infeliz muchacha: levantó la trampa, vió la escalera y bajó. Apenas habia abierto la puerta y traspasado el umbral cuando oyó violentas interpelaciones.

— Y bien! ¿ Cuándo diablos acabais de bajar? exclamaba Morillon, lleno de impaciencia por la demora de Saturnino.

Por su parte Francisco Robertin

tin gritaba :

—Ea ! vamos, despachad !

Un pistoletazo respondió á las palabras de entrambos. Mari Juana acababa de dispararse una pistola, dirigiéndola hácia el corazon ; pero su mano trémula y desfallecida no habia hecho mas que agregar una herida leve á la que le habia hecho Robertin.

—Se ha suicidado ! exclamó Morillon.

—Pues bien, en ese caso , dijo Francisco , tirad , muchachos !

Pero aun no habia dado su orden el viejo Robertin cuando los gendarmes , irritados con la pérdida que acababan de sufrir , hicieron una descarga general. Tres de los hijos de Robertin cayeron ; el padre y los otros tres se precipitaron sobre sus enemigos , y se empeñó una lucha á brazo partido entre los que quedaban. Morillon subió al cuarto , donde solo encontró

á Mari-Juana , que se habia levantado con el objeto de poner término á su vida , arrojándose por la ventana.

—A lo menos agarraré esta! exclamó Morillon.

Entretanto los gendarmes continuaban defendiéndose con sus sables contra los mozos armados de largas horquillas , con las cuales les daban que hacer. Varios de los primeros estaban ya heridos , y quien sabe le que hubiera sido de Morillon y de su tropa , sin un nuevo refuerzo que llegó de improvisa. Sorprendidos los aldeanos , se vieron atacados antes de haber podido hacer frente á estos nuevos enemigos , y el padre Robertin y sus seis hijos estaban ya tendidos en el patio , cuando Delbenne que mandaba esta fuerza , subió al cuarto donde estaba Morillon.

—Hola ! ¡ Sois vos , le dijo Morillon. Me alegro !

—En Guéménée he sabido que estabais aquí, dijo Delbenne. Me he dado prisa á venir, porque sabia que Mr. de Perbruck, su hijo y otros aristócratas habian venido á ocultarse en esta madriguera. ¿Habéis cojido algunos?

—No, contestó Morillon, solo hemos cojido á esta desventurada...

—Mari-Juana! exclamó Delbenne...

—Acusada de haber asesinado á tu hermano, y que ya ha confesado su delito.

—Mari-Juana! replicó Delbenne...

—Os encargo que la conduzcáis á Nantes, donde debe ser juzgada, repuso Morillon, que por fin habia conseguido la mas sabrosa de todas sus venganzas. Y luego, como si temiese la desobediencia de Delbenne, añadió:

—Barthe os acompañará, pues yo tengo que volverme á Paris.

—Solo?

—Contaba con aumentar mi acompañamiento, dijo Morillon con cierto aire de vanidad que horrorizaba; pero es preciso contentarse con lo que hay. Parto con mis prisioneros.

—¿No serán juzgados en Rennes? preguntó Morillon.

—Un tribunal de departamento, una guillotina de departamento... repuso Morillon con feroz menosprecio, eso es bueno para criminales de la estofa de Mari-Juana. Pero yo tengo á Teresa Moellien, á Fontevieux, á Luisa Desilles, á Picot Limoelan y á otros muchos. Quiero enseñar los míos al pueblo de Paris. Yo les haré ver la corte, añadió con feroz sonrisa. Allí es en donde se hacen las cosas en regla. Adios, amigo oficial... Me respondeis con vuestra cabeza de esta prisionera.

Al cabo de una hora Morillon

regresaba á Rennes para disponer su viage, y Delbenne acompañado de Barthe, escoltaba la carreta en que habian echado á la infeliz Mari Juana.

CAPITULO XL.

Despues del relato que acabamos de hacer y considerando lo que nos queda todavia por referir á nuestros lectores, no ha podido ménos de asaltarnos cierto temor, que con su permiso vamos á esplicar.

Cuando un escritor compone lo que se llama una novela de imaginacion, puede suceder que se le acuse de pobreza, pero muy rara vez se le acusa de inverosimilitud.

Esto parecerá á algunos una paradoja, y sin embargo es la pura verdad. Con efecto, por muy atrevido que sea el vuelo de la imaginacion, dificilmente se sustrae á las reglas de la lógica vulgar, ni admite como dignos de aparecer en su libro, mas que aquellos hechos cuya posibilidad le demuestra el sentido comun. Por un extraño contraste, el escritor que pretende ajustar sucesos históricos á una relacion que tenga las proporciones de una novela, se encuentra detenido á cada paso por la estravagante inverosimilitud de la verdad.

Asi (y sin que esto sea por advertencia de nadie) estamos seguros que el asesinato de la familia de Robertin habrá parecido á muchos de nuestros lectores una invencion sangrienta é imposible, asi tambien las escenas que tenemos que referir, parecerian sueños de un cerebro enfermizo (*ægri somnia*), si no tu-

viesen en su abono la autenticidad de la historia. Es por tanto indispensable continuar la lectura de nuestro libro con el pensamiento de que siempre nos hemos colocado un poco mas abajo de la realidad: tambien es preciso recordar la época cuyos episodios relatamos. Tal vez se nos censurará por haber escogido un objeto de esta clase; pero á lo menos no recaerá sobre nuestra pobre composicion la nota de paradoja estravagante.

Volvamos á la historia interrumpida.

Hemos dejado á Saturnino Fichet escapándose de la granja de Robertin de Blain, y decidido á no tomar la mas pequeña parte en los asuntos de los realistas. Pero el pobre muchacho habia calculado sin tener en cuenta las circunstancias, y sobre todo sus enemigos. Sin embargo, seria una injusticia el au-

sarle de imprevisión, porque seguramente nadie era capaz de prever la horrorosa escea en que se vió mezclado, y que couvirtió en un dia de luto y desolacion para Saturnino, aquel en que creia haber llegado al colmo de la dicha.

Estamos ya en el dia 10 de marzo: son las ocho de la mañana. En una casita situada en Pont-Rousseau se están haciendo los modestos preparativos de una boda. Los dos novios aparecen sentados uno junto á otro en una pequeña habitacion muy blanca y muy nneva.

—¡Con que hoy es el dia en que vais á ser mi esposa, dijo Saturnino Fichet, dirigiendo la palabra á una jóven!

—¿Quién lo sabe? respondió Rosa, dando un profundo suspiro? Quién lo sabe?

—¡Eh! ; Qué diablos temeis que haya de impedirlo! dijo alegremen-

te Fichet.

— ¡Luego no sabeis, replicó Rosa, que se han batido en Bressuire!

— Rosa, exclamó Saturnino, no lo sé ni quiero saberlo..... Que se batan, ó que se maten, poco me importa, con tal que nos dejen en paz en nuestra casa. Aun cuando vengan á decirme que en la misma calle se están degollando en nombre del Rey ó de la república, no me asomaré siquiera á la ventana para verlos. Ya sé lo que son unos y otros, aunque haya tratado muy poco con ellos. Por consiguiente si quereis que en este dia no se acibare nuestro júbilo, no me habéis de nada de eso.

— Bien sabeis por qué tengo yo miedo, dijo Rosa con mucha amabilidad, si yo no os estimase tanto, á buen seguro que se me daría muy poco por lo que pasase y por lo que pudiese alterar la dicha de

nuestro matrimonio. Vos habeis estado en todos esos complots de los realistas.

—Por eso mismo he buscado para testigos, patriotas que responden de mí.

—Estais bien seguro de vuestro tío, Fichet?

—No tengais miedo, Rosa; como mi padre ha muerto hace poco, dejándome una fortuna bastante buena, le he prometido en calidad de heredero, aceptar las cuentas que me habia hecho firmar antes de ahora, como mautatario de mi padre.

—¿Pero por qué, repuso Rosa, haber escogido para testigo a ese miserable Poiré?

—Porque es el mejor corresponsal que puedo tener cerca del ayuntamiento de Nantes. Para que veais cuál es su influjo, á pesar de haber sido denunciado por Morillon, hizo que lo reclamase el club breton

y fué puesto en libertad.

—¿Pero qué es lo que dijo, cuando fuisteis á proponerle eso... á él... que queria casarse conmigo?

—¡Oh, pardiez! se puso [amarillo de cólera. Pero mi tio Fichet que lo detesta de todo corazon, me ha confiado el secreto de cierto tráfico de granos cuyas pruebas están en mi poder. Se las enseñé, y entonces ya se volvió mas manso que un corderillo.

—¿Estará ya en la alcaldía? preguntó Rosa.

—¡Pues qué! ¿No os lo ha dicho el alcalde?

—¿Y á qué hora será la ceremonia?

—Eso depende de los otros dos testigos.

—Quienes son?

—El capitan Delbenne: esta mañana tiene que hacer un servicio extraordinario, y ha quedado en decirme á qué hora estará libre.

Es un buen hombre, aunque republicano furibundo. Estaba conmigo en la granja de Mari-Juana la noche en que los Robertin se degollaron, y sabe mejor que nadie de qué medios se valió Morillon para hacerme representar el papel de conde de Perbruck... El mismo me ha proporcionado el cuarto testigo, es el ayudante general Beysser, el que mandaba la guardia nacional en la Rouarie, y que vió al conde de Perbruck arrojarse por la ventana y quedar muerto. Ya he tomado bien mis precauciones, y espero que nadie me echará en cara mi malhadada figura, para decirme que soy otro de lo que soy. Pero ¿queréis que vuestro padre me acompañe á la alcaldía?

Rosa meneó tristemente la cabeza, y dijo:

—¡Ah! nada quiere hacer: está como el primer día.

—Pues bien, nos valdremos del

conseutimiento que yo tengo á prevención. En un momento, mi querida novia, dijo Saturnino muy gozoso, voy corriendo y vuelvo... Yo no sé; pero hoy todo me sourie... Mirad qué cielo tan puro, qué sol tan brillante... No .. no... un dia tan alegre allá arriba no puede ser un dia de luto acá abajo.

—Dios lo quiera! dijo Rosa lanzando un suspiro. Idos, y no os olvideis que os estoy aguardando.

Echó á correr Saturnino, siguiendo aquella larga línea de puentes que forma uno de los mas hermosos arrabales que puede haber en poblacion alguna. Hasta las cercanias de la casa consistorial, nada vió Saturnino que le llamase la atencion; las calles estaban tranquilas, y las gentes iban y venian como de costumbre; pero al llegar á aquel edificio, observó cierta animacion que le hizo recordar que el 19 de marzo era el dia señalado para el sorteo

de los soldados de la quinta de 300,000 hombres decretada por la Convencion.

« ¡ Ah , dijo para sí Saturnino, si alguno que yo me sé no hubiera muerto . ¡ qué buen dia hubiera tenido hoy ! Y sin embargo , añadió al ver los grupos de mozos animados que por do quiera llenaban las avenidas de la casa consistorial , todas esas gentes demuestran demasiado júbilo por ir al ejército ! ¡ La Rouarie se equivocaba ! »

Atravesó Saturnino el espacioso patio del Ayuntamiento por medio de una inmensa multitud , y llegó á la oficina destinada á los matrimonios . No habia alli mas que un escribiente , el cual miró á nuestro héroe con aire de sorpresa , dicién-

— ¿ Qué diablos venis á hacer aquí ?

— ¡ Pardiez ! respondió Saturnino, en debiais saberlo ; os he dado

mi nombre y apellido, los de mi futura, los de los testigos que llegarán dentro de un momento, y todos los papeles necesarios para el matrimonio, sin contar con dos relucientes monedas de á cinco francos para que el acta estuviese estendida, y que el alcalde ó uno de sus tenientes nos la espidiese á la hora que el mismo capitán Delbenne debía fijar; desearia que me dijeseis cuál era esta hora.

—¡A fé mia, dijo el escribiente, que estamos hoy para andar en matrimonios! El Ayuntamiento tiene que atender á otras cosas de mas interés que unir amantes! Sin embargo, aguardad, que es posible que el capitán haya hablado al alcalde, y lo sabremos al momento; los concejales están en sesion, y asi que concluyan procuraré informarme de algunos de esos señores, y se os despachará pronto.

—Falta saber, dijo Saturnino,

si eso será demasiado tarde.

—Eso es cuenta vuestra, dijo el escribiente volviéndole la espalda: la patria está en peligro, y antes de nada es preciso salvarla.

Estas palabras: *la patria está en peligro!* eran la fórmula propuesta por la asamblea legislativa y decretada mas tarde por la Convencion, fórmula en virtud de la cual los directorios y municipalidades se constituian en sesion permanente, y en virtud de la cual ademas, todos los ciudadanos tomaban las armas y se revestian del derecho de proveer á la salvacion pública. Era siempre un síntoma infalible de desórdenes.

No bien hiciera Saturnino estas reflexiones, cuando estalló en el patio de la casa consistorial un motin espantoso. Movidó tanto por la curiosidad como por la inquietud, corrió á asomarse á la ventana, y cual seria su sorpresa al ver á Del-

benne desarmado y cercado de guardias nacionales mandados por el ayudante general Beysser.

A algunos pasos iba Guillermo Poiré de uniforme, dando el brazo al anciano Maturio Fichet. Por último venia una carreta en la cual se veian dos mugeres y un hombre, todos tres atados codo con codo. En estas dos mugeres reconoció al momento Saturnino las facciones de Mari-Juana y Margarita, y en aquel hombre encadenado como ellas, aquel hombre en cuya casa habia visto á Mr. de Perbruck, el terrible Marchand, el feroz Lemaitre, en una palabra, el verdugo de Nantes. Le dirigian los mas indignos últrajes, le arrojaban á la cara lodo é inmundicia, y á no ser por la intervencion de la fuerza armada que los protegía contra las embestidas del populacho amotinado al rededor de la carreta, lo hubieran hecho tajadas veinte ve-

ces. Terribles y descompasadas silbas, en las cuales sobresalian las vociferaciones y denuestos mas crueles, acompañaron la entrada de estos prisioneros en el patio de la casa consistorial. Allí la multitud se abalanzó á ellos, de suerte que la carreta se encontró en medio de un recinto armado y por todas partes circuida de gentes furiosas y desenfrenadas.

Delbenué, Beysser, Maturino Fichet y Guillermo Poiré entraron inmediatamente en el Ayuntamiento acompañados de alguna tropa, y seguidos por unos treinta furiosos que llegaron á forzar las puertas, subiendo tumultuosamente hasta el primer piso, donde estaba la oficina de matrimonios y el gran salon en que se hallaba el Ayuntamiento reunido. Estas dos dependencias eran contiguas: y habia que atravesar necesariamente la en que se hallaba Saturnino para llegar á la se-

gunda. Vió por consiguiente pasar por delante de sí á los cuatro testigos, entre los cuales el capitán Delbenne parecia como prisionero de los otros tres.

Antes que Saturnino se hubiera recobrado de su primer sorpresa, y hubiese podido dirigirse á alguno de estos personajes, ya habian entrado todos los cuatro en la sala de sesiones, é iban á cerrarse las puertas que comunicaban con ella, cuando la multitud que se habia posesionado ya del edificio, exigió imperiosamente que permaneciesen abiertas. No tardaron mucho los mas audaces en penetrar hasta la misma sala de sesiones, á pesar de la resistencia de los guardias nacionales. En esta invasion fue envuelto el pobre Saturnino, el cual por su parte solo deseaba saber si vendria á quedarse sin alguno de los testigos que necesitaba para completar su ventura.

Entretanto el magistrado que presidia la sesion se cubrió, manifestando que no podia deliberar en presencia de una multitud amotinada. Nuevas imprecaciones y amenazas estallaron por todas partes, y Guillermo Poiré que parecia ser el gefe de este movimiento, respondió con descaro que la Municipalidad de Nantes bien podia hacer lo que hacia la Convencion, la cual daba entrada en su palacio á las secciones de Paris, y oia las diputaciones que iban á reclamar en nombre de los ciudadanos.

Furibundos aplausos acogieron las palabras de Guillermo Poiré, y no viéndose apoyado por sus compañeros el presidente de la sesion, se decidió á escuchar las acusaciones del populacho.

—Y bien, le dijo á Guillermo Poiré, ¿qué teneis que pedir á la Municipalidad, y por qué razon se trae como un prisionero al capitan

Delbenne.

Guillermo Poiré hizo un gesto, y los murmullos se apaciguaron como por encanto. Tan terrible era el influjo que ejercia este miserable sobre la multitud. Entonces le ocurrió á Saturnino la idea de escaparse; pero en medio de la atencion solemne que habian escitado las palabras del feroz republicano, hubiera sido una imprudencia el menor movimiento. Asi nuestro héroe se encogió cuanto pudo, mientras que Guillermo Poiré respondia con una insolencia que probaba bien á las claras cuan á merced de las pasiones populares se hallaba el Ayuntamiento de Nantes.

—Esta mañana, dijo Guillermo, han venido á traerme al castillo una orden para la ejecucion de dos mugeres condenadas á muerte hace algunos dias: la una se llama Mari-Juana Lefort, y la otra Margarita Marchand. Ahí están las dos. La

carreta entró como de costumbre en el patio del castillo, escoltada por un piquete de gendarmeria que mandaba el capitán Delbenne: tambien segun costumbre, algunos patriotas entusiastas fueron admitidos en el patio, porque yo quiero que todos los actos de mi vida pública, dijo Poiré en un tono sentencioso, se ejecuten á la luz del mediodia, para que nadie pueda calumniarlos: como de costumbre tambien, prosiguió despues de esta especie de exposicion de principios, el ejecutor de justicia y sus ayundantes estaban al pie de la carreta. La órden era terminante, y yo obedecí como todo buen ciudadano debe hacerlo. Fui, pues, á buscar por mí mismo los reos á su calabozo, y los traje yo mismo hasta el pie de la escalera de la torre: ese era mi deber, y lo he cumplido. Pero considerad cuál seria mi sorpresa al oír entonces al capitán Delbenne que viendo á

una de las dos culpables comenzó á gritar:

«No, no, yo no asistiré á esta horrible ejecucion!»

A esta revelacion de Guillermo Poiré el populacho comenzó á gruñir sordamente.

—Pero no es esto todo, gritó Poiré con voz estentórea. En el mismo momento en que el capitan Delbenne se pronunciaba contra la ley negándose á cumplir con su deber, el ejecutor de la justicia, llevado de tan funesto ejemplo, trató de escaparse gritando:

«¡Nunca! ¡nunca! ¡nunca!»

Un mugido profundo de los patriotas amontonados en las habitaciones de la casa consistorial, vino á helar el corazon de Saturnino, porque él sabia demasiado de dónde provenian las negativas de Delbenne y de Marchand.

Los concejales se miraron unos á otros, y el presidente con-

tinuó, dirigiéndose á Guillermo Poiré:

—¿Y qué medidas habeis tomado para reemplazar al capitan Delbenne y asegurar la ejecucion de la ley.

Esta pregunta tenia por objeto esclusivo hacer recaer sobre Guillermo Poiré la responsabilidad de cuanto habia pasado. Con efecto, hubiera podido entregar los culpables á un ejecutor subalterno, y la negativa de Delbenne debiera haber sido denunciada inmediatamente ante la autoridad encargada de castigar esta desobediencia; pero Guillermo continuó con la mayor altivez:

—Yo no tenia que tomar medida alguna que no esviese prescrita en los poderes que se me han conferido: yo manifesté al capitan Delbenne que habia recibido órden de entregarle las dos condenadas, y que no podia entregarlas á ningun otro..... pero él me contestó con

una negativa constante, y hasta se quiso escapar.

—Y le habeis arrestado, preguntó el presidente.

—Fué arrestado por los patriotas, cuya indignacion me costó no poco trabajo contener, replicó Guillermo con desden.

— ¡Sí, sí!.... nosotros somos... gritaron algunas voces furibundas.

—Ese es un acto ilegal, dijo el presidente levantándose; nadie tiene derecho para hacer justicia á escepcion de las autoridades constituidas. Debizis haber mandado un comisionado á la Municipalidad; y de cualquier modo siempre es una falta grave el haber dejado entrar en la cárcel, cuya custodia teneis á vuestro cargo, á otras personas mas que los agentes de la autoridad.

—Cuando el pueblo está aquí, repuso Poiré, no veo por qué razon

se me ha de querer hacer un cargo por haberle dejado entrar en el castillo.

Vivos aplausos resonaron en favor de Poiré, entre los cuales se oyeron algunos gritos contra la Municipalidad. Era, aunque en miniatura, una de aquellas escenas tumultuosas, en que los tribunos de la Convencion, invadiendo algunas veces hasta los escaños de los diputados, imponian la voluntad de unos cuantos feroces demagogos al poder soberano de los representantes del pais. Del mismo modo que la Convencion se sometia á veces á esta clase de tiranía, el Ayuntamiento de Nantes se vió obligado á ceder tambien. Ante la gritería del populacho cerró sus lábios, y el presidente dirigiendo la palabra solo á Guillermo, continuó:

—En todo caso, vuestra presencia era inútil aqui, un aviso bastaba, y nosotros habiéramos designa-

do otro oficial para reemplazar al capitán Delbenne.

— Eso es muy fácil de decir, pero no era muy fácil de ejecutar, replicó Guillermo; en el mismo instante en que había calmado yo la justa indignación del pueblo, una segunda negativa de obedecer la ley volvió á encender de nuevo aquella indignación; el ejecutor de la justicia quiso también evadirse del cumplimiento de sus deberes. Tuve que mandar arrestarle inmediatamente, y entonces la insurrección levantó con orgullo su cabeza. En los gendarmes del capitán Delbenne encontré la más culpable desobediencia: mis órdenes quedaron sin ejecución y muchos de los soldados me respondieron que no tenían que recibir órdenes más que de su capitán. Ciudadanos, continuó Poiré, hoy es el 10 de marzo, y este día es un día inmortal..... ¿Consentiremos que los traidores hagan de

el un dia de desórden y de traicion?

—¡No! ¡no! respondieron de todas partes.

—Yo he pensado como vosotros, prosiguió Poiré, y al ver en peligro la salvacion de la patria, he recurrido al mismo tiempo á la intervencion magnánima de los patriotas entusiastas y á la del Ayudante general Beysser, cuyo fuerte auxilio he invocado. Entonces la voluntad del pueblo se hizo oír, y yo la he obedecido, como debemos obedecerla todos.

Esta última frase pronunciada en un tono amenazador, fué acogida por el pueblo con los mayores aplausos.

—¿Y el ejecutor de justicia os ha acompañado? preguntó el presidente, el cual, no pudiendo reprimir tan feroces demostraciones, hacia como si no las oyese.

—Sí, respondió un hombre del

pueblo, que en una mano llevaba una larga vara y al extremo colgado un pantalón hecho pedazos, mientras que con la otra blandía un sable desenvainado. Sí, nosotros lo hemos traído y con él á las dos culpables.

—¿Por qué, repuso el presidente con severidad y hablando siempre con Guillermo Poiré, por qué no han sido restituidas á la cárcel?

—¡Por que se está preparando una traición! contestó el mismo hombre, porque se trata de salvar á los condenados, porque se quiere privar al pueblo de sus venganzas! Es necesario que los lleven inmediatamente á la guillotina; es preciso que Delbenne los acompañe y que el verdugo los ejecute.

—¡A la guillotina! ¡A la guillotina! gritaron los furiosos que habían penetrado en el salón.

Este grito se comunicó como una chispa eléctrica, bajó la escalera invadida por la multitud, y á los pocos minutos se oían en el patio prolongados ruidos, gritando: A la guillotina! á la guillotina!....

Saturnino Fichet que estaba cerca de una ventana, se asomó para ver lo que pasaba en el patio, mientras que los individuos del Ayuntamiento permanecían inmóviles y silenciosos. El miserable verdugo estaba echado, con la cabeza baja, aunque sin poder ocultar las lagrimas que vertían sus ojos, á las miradas codiciosas de la gente que estaba en torno suyo. Mari-Juana, puesta de hinojos en la carreta, ocultaba su rostro en los pliegues del vestido de Margarita; mientras que esta, en pie, con la frente alta y la mirada resuelta, respondía á las vociferaciones y amenazas de la multitud con una sonrisa de

desprecio.

— ¡ Pero van á degollarlos ! exclamó imprudentemente Saturnino.

Guillermo Poiré lo advirtió , y en sus lábios se dibujó una feroz sonrisa.

— Que suba el ejecutor de justicia , dijo el presidente , y que entren tambien en este salon las condenadas. Ciudadanos, añadió levantándose , la Municipalidad conoce sus deberes; los cumplirá, estad seguros de ello ; y obligará á cumplirlos á los que pretendan sustraerse del estricto cumplimiento de sus obligaciones. Ayudante general Beysser , haced evacuar la sala de las sesiones, exclamó con autoridad , y traed las condenadas y el ejecutor de justicia.

— ¡ No ! ¡ No ! respondieron algunas voces en tumulto.

Beysser tiró del sable , y adelantándose hácia los amotinados , les dijo con voz de trueno :

— ¡Si quereis que los demas obedezcan á la ley, comenzad obediéndola vosotros!

Y sin aguardar la contestacion de los amotinados, mandó á sus soldados despejar la sala de sesiones, adelantándose él primero, sable en mano.

— ¡No os olvidéis que el pueblo espera! gritaron algunos hombres al retirarse.

Beysser arrolló la multitud hasta el patio: llegado á este punto, mandó bajar de la carreta á las dos condenadas y desatar á Marchand; una compañía tomó posiciones hasta las puertas de la casa consistorial, y Beysser volvió á la sala de sesiones con los nuevos personajes que habia ido á buscar en cumplimiento de las órdenes de la Municipalidad.

—Y si queréis que los señores
damos a la...
Y no acordar la...
de las...
salidos despear la sala de...
nos, adelantados el primero, a...
de...
—No os olvidéis que el pueblo
apena!...
al...
—Y así...
de...
también...
condonadas y...
con...
la...
tal...
con...
que...
pues...
...
...
...
...

AVENTURAS
de
SATURNINO FICHET.



VI.

ALPHABETUM

DE

SATURNINGO FIGURIS





abandona su preciosa carga, levanta la vista y se encuentra con un horroroso espectáculo:...

AVENTURAS
DE
SATURNINO FICHET,
Ó LA
CONSPIRACION DE LA ROUARIE.
POR
FEDERICO SOULIÉ.

—
TOMO VI.
—



MALAGA.
—

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

AVERTIDAS

DE

ZATURNINO FICHET.

Ó LA

CONSPIRACION DE LA ROYALTADE

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR.

Calle del Marqués.

N.º 107 B.

AVENTURAS

De Saturnino Fichet.

CAPITULO XLI.

Entretanto Guillermo Poiré se había aproximado á Saturnino Fichet.

—Luego que se concluya este negocio, le dijo, arreglaremos el tuyo.

El tono con que Guillermo pronunció estas palabras dió mucho en que pensar á Saturnino, pero ya no era tiempo de evadirse: ha-

bian cerrado las puertas del patio é introducido en la sala de sesiones las víctimas que Beysser acababa de librar del furor del pueblo. También habian quedado allí Delbenne y Maturino Fichet. Al ver Mari-Juana á Saturnino volvió la cara á otro lado, al contrario de Margarita que fijó en él una mirada penetrante, como para contemplar por última vez la imaginacion del hombre que tanto habia amado. Lemaitre parecia un idiota. Entretanto el presidente habia vuelto á ocupar su asiento.

— Ciudadano Delbenne, dijo al fin dirigiéndose al capitán; pienso haberos dado pruebas de que sabemos apreciar los servicios que habeis prestado á la causa pública, no interrogándoos delante de unos hombres, cuya exaltacion quizás hubiera dado á vuestras palabras un sentido diferente del con que las pronunciaseis; pero ahora espero

que nos manifesteis la causa de vuestra negativa.

—Señores, contestó Delbenne con acento triste pero lleno de gravedad; si los tres años que llevo de perseguir á los enemigos de la república, si mas de veinte combates sostenidos contra los revoltosos; si numerosas heridas recibidas en esas peligrosas expediciones, me han merecido, como habeis dicho, vuestro aprecio, yo os pido una sola gracia; y acaso, añadió con amargura, tengo el derecho de exigírosla, cuando otros que tienen menos servicios contraídos han obtenido grados y recompensas que se me debian.

—Si decis eso por mí, capitán Delbenne, repuso Beysser, no teneis razon, puesto que nada he solicitado, ni he impedido que se prefiriesen vuestros servicios á los míos.

—No lo digo por vos, replicó Delbenne, sino por los que me han

hecho vuestro inferior cuando yo debia daros órdenes.

—Ya sabemos que han sido injustos con vos, dijo el presidente; y estad seguro de que se reparará esta injusticia.

—Pues ninguna ocasion puede ser mas oportuna: relevadme del servicio que debo hacer hoy, y no me preguntéis los motivos.

—Es imposible, repuso el presidente; para relevaros de ese servicio, es menester saber las razones que teneis para ello, y repetidlas al pueblo para satisfacer sus justas exigencias.

—En ese caso, dijo Delbenne, mandadme arrestar, y que se me juzgue, porque nada diré.

—Como querais, capitán; vos lo habreis querido. Y vos, añadió el presidente dirigiéndose al verdugo, es cierto que os habeis negado á cumplir vuestro deber?

—Sí, dijo Marchand con tono

sombrío, me he negado, me niego y me negaré siempre.

—Y tampoco quereis manifestar la causa?

—Jamás la sabreis, respondió Marchand.

—Muy extraño es todo esto, dijo uno de los individuos de la Municipalidad; y nos debe hacer suponer que se traman en la sombra algunos complots contra la libertad. Esos son dos traidores!

—Enviadme solo contra un ejército de insurgentes, dijo Delbenne, é iré sin vacilar.

—Dadme treinta cabezas al día, dijo Marchand con voz siniestra, y yo las cortaré, pero esa no! no!

—Quiénes son esas condenadas, preguntó el presidente, y qué relaciones existen entre ellas y estos dos hombres? Vamos á interrogarlas, y quizás alcancemos de ellas respuestas mas categóricas.

Dirigióse primero á Mari-Juana.

—¿Conoceis á este hombre? dijo el presidente señalando á Marchand?

—Sí, respondió ella, le conozco por el verdugo, desde que lo ataron con nosotras en la carreta.

—Y á este, añadió el presidente, presentándole á Delbenue, no le conocéis?

Mari-Juana miró á Delbenue, que permaneció inmóvil y con los ojos fijos en el suelo.

—No, dijo al cabo con tono desdeñoso, no le conozco.

—Mientes, Mari-Juana, dijo Guillermo Poiré; demasiado lo conoces: acompañaba á Morillon la noche en que asesinaste á tu hermano; sabia tu crimen, y te dejó en libertad, y mas tarde no ha querido tampoco deponer contra ti cuando fuistes juzgada.

—¿Por qué habeis obrado así,

capitan? dijo el presidente.

—Porque era el amante de la
matricida, repuso Guillermo Poiré
con énfasis.

—Es eso cierto? preguntó el
presidente.

—Si, cierto es, contestó Delben-
ne saliendo de su abatimiento, y
si el tribunal revolucionario obrase
con justicia, esta infeliz no iria al
suplicio, porque solo por ser par-
tidaria de los republicanos, y fran-
quearles su casa sufría los malos
tratamientos de su hermano; y quan-
do hirió mortalmente á este, fue
en propia y legitima defensa.

—Esto varia la cuestion, dijo el
presidente, y si el ciudadano Del-
benne quiere jurar.....

Delbenne levantó la mano y se
disponia á hablar cuando Mari-Jua-
na se lo impidió, diciendo con al-
tívez.

—Gracias, Delbenne, pero ya no
es tiempo. Cuando me encontrásteis

moribunda en la quinta de Francisco Robertin, y yo te pedí un arma para acabar con mi vida, debistes dármela: si así lo hubieras hecho, yo no subiría hoy al cadalso, y no temerías ver morir á la que tú mismo has puesto en manos del verdugo; no te hubieras comprometido negándote á desempeñar tu oficio de guardian de la guillotina; no me hubieras humillado tomando tan tardía é inutilmente mi defensa, y no hubieras faltado al primero de los deberes de todo hombre de honor, como acabas de hacerlo, diciendo delante de todos que yo he sido tu querida.

Delbenue bajó la cabeza y no contestó; Mari Juana se dirigió entonces á los magistrados y dijo con violenta exaltacion:

— Ciudadanos, sed justos; ese hombre al deshonorarme me ha impulsado al crimen por el que se me condena, y no será justo que el

causante de mi desgracia y de mi infamia me conduzca al cadalso? aun cuando este no fuese su deber, vosotros debiais imponérselo como castigo.

Los magistrados se miraron asombrados de tan fiera resolucion. Mientras tanto, Marchand miraba á Margarita con aire suplicante. Parecia que le pedia perdon, pero no bien Mari-Juana acabó de hablar cuando Margarita repuso:

—Tiene razon, ciudadanos; cada cual debe hoy cumplir con su deber. El de las víctimas consiste en morir, y nosotras estamos dispuestas; el de los valerosos soldados de la república en servir de escolta á los sentenciados y de guardia de honor en los cadalsos; así, pues, que el capitan Delbenne cumpla el suyo. En cuanto al deber de los verdugos, es el de cortar las cabezas..... y espero que ese hombre venga á desempeñar el suyo! añá-

dió señalando á su padre.

— ¡Jamás! Margarita! jamás! exclamó Marchand, arrastrándose por el suelo hacia ella.

— Luego conocéis á esa muger?... dijo el presidente.

Marchand se calló..... Margarita lo midió de alto á bajo con una mirada de desprecio.

— Oh! sí, respondió ella con ferroz resolucion; me conoce!..... me conoce! y se mostró desapiadado y cruel cuando le solicitaba que perdonase al que yo amaba; y luego tambien, esperando siempre que la desgracia me haria humillar la cabeza... y ahora que debe hacerla caer tiene miedo y se niega; pero afortunadamente no le es permitido al verdugo elegir sus víctimas.

— No, exclamó Marchand, pero sí le es permitido á un padre el preferir la muerte al horror de ser el verdugo de su hija.

Esta declaracion llenó de terror y de asombro á todos los circunstantes ; y los magistrados no se atrevian á mandar un sacrificio tan espantoso. En este momento , Guillermo Poiré , que permanecia á la expectativa , tomó de nuevo la palabra , y con ojos en los que lucia un resplandor sangriento , y echando espumarajos de rabia , dijo , con voz de trueno :

—La patria está en peligro ! y es menester que estas mugeres sean ejecutadas. Olvidais , añadió con mayor furor y señalando á Margarita , olvidais que la confesion de esta muger ha llenado por su audacia de asombro á los jueces ? Olvidais que se ha vanagloriado de haber tomado una parte activa , cuando le ha sido dable en la conspiracion de la Rouarie ?..... El pueblo la espera , el pueblo la quiere , el pueblo que ve las dilaciones con que se retarda su muerte , se

pregunta si las Autoridades no son cómplices de tan infame complot. En cuanto á esta, dijo señalando á Mari-Juana, es menester que muera así mismo por el buen nombre de la república; los aristócratas dicen ya por todas partes que la república protege el asesinato, cuando se comete en beneficio de sus partidarios. Si salvais á la querida de Delbenne esos dichos de los aristócratas no serán una calumnia, sino una verdad. Es menester que estas mugeres mueran al punto, y que cada cual cumpla con su deber..... Ningun sentimiento debe ser superior al de la patria, y Bruto, condenando á muerte á su hijo, debe servir de ejemplo, á aquellos cuya alma débil se abandona á las cobardes ternuras del amor y de la paternidad.

Los guardias nacionales aplaudieron este violento apóstrofe de estilo maratista. La Municipalidad

conoció que debía ceder.

—Pues bien! dijo el presidente; se hará justicia. Ayudante Beysser, conducid á estas mugeres á la plaza de Boufay.

No bien el presidente habia pronunciado estas palabras, cuando el populacho invadió de nuevo el salon gritando furiosamente: A la guillotina! á la guillotina!..... Al mismo tiempo un hombre se abre paso por entre la turba..... era Barthe, que precipitándose en medio de la sala esclama:

—Qué es lo que acabo de saber, ciudadanos! Cómo! Viven todavia los cómplices de la Rouarie, cuando ya la santa guillotina ha quitado del número de los vivos á los malvados que querian desolar este pais por medio de la guerra civil!

—Gran Dios! exclamó Saturnino á pesar suyo. Teresa Moeuhen.....

— La muchacha Moellien , repuso Barthe , Fontevieux , Laguyomais , la muchacha Luisa Desilles (esta era la noble Angélica , cuyo nombre ignoraban) Limoelan y otros veinte y ocho , han pagado su crimen con su cabeza. Al confundirlos París con la rapidez del rayo , ha querido proteger vuestros departamentos , amenazados por sus incendiarios planes... y vosotros , vosotros titubeais! ¿Es menester que yo vuelva á París para noticiar que el departamento del Loira inferior abandona la causa del pueblo , y huye cobardemente en el momento del peligro? Sin duda no sabeis que mientras estais aquí disputando tranquilamente , se levantan por todas partes los contrarrevolucionarios y los aristócratas! Sin duda no sabeis que para llegar hasta aquí he tenido que atravesar pueblos en los que ya se ha enarbolado la bandera blanca!

Al oír estas palabras todos se levantan. Entonces, Barthe, parodiando la célebre frase de Mirabeau hablando de la bancarrota, exclamó con voz de trueno:

—La insurrección está en pie, os rodea, os ostiga, golpea vuestras puertas al grito de viva el Rey, y vosotros estais deliberando!

A esta apóstrofe, grita el presidente:

—Cumplid vuestro deber!

—A la guillotina la aristócrata! esclama la multitud.

—En marcha, capitán Delbenne! dice Poiré!

Al saber Delbenne que la insurrección amenaza á Nantes, olvida á Mari-Juana, y toma su sable de manos de Beysser. El desdichado Marchand trastornado, tembloroso, queda solo sin saber que hacerse.

—Vamos!.... vamos!... esclama Margarita, apresuremosnos! La Rouarie, Teresa, Cesario y los de-

mas me aguardan en el cielo.....
Apresurémonos..... para que yo
les lleve la noticia de que el rey-
nado de los tiranos toca á su fin.....
¡ Viva el Rey y muera la repú-
blica !

A este grito responden cien gri-
tos de furor. El pueblo quiere apo-
derarse de Margarita; pero esta
se coloca en medio de los solda-
dos.

—El cadalso me espera y yo lo
reclamo! dice.

Beysser y Delbenne al frente
de los soldados rechazan á la mul-
titud, la que sin embargo se apo-
dera del desventurado Marchand,
y le empuja brutalmente hácia fuera,
diciéndole:

—Vamos, á tu trabajo!.... an-
da!

Así atravesaron la primera sala,
y pronto llegaron á la escalera don-
de tuvo lugar un nuevo tumulto;
pues al saberse que las culpables

van á ser ejecutadas, bajan todos la escalera con rapidez á llevar la feliz noticia á la multitud que habia quedado en el patio y en las calles adyacentes, y que la acogen con gritos de entusiasmo y de alegría feroz.

Algunas voces piden que el verdugo acompañe á las sentenciadas, y obligan á Marchand á subir á la odiosa carreta. Rómperse entonces la marcha en medio de cánticos de triunfo, de transportes de alegría, de bailes, y de ahullidos que daba el populacho.

Entretanto Delbenne y Beysser se habian retirado para ir á ponerse al frente de las tropas. Saturnino comprendió que por aquel dia no podia contar con aquellos testigos, y salió de la Municipalidad. Pero, á decir verdad, no era su matrimonio el que embargaba su imaginacion en aquel momento, sino la escena que acababa de pre-

senciar, y cuyo desenlace iba á verificarse á algunos pasos de allí. Andaba á la ventura, como un hombre ébrio sin saber adonde iba, sin reparar que las mugeres se metian en sus casas temblando y asustadas, á la vez que los hombres salian de ellas armados, y sin oir el toque de generala que estendia su triste eco por la ciudad: tampoco oia el incesante toque de rebato de las campanas. Todas sus miradas, toda su atencion, toda su vida, estaban fijas en la imágen de aquel padre condenado á ejecutar á su hija. Creia haber tomado el camino de su casa, y se esforzaba en desechar aquella horrorosa idea, cuando, llevado por la multitud se halló en la plaza de Bouffay, adonde le habia precedido la carreta que conducia al ejecutor y á las dos victimas. En el momento de poner Saturnino el pie en la plaza, se elevó desde el fondo de ella un

griterio tan fuerte que le obligo á levantar la cabeza: estaba en frente de la guillotina. La sangrienta cuchilla se levantaba, y Margarita estaba sola, en pie sobre el cadalso. Un hombre presentaba al pueblo una cabeza cortada: era la de Mari-Juana!

CAPÍTULO XLII.

Saturnino no pudo sostenerse y cayó contra una pared, pero esa terrible fascinación que encadena la mirada del hombre á lo que mas le atormenta, clavó por decirlo así los ojos de Saturnino en la máquina infernal. Miraba á Margarita, que con el semblante tranquilo, la sonrisa en los labios, y los ojos llenos de entusiasmo se presentaba á los ayudantes del verdugo, con la mis-

ma serenidad con que una desposada se pone en manos de las personas que van á adorarla. Marchand estaba detras de ella; su rostro aparecia entre lívido y de color de púrpura, sus ojos saliendo de sus órbitas lanzaban sobre la multitud una mirada inmóvil y espantada. Pronto terminó la obra de los ayudantes. Margarita se hallaba fuertemente atada á un tablon, en que todavía humeaba caliente la sangre de Mari-Juana. Bajó la palanca, y presentó la cabeza al cuchillo. En este momento los ayudantes se retiraron para dejar á Marchand el cuidado de ir á desatar la cuerda que sostenia pendiente la pesada cuchilla de la guillotina. Advirtiéronle que ya era tiempo, mas él continuó sin moverse. Entonces el populacho se puso á devostarle con horrible algazara.

Como si la gritería hubiese despertado al verdugo enmedio de su

desesperacion, levantó la cabeza, dió un paso, alargó el brazo para desatar la fatal cuerda; pero de repente vaciló, dió una vuelta y cayó sobre el tablado del patíbulo.

Margarita entretanto esperaba el golpe mortal.

—¡ El verdugo! ¡ el verdugo! empezaron á gritar por todas partes.

—Ha muerto, respondió uno de los ayudantes desde lo alto del patíbulo.

Y al momento se oyó una silba horrorosa, porque el pueblo acababa de ser privado de la grande satisfaccion que se prometia viendo á un padre decapitar á su propia hija. Se arremolinó la gente hácia el cadalso, rompiendo la línea de tropa que lo circundaba, algunos furiosos se abalanzaron á la escala, y acometiendo á los ayudantes, los arrojaron desde lo alto de la guillotina y se pusieron á cantar la

Caramañola bailando sobre el tablado.

Margarita contiunaba aguardando.

—Rematadla! rematadla! gritaron algunas voces caritativas.

Pero los monstruos que se habian apoderado de la guillotina encontraban mas gusto en hacer padecer de este modo á su víctima, y queriendo mostrar al pueblo como entendian el vengar á la república de sus enemigos, levantaron la palanca para que se pudiese ver bien el rostro de la infeliz Margarita.

Hallábase tranquila, y su serenidad se reflejaba en la sonrisa que en sus labios se descubria. A la sazón, los gendarmes que habian sido arrollados por la muchedumbre, recuperaron sus primitivas posiciones, abalanzándose al patíbulo, de donde arrojaron en breve á los miserables que lo ocupaban; el ór-

den parecia haberse restablecido; mas luego una gritería tumultuosa, hija del furor por una parte y de la compasion por otra, comenzó á pedir la conclusion de aquel suplicio. Sin embargo, el verdugo habia muerto, los ayudantes de la ejecucion habian desaparecido, y ninguno de cuantos llevaban uniforme hubiera consentido manchar su mano con la cuerda que tenia suspendida la muerte.

Margarita continuaba esperando.

De repente penetraron por todas partes en la plaza de Bouffay tocando generala los tambores, cuyo ruido no habia podido sentir el populacho á causa de la misma algazara y gritería. Al mismo tiempo una compañía de guardias nacionales, pasó corriendo hácia el punto que se le habia señalado, gritando:

—¡A las armas! ¡Que vienen los bandidos!

El ruido de los tambores, los gritos de los soldados, el aspecto de un cañon que los artilleros conducian al paso de carga, todo esto produjo en la multitud un terror tan repentino, que echó á correr por todas las avenidas, gritando:

—¡ A las armas! ¡ á las armas!
¡ Que vienen los bandidos!

Entretanto Saturnino no se habia movido del sitio en donde estaba: las oleadas de los fugitivos lo arrollaban y confundian; pero él nada oia, ni nada le sacaba de la fascinacion que en su ánimo produjera el aspecto de aquella cabeza ofrecida á la muerte.

Estaba ya vacía la plaza, y solo algunos gendarmes que habian quedado al pie del patíbulo se preguntaban unos á otros qué partido debian tomar, cuando de repente y al través de los rumores lejanos producidos por los tambores y por

el populacho, oyó Saturnino una voz que gritaba:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡no tendreis misericordia de mí!...

Aquella voz era la de Margarita, que todavia continuaba esperando.

Al oirla Saturnino se apodera de su razou un vértigo furioso; corrió hácia el cadalso y sube la escalera. Los gendarmes, creyendo que era uno de esos desalmados que en caso de necesidad desempeñan con gusto el oficio del verdugo, lo dejaron pasar, esperando que la ferocidad de este hombre iba á sacarles de la posicion apurada en que se encontraban; pero no bien llegó Saturnino al tablado, valiéndose de sus fuerzas atléticas rompe las correas que sujetaban á la víctima, y colocado sobre sus hombros, y cargado con esta preciosa carga, bajó la escalera fatal.

Los gendarmes procuran detenerle

nerlo ; pero de repente aparece Delbenne gritando : ¡ Adelante , adelante ! Que ya están atacando los arribales ! Los soldados le siguen contentos por no tener que restituir á la guillotina la víctima que acaban de arrancarle. Saturnino pasa sin tropiezo y llega á una calle estraviada. El desórden le permite proseguir su camino , porque de todas partes los hombres acuden á las armas , y las mugeres se llevan á sus niños en los brazos , sin que nadie repare en él : de este modo atraviesa la isla Feydeau , pasa los puentes y corre como un loco por el lado que conduce á su casa. Llega por fin , agotadas las fuerzas de cansancio , y el pecho próximo á reventar con las violentas palpitaciones de su corazon. De repente oye gritos agudos y una voz lastimera que le llama ; abandona su preciosa carga , levanta la vista y se encuentra con un horroroso es-

pectáculo: su casa, que hacia pocas horas habia dejado tan tranquila y seductora, estaba siendo presa de las llamas.

Rosa, su bella prometida se asomaba á una de las ventanas abiertas, y pedia socorro en vano. No dejaba de haber hombres que pudieran socorrerla; pero se mostraban sordos á la voz del menor sentimiento de humanidad. En efecto, por un lado estaban los aldeanos de las cercanias de Pont-Rousseau, conducidos por Mr. de Champagnolles, y por el otro los guardias nacionales de Nantes, capitaneados por Guillermo Poiré, y unos y otros combatian desesperadamente.

La casa de Saturnino se encontraba precisamente en el centro de ambos grupos, que recíprocamente se daban la muerte. Sin tener en cuenta Saturnino que para llegar hasta su novia tiene que pasar entre los fuegos de realistas y repu-

blicanos, se arroja con valor; pero en el mismo instante un tiro procedente de las filas de los nacionales lo hiere. El dolor lo hace parar, y cae: trata de levantarse, se obstina en seguir impertérrito; pero ve á Rosa llevar la mano á la frente, cubrirse de sangre su rostro, vacilar y caer: con su última mirada indica á Saturnino la persona que la ha herido: se vuelve este ébrio de dolor y de venganza, y conoce á Guillerino Poiré. ¡Quién sabe lo que hubiera sido de este miserable, si los aldeanos que mandaba Mr. de Champagnoles no se hubieran arrojado de improviso sobre Saturnino Fichet y no lo hubiesen llevado consigo: en tanto que los guardias nacionales retrocedían al verse acometidos de una manera tan inesperada!

—Rosa, Rosa!... gritaba Saturnino, forcejeando por desasirse de los que le habían detenido. ; Rosa,

yo te vengaré!

Pero muy pronto las fuerzas le abandonaron, y cayó sin sentido.

Cuando volvió en sí, se encontró al lado de un foso, rodeado de una porcion de aldeanos, y en pie delante de él Margarita y Mr. de Champagnoles.

—¿En donde estoy? ¿qué es lo que ha sucedido? murmuró Saturnino.

—¡Conde de Perbruck, le contestó al momento monsieur de Champagnoles, vuestro padre, el baron de Paradeze y el valiente la Chaigneraie acaban de morir en el ataque de Machecoul! ¡Su sangre pide venganza!

—Y la de Rosa tambien! añadió en voz baja Margarita.

—Pero ¿qué quereis que yo haga? dijo Saturnino medio trastornado.

—Queremos que seais nuestro gefe, gritaron todos casi á un mis-

mo tiempo.

Una porcion de aldeanos le ofrecen sus armas, y entretanto se acerca á él Margarita y le dice en voz baja:

— ¡ Venid ! nadie en el mundo sabe este secreto mas que nosotros dos.

— Pues bien ! Sea en buen hora, dijo Saturnino levantándose con arranque, ¡ viva el Rey y muera la república.

— ¡ Viva el conde de Perbruck ! respondieron los aldeanos.

De este modo se vió empeñado de nuevo Saturnino en aquella lucha, que con tanto afán habia querido evitar.

A la misma hora mas de ochocientos distritos enarbolaban la bandera blanca, dando principio á esa guerra terrible que costó tanta sangre á la Francia.

CAPITULO XLIII.

Habia trascurrido un año desde que Saturnino Fichet , habiendo llegado á Nantes se habia visto mezclado á su pesar en los complots que se fraguaban en silencio para la sublevacion de las provincias del Oeste. El dia 10 de Marzo de 1793 estalló por fin este levantamiento, y hombres resueltos y aguerridos surgieron para esta lucha , como habian surgido algunos años antes

para las deliberaciones de la Constituyente y la reforma de la antigua monarquía. ¡Admirable país, siempre dispuesto á toda clase de acontecimientos, y fecundo en hechos de valor y en rasgos de talento!

Cuando Luis XVI, apremiado por las urgencias del Tesoro, trató de apelar al pueblo, resolviéndose á convocar los Estados generales, la nobleza, el clero y la corte se preguntaban unos á otros qué podia esperarse de una reunion de personas desconocidas; mas tarde, cuando estuvieron reunidos los Estados, aquellas clases privilegiadas se obstinaron en no ver en tan ilustre asamblea mas que un hacinamiento de facciosos, que era preciso destruir por la fuerza. Entonces vino la Constituyente á responderles con Mirabeau, Barnave, Bailly y otros ciento, y con su robusta mano destruyó los privilegios de la nobleza

y del clero. Dejó en pie la monarquía; pero de tal manera debilitada y minada en sus antiguos cimientos, que era muy fácil pronosticar su caída.

El poder que la sustituyó tuvo también sus momentos de imprevision. Así, cuando de tantos puntos advertían los proyectos de la Vendée, preguntaba también donde estaban los hombres que pudiesen intentar semejante insurrección contra la Francia entera. La insurrección, le contestó con Conchamp, Satofflet, Lescure, Larochejaquelein, Delbée y otros innumerables, cuyos nombres aunque menos ilustres, no dejaban de pertenecer sin embargo á hombres de tal valor, de tal perseverancia y heroísmo, que les hubieran colocado en primera línea en una época menos fecunda en héroes de todas clases.

Apenas había transcurrido un año, y cien diferentes combates ha-

cian brillar la insurreccion de los rebeldes del Oeste. En Bressuire, en Machecoul, en Thouars, en Fontenay, en Saumur, en Nantes, en Villiers y en otros veinte lugares, los aldeanos de la Vendée hicieron retroceder las tropas de la república, y les vendieron muy á precio de sangre dudosas victorias.

Los generales vencidos se sucedian con la mayor rapidez. Westermann, Biron, Santerre, Beysser, y todos cuantos habian prometido la sumision de la Vendée, fueron recibiendo sucesivamente amargas lecciones. Por último, la derrota del ejército de Mayence, que se proponia anonadar en pocos dias aquella miserable insurreccion dió una verdadera idea de semejante guerra, á la cual no faltaba ni valor en los gefes ni en los soldados, ni conocimientos militares, ni audacia en los ataques; pero que al mismo tiempo carecia de un hombre que reasumie-

se en su sola voluntad la voluntad de todos, un hombre que pudiese hacer partícipe á todo el ejército de las victorias de algunos, y dar á este gran movimiento un solo impulso, enérgico y constante.

Este hombre que faltó á los vendeanos, lo encontró la Convencion: este hombre fue el general Marceau.

Sin embargo, cuando llegó á las provincias rebeladas, ya no era la guerra tal como se hubiera podido figurar al verla desde las fronteras francesas, y como se habia hecho en este mismo pais.

Aun habia combates y acciones de guerra; pero habia especialmente asesinatos. En vano realistas y republicanos han querido repudiar los hombres que se mancharon con las mas inauditas crueldades en aquellas provincias; poco tienen que echarse en cara unos á otros: Bou-

chu pertenecía al partido realista, como Carrier al partido republicano. ¡Tristes condiciones de las guerras civiles, deshonrarse con sus propios escesos! Hay una verdad, que es preciso reconocer aun con dolor, y es, que aquellos mismos que asesinan sin compasion á sus conciudadanos armados ó desarmados, retrocederian ante la idea de cometer iguales atrocidades con enemigos extranjeros.

Antes de volver á tomar el hilo de nuestra narracion, quisiéramos que nuestros lectores comprendiesen cual era el estado de aquellas desgraciadas provincias: en las ciudades organizada por do quiera la muerte con los tribunales revolucionarios; en los campos, armados por do quiera hasta los mas humildes labradores, y por ambos lados era tal espíritu de econo y de ferocidad, que parecian haberse olvidado las palabras de victoria y

derrota para sustituirlas con las de asesinato y martirio.

Los nobles gritos que servian ordinariamente de enseña para conducir los franceses al combate, habian sido reemplazados por ambas partes con una sola y una misma palabra.

¡ Mata ! ¡ Mata !

Ya no se hacian prisioneros en el campo de batalla, mientras habia fuerzas para degollarlos; y cuando el mismo cansancio detenia la furia de los vencedores, la muerte de los vencidos no se aplazaba mas que al dia siguiente; entonces y solo entonces, se llamaba ejecucion al asesinato que se habia suspendido la víspera.

Pero aun habia mas: estos instintos de ferocidad habian llegado á apoderarse hasta de los mas indiferentes. Una parte de la poblacion, igualmente causada de los excesos de los realistas y republicanos que

vivian á su costa, distribuia á unos y á otros la mas exacta y sangrienta justicia. ¡Ay de los vencidos, cualquiera que fuese su partido! cuando recorrian huyendo de la persecucion, las campiñas del Maine y del Anjou, los aldeanos los asesinaban sin compasion como animales dañinos que la vispera hubiesen devastado sus haciendas.

En efecto, hacia algun tiempo que los mismos realistas no encontraban ya en las aldeas aquella solicitud en darles provisiones, y á trueque de obtenerlas tenian que recurrir á los atropellos y demasias que tanto habian censurado en los republicanos.

Tal era el estado de cosas al terminarse el año de 1793.

En esta época, la granja del anciano Francisco Robertin no era ya mas que un monton de ruinas. Despues de la catástrofe del padre y de los seis hijos, los republicanos

destruyeron la casa poniéndole fuego. Sin embargo, en la misma sala baja donde hemos visto á Mr. de Perbruck, Mr. de Paradeze y la Chataigneraie ocultarse despues de la muerte de la Rouarie, yacia en un rincon sobre unos malos haces de paja una vieja cubierta de harapos. Una parte del techo que se habia librado del incendio cubria, si bien amenazando venirse á tierra, el miserable chiribitil, en donde la infeliz se revolcaba; al mismo tiempo que con la fuerza del temporal que se abria paso por todos lados, entraba la lluvia y el granizo hasta su pobre asilo. Cenizas recién apagadas daban una idea de haber habido lumbre en aquel lugar; pero la pobre vieja no tenia ya fuerzas para poder conservarlas.

De repente se incorporó en su miserable lecho como si escuchase algo á lo léjos. Entonces dejóse ver

su rostro. Tenia trazas de haber sido de una hermosura muy notable, y examinando de cerca sus facciones, se hubiera adivinado tambien que el dolor y la amargura mas que el trascurso de los años, habian multiplicado sus arrugas.

Estuvo escuchando largo rato, y llegó á convencerse de que alguien se acercaba. Pero faltáronle las fuerzas, y cayó desfallecida sobre la paja, murmurando algunas palabras.

A los pocos momentos, se vió venir por el mismo camino que Barthe y Morillon habian seguido para ir desde la granja de Mari Juana á la de Robertin, una larga fila de labriegos armados, caminando sin órden ni concierto, con los pies descalzos, los vestidos hechos girones, y desenterrándose con gran trabajo de los baches de lodo en que todos se metian hasta mas de media pierna.

De trecho en trecho, algunos hombres que por su continente mas bien que por su trage, parecian los gefes de aquella gente, alentaban á los rezagados, reprendian á los que se dejaban dominar por la desesperacion ó por el cansancio, los ayudaban á levantar si se caian, si no podian andar les daban una mano, y en fin los escitaban con halagos ó con amenazas.

Este espectáculo era al mismo tiempo triste y grotesco.

De estos hombres, unos vestian largas batas negras, que sin duda habian robado en alguna bailia: otros llevaban sombrerillos de muger; otros turbantes moriscos, recojidos en los teatros de las poblaciones por donde pasaban: un número bastante considerable habia despojado de sus uniformes á los soldados de la república, y se los habian puesto del revés. Muchos llevaban mantas en lugar de ves-

tidos; y algunos simplemente la sobrecama. En seguida venian unos cuantos caballos sin ginetes, la mayor parte sin sillas ni freno. En medio de esta turba desordenada, se descubrian cuatro piezas de artillería de mediano calibre, tiradas por hombres con cuerdas de esparto y sábanas enrolladas en forma de tiro; en fin, en último término aparecian dos ó tres carretas en las cuales llevaban las escasas municiones que tenia aquel miserable cuerpo de ejército. No habia sitio destinado para los heridos, ni apenas se veia ninguno entre estos infelices: los que no habian podido seguir, habian quedado á retaguardia, es decir, entregados á una muerte segura.

A la cabeza de esta division marchaba un hombre de noble y altivo continente, elevada estatura, el cual sumergido en profundas reflexiones, parecia completamente

ageno á las dificultades del camino. Vestia un tabardo azul, con una cruz sobre un corazon bordado al lado izquierdo; en un cinturon de seda blanca descansaban dos pistolas, y desde el mismo pendia un abultado sable corvo; adornaba su sombrero una escarapela blanca. Este personage era Marigny.

De cuando en cuando miraba hácia atrás para examinar aquella tropa que le seguia en medio de un profundo silencio. Asi llegaron hasta frente á la granja. El gefe se detuvo, la midió con la vista, é hizo señal á uno de los oficiales que marchaba sobre el flanco de la línea, y que acudió inmediatamente...

Cadi, le dijo, vamos á acampar aqui algunas horas y comerá la tropa.

— ¡Pues qué! respondió Cadi, ¿se van á comer las pocas provisiones que les quedan? ¿Por qué

no hemos de llegar á Blain?

—Henriot y Lyrot están allí con mas de cuatro mil hombres, y deben tener exhausto el pais. ¡Que maten los caballos y que los coman!

La órden espedida por Marigny fue al instante puesta en ejecucion por la columna, se reunieron en masa delante de la granja, mientras que los centinelas, colocados de trecho en trecho, guardaban todas las encrucijadas del bosque. Cortaron las ramas de los árboles mas cercanos, y encendieron fuegos en toda la línea. Cuando se trataba de comer parecia gente de guerra. En un momento repartieron los caballos que debian matarse y hacerse tajadas.

Entretanto, Marigny estuvo delante de la puerta de la granja dando las órdenes necesarias para que nada se omitiese de cuanto era posible hacer. Como cosa de una ho-

ra habria pasado, cuando volvió á llamar al mismo oficial que antes y le dijo:

—Cadi, id á pedirles un poco de leña y un poco de fuego para mí.

—¿No teneis gana de comer? le preguntó el oficial.

—Mas tarde veremos, contestó Marigny.

Y sin decir mas, entró en la sala baja por una abertura que habia en la pared destruida; pero tan abismado le traian sus propias reflexiones que ni vió el ebiribitil, ni la muger acostada en aquel miserable lecho: sentóse sobre un monton de escombros y apollando los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, dejó escapar unas cuantas frases mal articuladas con voz que anunciaba mucha amargura.

No tardaron algunos soldados en entrar tambien en aquellos lugares con el objeto de encender fuego;

uno de ellos quiso recoger los comidos restos de las maderas, y observó que en un rincon de la sala habia una muger.

A la sazón Cadi presentaba á Marigny un trozo de carne de caballo asada.

—¿Quién está aquí? exclamó el soldado, al advertir la muger.

Marigny volvió la cabeza y respondió:

—Alguna infeliz muerta de hambre y de frío, como muchísimas que hemos encontrado desde Maus hasta Chateaubriand, y desde Chateaubriand hasta aquí.

Al oír estas palabras la enferma se incorporó y dijo con voz moribunda:

—¿Venís de Maus, señores, sabéis algo del ejército realista?

Marigny se estremeció con semejante pregunta y dijo:

—Antes de responderos, mi bue-

na muger, dejadme acercar un momento á esta lumbre y daros este poco de carne que yo no quiero comer.

Marigny con el auxilio de Cadi y de sus soldados llevó la enferma cerca del hogar, la sentó lo mejor que pudo, y cuando ya con el calor se fue reanimando, la obligó á comer lo que él mismo debía á la generosidad de uno de sus oficiales. Entonces viendo á la pobre vieja algo acobardada, le dijo:

—¿Cómo es que estáis así abandonada en esta casa? ¿ha pasado por este sitio alguna partida republicana?

—No, señor, contestó la muger, hace un mes que desembarqué en Droisie, donde supe la marcha triunfal del ejército realista allende el Loira; porque yo vengo de Inglaterra; el mareo me habia fatigado mucho; la jornada que tuve que hacer para llegar á esta granja, ha-

bitada en otro tiempo por fieles y leales servidores y al presente convertida en ruinas, acabó de agotar mis escasas fuerzas, y caí gravemente enferma. Un criado leal que me acompañó hasta aquí, no ha dejado de cuidarme y asistirme con el mayor esmero por espacio de quince dias; pero al cabo, no sabiendo nada de lo que pasaba, le he mandado hace tres dias hasta Chateaubriand con el objeto de averiguar algo; todavia no ha vuelto, y ya voy dudando si habrá perecido en algun ataque.

—Perdonad, señora, dijo Marigny; ¿pero qué causa tan poderosa ha podido induciros á este viaje, dejando á Inglaterra donde estábais segura, para venir á este pais devastado por la guerra y donde cada paso es un peligro?

—Tal vez os lo diria, contestó la anciana, si supiese con quien estoy hablando. Vuestro traje me

indica que sois uno de los generales del ejército realista; pero los motivos de mi venida á Francia son tan extraordinarios, que yo no me atreveria á confiarlos á todos, aunque no dudo de la lealtad de nadie.

—Yo me llamo Marigny, señora; y soy...

—¡Sois Marigny, contestó la vieja con energía; entonces sois uno de los mas nobles y mas valientes defensores de la causa realista. Yo os conozco y sé que el valor es en vos una virtud llena de humanidad; sé que para vos la desgracia es un titulo á vuestra benevolencia, la debilidad un derecho á vuestra proteccion.

—Os doy gracias, señora, repuso Marigny, he cumplido con mis deberes de caballero como los demas nobles, y con los de cristiano como muchos; pero si alguna cosa puede mitigar en parte los terribles

disgustos que actualmente pesan sobre nosotros, es ver que hay á lo menos alguna justicia en este mundo para los que cumplen lealmente con sus deberes; y ahora, si esa proteccion, si esa benevolencia de que habeis hablado pueden seros de alguna utilidad, están á vuestra disposicion.

—¡Pues bien, señor: ¿no os he pedido ya noticias sobre el ejército real?

Marigny movió tristemente la cabeza.

—El ejército real no existe ya, señora, ó á lo menos ya no quedan de él mas que restos en dispersion, buscando como el que yo tenia á mis órdenes, su única salvacion en la fuga.

—¡Será posible, Dios mio! exclamó la anciana: ¿porqué traicion ese ejército victorioso en Laval, se ve así dispersado?

—No es por traicion, señora, si-

no mas bien por habernos abandonado. ¡Oh! bien se lo decia yo a mis compañeros, y Larochejaquelein decia lo mismo que yo: «La victoria no es una garantia, los que están con las armas en la mano, no deben entregarse nunca al descanso.» Nos habíamos apoderado de Mans, señora. Por desgracia este triunfo inspiró á todos una confianza indiscreta, figurándose que aquellas murallas, aquellos fosos y aquellos reductos conquistados en pocas horas á la guarnicion de esta ciudad, serian inespugnables contra los enemigos que tan fácilmente habíamos subyugado. Las órdenes mas rigorosas de Larochejaquelein no pudieron impedir que las tropas reales abandonasen sus cuarteles, se dispersasen por la ciudad, se alojasen en las casas particulares y se entregasen á los mayores excesos en las tabernas y casas de juego. Al dia siguiente nos vimos atacados por

el general Marceau al frente de todas las fuerzas republicanas. Larochejaquelein que habia salido de la poblacion con el objeto de observar los movimientos del enemigo, se resolvió á atacarle á pesar de no tener mas que tres mil hombres á sus órdenes, y al primer choque de nuestros soldados el mismo Westermann retrocedió sorprendido. Pero al instante llega Marceau á toda prisa, restablece el combate y obliga á Larochejaquelein á entrar en Mans, reforzado por el general Kleber que traia tropas de fresco.

Figuraos, señora, cual seria la desesperacion del noble Enrique; cuando en vez de encontrar en la ciudad veinte y cinco mil soldados prontos á batirse, solo encontró hombres ébrios que habian abandonado sus armas, muchos entregados á un profundo sueño del cual era inútil querer despertarlos, y casi todos negándose obstinadamente á creer

que el enemigo estuviese á las puertas de la poblacion, y diciendo que despues de tantos dias de fatiga, bien podian concederles algunas horas de descanso.

Sin embargo, algunos acabaron por creernos; porque Larochejaquelein nos hizo llamar á todos, y nosotros tratamos de secundar lo mejor que pudimos sus heróicos esfuerzos. De repente empieza la carga, y se toca generala. Estábamos reuniendo todavia nuestras tropas, cuando el príncipe de Talmont se vió envuelto en una barricada que habia construido. Sin el valor que entonces desplegó, nos hubiéramos encontrado perdidos; á fuerza de energia restableció el órden en sus filas y detuvo á Westermann. Esta maniobra dió tiempo á Larochejaquelein para enviar contra los republicanos algunos cañones que estaban á mis órdenes. ¡ Socorros inútiles ! pues á muy poco rato se pre-

genta Marceau con sus fuerzas, y nos vemos precisados á retirarnos, para rehacer nuestras tropas, diezmadas por el fuego del enemigo...

Tal era el furor de este, que no temió avanzar hasta mezclarse en nuestras mismas filas. Si entonces hubiera tenido el ejército realista una hora de aquel entusiasmo que en otro tiempo le animaba, Kleber no se hubiera presentado delante de Mans mas que para reunir los restos del ejército republicano. Pero Dios habia escogido esta jornada para que sirviese de castigo á los que, en vez de darle gracias de rodillas como lo hacian en otro tiempo despues de la victoria, se entregaban á los mayores desórdenes; falta grave que tanto habiamos censurado en nuestros enemigos.

Mientras que dormian nuestros soldados, Kleber llega á las tres

de la mañana, siu detenerse á tomar el descanso que sus fatigas reclamaban, y avanza rápidamente sobre la ciudad. Entonces, señora, aquello ya no fue un combate; sino una carniceria. En vano algunos hombres intrépidos trataron de oponerse al torrente esterminador; todo fue inútil. En medio de tan espantosa sorpresa, no se podian hacer obedecer los gefes, los mismos realistas no se conocian unos á otros á causa de la oscuridad de la noche, y se atacaban con encarnizamiento. Ya no se oia mas que un grito: ¡ Mata! ¡ mata!

¿Qué podré deciros, señora? De los veinte y cinco mil hombres que mandaba Larochejaquelein no aparecieron al salir el sol mas que unos seis ó siete mil, actualmente dispersos por estos bosques, y á los cuales vamos á dar un gefe para conducirlos al combate y á la muerte, pues ya no hay que pensar en

la victoria. Para siempre hemos perdido las esperanzas de obtenerla, y ya no nos queda ningun medio de salvacion, ni siquiera en la fuga.

CAPITULO XLIV.

La anciana escuchó la relacion de Marigny con profunda agonía, y al fin le dijo con trémula voz:

— ¡Entre todos los que perecieron en esa fatal jornada habrá sin duda ilustres capitanes!

— Hay menos de los que yo suponía, contestó Marigny; los republicanos han tenido bastante que hacer en asesinar á los pobres desarmados que huían, y á los cobardes

des que imploraban perdón. Todos los que han tenido valor para resistir un momento á sus ataques, han logrado asegurar la retirada. Si los partes que he recibido no me engañan, Larochejaquelein, Stofflet, Palmont y otros muchos se han salvado.

—¿Y vos, señor? dijo la pobre vieja.

—Yo, señora, he tratado de atraer en mi persecucion todas las tropas republicanas, para que los generales de nuestro ejército pudiesen volver á pasar el Loira y regresar al pais de donde nunca debieron salir.

—¿Y esas tropas vendrán á vuestro alcance? exclamó la anciana.

—Nos estaban aguardando hace algunas horas en Chateaubriand, probablemente hubieran dado cuenta de los restos de nuestro ejército, si no hubiese venido á salvarnos como por milagro la intervencion

de un hombre, que de algun tiempo á esta parte, aparece casi en todos los campos de batalla á la cabeza de unos cuantos centenares de soldados aguerridos; sin que nadie haya podido saber su nombre ni ver su rostro, el cual lleva siempre cubierto con una especie de careta encarnada.

—Es extraño, dijo la muger; pero entre todos los nobles de este pais, ¿no conocéis alguno que por fatales circunstancias se haya visto obligado á tomar un disfraz semejante?

—La causa por que combato es sagrada hasta tal punto, repuso Marigny, que jamas he deseado conocer al que se disfraza para defenderla.

La pobre anciana calló al oír esta respuesta, y hasta empezó á dudar.

Sin embargo, recobró su serenidad, y volviéndose hácia Marigny

—y le dijo con voz profundamente alterada :

—Señor, la que os está hablando es una madre, una madre que quiere saber si su hijo es muerto o vivo. Desde que ha salido de nuestra casa, las noticias que me han dado sobre él son tan estrañas y contradictorias, que yo no sé qué creer. Por lo tanto, os suplico que me digais la verdad, cualquiera que sea. Decidme si es cierto, segun me han dicho algunos, que se conduce como un gentil-hombre; o si es verdad, como otros me han asegurado, que ha huido cobardemente, abandonando el campo del honor en el dia del peligro; decidme, en fin, si ha perecido á los pocos dias del incendio del castillo de la Rouarie, noticia que me han dado en Inglaterra.

—Muy estrañas son esas preguntas, señora, dijo Marigoy, empezando á dudar si la que así le ha-

blaba, estaria en su sano y cabal juicio.

—Yo me llamo la marquesa de Perbruck, caballero, y este nombre debe explicaros todas las preguntas que os he dirigido.

—¿Como! señora, exclamó Marigny, ¿sois la marquesa de Perbruck?

—Si señor, he sufrido las amarguras del destierro, las privaciones de una cárcel, y solo deseaba la muerte como un término á tantos disgustos, cuando se me ha dicho que mi hijo, que desapareciera hacia muy cerca de seis años, acababa de presentarse repentinamente en Nantes.

—Vuestro hijo, dijo Marigny interrumpiéndola, si señora, se ha presentado por un momento, y yo mismo le ví al lado del marqués de la Rouarie el dia de la reunion general de los conjurados. Mas por una rareza inexplicable, me ha con-

tado un antiguo servidor de la Rouarie haberle visto hablando con Chaigneraie el mismo dia y á la misma hora. Pasado algun tiempo, el marqués de Perbruck anunció su muerte, y sin embargo, despues del fallecimiento de vuestro esposo, Champagnoles le ha encontrado sano y salvo, y ha combatido á su lado en la toma de Machecoul. Champagnoles ha muerto, sus tropas se han dispersado, y nadie ha oido hablar mas del conde de Perbruck.

—Dios mio, ¿qué es lo que significa esto? exclamó la marquesa con el dolor mas intenso. ¿No es cosa bien estraña?

—Pero lo que es mas estraño todavía, continuó Marigny, es que habrá dos meses escasos viéndose envuelto el marqués de Talmont en la llanura de la Croix-Bataille, por unos húsares republicanos, vino á socorrerle de improvise un hombre

al frente de algunos caballeros , dispersando á los enemigos que ya le tenían cercado ; y Talmont me ha asegurado positivamente que al lado de este hombre iba un jóven, que nunca habia abandonado á vuestro hijo, y que segun la opinion de algunos era una muger.

En fin , señora , hoy mismo en Chateaubriand , varios de nuestros soldados han reconocido entre los compañeros del gefe de la careta encarnada , ese mismo jóven ó sea muger , que tanta lealtad y adhesion tenia á vuestro hijo. ¿Será él por ventura el gefe de esa tropa que se deja ver por do quiera , cuando aparece la hora del peligro ?

— ¡ Oh ! ¡ él es ! yo á lo menos lo espero así , exclamó la marquesa con exaltacion. ¡ Ah ! decidme , señor , ¿ dónde podré encontrar ese hombre ?

— Ya os he dicho que no sé á donde se oculta. Pero segun pre-

veo, señora, con harto fundamento, no se pasarán dos dias sin que nos veamos acometidos por los republicanos, y si asi sucediese, estad segura de encontrar á ese desconocido, en medio y en lo mas fuerte del combate.

—Nada importa, repuso la marquesa de Perbruck, me abalanzaré á él por medio de las balas del enemigo, porque al fin y al cabo necesito saber la verdad.

—Pues bien, señora marquesa, le dijo Marigny, no teneis mas que seguirnos. Yo voy á reunirme con Fleuriot; Lyrot debe reunirse tambien con nosotros... en una palabra, todos los que no desesperan de la salvacion de nuestra causa y los que desesperan lo bastante para no querer sobrevivirla, estarán en Blain dentro de una hora.

—Pero vos, señor de Marigny, ¿creeis que ya no queda mas recurso que morir?

— Señora, contestó Marigny, tengo que cumplir con un deber, y lo cumpliré. Si Dios, por cuya causa combatimos, quiere salvarnos, será un favor que tengamos que agradecerle. Lo que es deber nuestra salvacion á las simples fuerzas humanas, no hay que pensar en ello.

Mad. de Perbruck no contestó, y Marigny se fue á dar sus órdenes.

Un momento despues, la tropa se puso en camino y la misma tarde llegaron á Blain. Allí se reunió un consejo de los principales gefes y su eleccion recayó en Fleuriot. Marigny fue el primero que lo propuso con el objeto de alejar del consejo todo motivo de disentiimiento, que pudiera servir de pretesto á la desercion de las tropas. Efectivamente, cuando Marigny aceptaba de buena gana un lugar subalterno, todos debian considerarse muy hon-

rados, quedando como el mas benemérito. Tan noble desinterés no fue, sin embargo, suficiente para imponer silencio á todas las pretensiones. El príncipe de Talmont que habia reunido los realistas en Blain con algunos caballeros y cierto número de mujeres que pudieron librarse de la carniceria de Mans, no quiso aceptar mas gefe que él mismo; abandonó á los realistas que iban á buscar la muerte en la pelea, y se retiró á los bosques para ofrecer su cabeza al patíbulo.

Entretanto se formaron barricadas en Blain; se les dió á las malaventuradas tropas realistas cuarenta y ocho horas de descanso, porque la mañana del dia siguiente deberia pasarse con tranquilidad. Con efecto, aquel dia Marigny, Fleuriot y otros varios gefes se reunieron en casa de un aldeano. Las mugeres, en cuyo número entraba la marquesa de Perbruck, participa-

ron de la mezquina lumbre que ardia en la chimenea... Un silencio triste y doloroso reinaba en esta reunion, y no obstante cada cual experimentaba una especie de bienestar al encontrarse sentado por espacio de algunas horas bajo un techo hospitalario, y cerca de la lumbre adonde poder secar sus vestidos. De cuando en cuando se oia anunciar la llegada de algunos fugitivos, que iban entrando por su turno, y cada cual pagaba su tributo á la historia de fatales encuentros y aventuras. La primera persona que llegó de este modo fue una pobre muchacha que habia huido de Mans con veinte y siete compañeras. A alguna distancia de la ciudad fue reconocida por un zapatero de viejo, el cual la denunció á sus compañeros y la condujo á la poblacion. Allí la reclamó un soldado republicano del regimiento de Aunes, en el cual habia sido

teniente su padre: pero el bravo soldado no pudo obtener gracia para su protegida sino bajo la condicion de presenciarse la ejecucion de sus compañeras. Entre estas se encontraba una infeliz muger que llevaba en brazos un niño de corta edad; algunas voces reclamaron la salvacion de aquella inocente criatura; pero los gritos de las carceras de Mans cubrieron las reclamaciones de los mismos soldados. Intimidado el oficial mandó hacer fuego, y el pobre niño cayó fusilado con veinte y seis compañeras de la desgraciada jóven, que al hacer esta horrorosa relacion, cayó tambien en el suelo aturdida de asombro y de cansancio.

Pronto llegó Forestier, el cual, herido de cinco sablazos, se habia apeado de su caballo para colocar en él á Mad. de Lepinay y á sus dos hijos. En el mismo dia se anunció un conyoy de mas de sesenta

mujeres que se ocultaran en la hosteria del *Escudo de Oro*, situada en la confluencia de los dos caminos de Laval y de Alenzon. El cura Chayot las habia encontrado de rodillas orando y entonando cánticos sagrados, en el momento en que se acercaban los republicanos. Al ver esto, el sacerdote detuvo á los fugitivos que obstruian la carretera; unos treinta obedecieron sus órdenes, y formados en peloton les cortaron el paso y sostuvieron por espacio de dos horas los ataques de doscientos republicanos. Este rasgo de generosa proteccion habia salvado la vida á las sesenta mugeres, pero los treinta vendeanos perecieron.

Asi se reproducen á cada instante nuevas relaciones de espantosos desastres, y por do quiera figuraba en primera línea el incendio, la violacion y el esterminio: parecia un tribunal militar instalado en

medio de la carretera. Allí, mientras que los soldados que se habian estendido por la campiña perseguian á los infelices vendeanos, como se hace con los venados en las cacerias reales, aquel tribunal acusaba, condenaba é inmediatamente imponia la ejecucion á sus víctimas.

Consideremos cuales debian ser los sentimientos de las personas que oian semejantes relatos, para aquellas, cuya resolucion no estaba muy decidida, era necesaria una firmísima conciencia del deber que habian jurado cumplir, para no evadirse de semejante guerra: para los que por su valor preferian la muerte á la fuga, era menester toda la prudencia que su posicion exijia, para no ir con sable en mano al encuentro de aquellas fieras que se alimentaban de sangre humana.

Acercábase ya la noche, cuando de repente se presenta un anciano pidiendo licencia para ver

á Mad. de Perbruck. Fleuriot concedió la órden necesaria al efecto, y el anciano entró en la baña.

Era un hombre de elevada estatura; sus largos y canosos cabellos caian formando bucles sobre sus hombros: cierto aire de grandeza y dignidad se traslucia en todas sus facciones.

— ¡Y bien, Miguel! exclamó la marquesa de Perbruck ¿no has sabido nada?

— Antes de contestaros, señora, le dijo con gravedad, permitidme comuniqué á estos señores el aviso que para ellos me han encargado.

Fleuriot y Marigny se aproximaron.

— Señores, les dijo el anciano, no debeis contar con el reposo, que habeis creído poder tomar en este sitio. Dentro de algunas horas el ejército republicano estará á las

puertas de esta aldea, y lo mismo que en Mans, cuenta con la noche para acabar la obra de destrucción que en aquella ciudad ha comenzado.

— ¡Mas por ventura estos hombres, exclamó Fleuriot lleno de cólera, son de marmol ó de acero, para poder aguantar tantas fatigas sin descanso!

— Vos debéis saberlo, contestó Miguel con severidad, puesto que ya lo habeis probado en mas de una ocasion.

— ¿Pero estais bien seguro, preguntó Marigny acercándose, de la veracidad del que os ha dado el aviso?

— Yo he creído como vos, replicó el criado, que la persona que me dió este aviso podia engañarse ó engañarme; he tratado de asegurarme por mí mismo; volví atrás y encontré las avanzadas de la vanguardia republicana, marchando á

toda prisa y arrollando hasta los menores obstáculos que podían oponerles alguna resistencia.

—Y qué hacer, Fleuriot? dijo Marigny, mirándole tristemente.

Fleuriot aseguró su sable, tomó el sombrero y respondió saliendo:

—Vamos á ver que es lo que podemos hacer.

—Todos le siguieron. La marquesa de Perbruck y su anciano criado fueron los únicos que quedaron en la cabaña.

—Y bien, Miguel! le dijo la marquesa, ¿qué habeis averiguado?

—Nada, le contestó el anciano, nada.

La marquesa lanzó un suspiro y Miguel prosiguió:

—Y sin embargo, ese hombre que me dió el aviso que he transmitido al jefe del ejército, ese hombre

tenia una voz que me trastornó de un modo inexplicable.

—Quién es, pues, ese hombre? preguntó la marquesa.

—Habia llegado yo á la entrada del bosque de Blain, dijo Miguel, é iba á poner el pie en la vereda de Chene Royal dirigiéndome á la granja de Robertin, donde os habia dejado, cuando vèo salir repentinamente del bosque dos hombres á caballo. El primero me pareció de elevada estatura, mas no pude verle el rostro, porque iba enmascarado.

—Enmascarado! exclamó la marquesa.

—«A dónde vas? me dijo.

—«Y á vos que os importa? le contesté.

—«Vas á la granja de Robertin? La que has dejado allí, ya se ha marchado, y está en Blain con Marigny. ¡Anda pronto, y dila de parte del general enmascarado, que

dentro de algunas horas deben llegar los republicanos.»

No bien me dijo estas palabras puso espuelas á su caballo, y desapareció á galope.

La marquesa de Perbruck bajó tristemente la cabeza. Miguel dirigió una mirada fortiva en torno suyo; y continuó en voz baja:

— ¡Amelia, Amelia, esa voz me ha herido el corazón; esa voz es la de vuestro hijo, Amelia!

— ¡Su voz, exclamó la marquesa; pero no sabeis, añadió tristemente, que los dos tenían la misma voz como el mismo semblante? ¡Cual de los dos es el que vive, Dios mio!... si tal vez no habrán muerto uno ni otro.

Estas palabras de la marquesa de Perbruck no causaron admiración, á lo menos al parecer, á la persona á quien se dirigian. ¿Cómo explicar, sin embargo, que en medio de su dolor no separase

al conde Cesario de Saturnino Fichet?

—¿Y vos no habeis sabido nada? repuso Miguel.

Repitióle la marquesa lo que Marigny le habia dicho, y apenas habia acabado su relacion, cuando se oyó por todas partes un ruido confuso, prolongados y sordos rumores, y casi al mismo tiempo volvieron á entrar en la casa Fleuriot, Marygny y los principales gefes del ejército.

—Señora, le dijeron á la marquesa de Perbruck, se ha dispuesto la retirada; salid de aqui, que aun es tiempo. Ya han llegado en un convoy de carretas casi todas las mugeres que acompañan á nuestro ejército: he reservado para vos un asiento en uno de los carros del segundo convoy, que está aguardando á la puerta.

La marquesa dió las gracias á Marigny, y fue á ocupar su pue-

to en esta miserable carreta.

En ella encontró á Mad. de Les-
cure , que habia escapado milagro-
samente del degüello de Mans.

CAPITULO XLV.

Los últimos que salieron de la cabaña fueron los gefes del ejército, los cuales notaron que el antiguo criado de la marquesa de Perbruck no se habia movido de allí.

Al ponerse en camino, Marigny le dijo con agrado:

—Podeis reuniros con vuestra ama.

—Iré á su lado cuando me necesite, contestó el anciano Miguel;

pero si me fuese permitido daros un consejo, si me creyeseis, no intentarais una retirada imposible. Estais situados entre el Loira y el Vilaine, cuyos puentes han sido cortados, y por la otra parte no tenéis mas límites que el Océauo y el ejército republicano. Es imposible, de toda imposibilidad, el superar ninguno de estos obstáculos con un número de hombres tan considerable como el que mandais; pero quizá lo que no se puede hacer en masa, será posible en detal. Licenciad el ejército, dejad á cada uno el cuidado de su propia salvación, y estos siete mil soldados que conducis á la muerte infaliblemente conservándolos reunidos, conseguirán tal vez fugarse entrando en un pais que tanta semejanza tiene con el suyo: la Bretaña está franca, y alli encontrarán muy fácilmente asilo. Pero lo que puede salvar á cada uno separadamente

seria un obstáculo invencible para un cuerpo numeroso. Licenciad las tropas: mañana al rayar el día, ignorando los republicanos de qué manera han evacuado este pueblo, continuarán su marcha con la esperanza de daros alcance, y se encarnizarán persiguiendo una sombra. Dejadlos penetrar en las fragosidades de la Bretaña, dejadlos dispersarse por do quiera en persecucion de algunos fugitivos, á quienes cogarán acaso, pero cuyo mayor número escapará de sus garras, y entonces principiad de nuevo aquel sistema de guerra, con el cual tantas veces habeis sabido vencerlos. Que cada vereda se convierta en una emboscada, cada viciueto en una trinchera: abandonad el sistema de batallas campales, en que á pesar de los triunfos que habeis obtenido, la superioridad de la disciplina dará siempre la victoria á los republicanos. Combatid como habeis combatido, y todos los ejér-

citos de la república vendrán á perderse en nuestros desiertos. Es seguro que de ese modo no habrá un lugar que dé su nombre á vuestras victorias; pero tampoco os espondeis á comprometer en una derrota como la de Mans la salvacion de la causa realista y la confianza de los moradores de este pais.

Algunos gefes escucharon con atencion las palabras del anciano Miguel, y muchos de ellos aprobaron con un gesto la opinion que acababa de emitir.

Uno de estos era Marigny. El mismo Fleuriot estaba ideciso, cuando un hombre que acababa de entrar y que hasta entonces no habia tomado la palabra, exclamó en tono brusco:

—Licenciar el ejército, para que los generales escriban mañana á la Convencion que la Vendée está sometida, y que con esta noticia se desanimen todos nuestros partidarios

en
de
y
bre
dej
nu
de
lea
¿Q
ña
ta
tes
últi
el
el c
do
des
vot
ibat
y d
se

en las provincias. ¡Eso seria un acto de cobardía! ¿Qué dirá Charette, y qué podremos pedirle á un hombre á quien acusamos de habernos dejado, si asi nos vé abandonar nuestra propia causa? ¿Qué será de Larochejaquelein y de algunos leales que han quedado con él? ¿Qué pensará sobre todo la Bretaña que os aguarda, y que está pronta á levantarse como un solo hombre?

—Sí! Sí! gritaron por todas partes; es preciso combatir hasta el último dia, y no economizar hasta el último hombre!

—Cualquiera otro consejo, añadió el que tan bruscamente habia tomado la palabra, es propio de cobardes ó de traidores.

La conservacion del ejército fue votada por aclamacion.

Sin embargo, el anciano á quien iban dirigidos los cargos de traicion y de cobardia, se acercó al que asi se espresaba, y midiéndole con la

vista de arriba abajo, le dijo:

— Bien comprendo que os atrevais á usar de un lenguaje semejante, vos no llevais armas.

— Dejemos eso, señor cura, dijo al momento Fleuriot; y vos, amigo mio, añadió dirigiéndose á Miguel, sin duda por efecto de vuestro celo, os habeis olvidado de que aqui no está vuestro puesto.

— Eso es cierto, señores, contestó el criado; pero si despreciais el consejo que acabo de daros, si os empeñais todavia en aceptar el combate que van á presentaros los republicanos, yo espero colocarme en un lugar donde á nadie haga estorbo.

Se habia resuelto que el ejército continuase reunido. El anciano se retiró y el abate Bernier, que este y no otro era el nombre del que acababa de hablar, dijo al momento á Marigoy:

— ¿Quién es ese hombre?

—Un antiguo criado de la marquesa de Perbruck.

—¡Un antiguo criado de la marquesa de Perbruck, habeis dicho....? es imposible..... ese es.....

El cura se detuvo, y luego continuó con aire receloso:

—Es preciso saber quien es ese hombre; es necesario que la marquesa de Perbruck se explique sobre el particular. ¡Quién sabe si será algun traidor, á quien háyais admitido hoy en nuestras filas!

—La traicion casi no es de temer, repuso con desden Marigny. Por otra parte, cuando no queda otro recurso que pelear para morir, poco importan los medios de llegar á la derrota ó al martirio.

—¿Asi desesperais de la causa de Dios? replicó el abate Bernier con altanería.

—Dios protege á los que empiezan protegiéndose á sí mismos, contestó secamente Marigny. Mi opi-

nion era idéntica á la que acaba de manifestar ese hombre; pero no ha prevalecido. Es inútil discutir acerca de una resolucion ya tomada..... únicamente creo, que puesto que la retirada se ha decidido por Savenay, debemos ejecutarla cuanto antes. Si los republicanos continúan persiguiéndonos con el mismo ardor que acaban de desplegar, estarán en Savenay casi al mismo tiempo que nosotros, y necesitaremos cuando menos algunas horas para tomar las posiciones en que podamos resistir con ventaja.

—Sea enhorabuena, Marigny, dijo el abate Bernier, esas palabras indican que teneis en el fondo de vuestro corazon mas esperanzas de las que quereis descubrir.

—Señor abate, respondió Marigny en tono severo, cuando se sube al cadalso, se debe procurar subir con frente serena y paso firme. Cuando se va á sufrir una derrota, es me-

nester á lo menos ser vencidos como valientes.

—Vamos, vamos, dijo Fleuriot, si los bretones cumplen la palabra que nos han dado, tal vez será mañana un día de gloria.

Al momento salieron de la casa los gefes, y comenzó el movimiento de retirada.

—¿Dónde está la marquesa de Perbruck? preguntó el abate.

—En la carreta en que van Mads. de Lepinay y de Lescure.

—Necesito ver á la marquesa, dijo Bernier; necesito hablarla.

Y sin decir mas se adelantó con presteza por el camino pantanoso que acababa de tomar el ejército.

El abate Bernier era un hombre resuelto, pero muy obstinado, y altamente persuadido de una penetracion poco comun, á pesar de tener cortos alcances. El fue quien hizo salir al frente al famoso Obispo de

Aragon, intrigante subalterno, que ningun derecho tenia al título de Obispo, pero que fue aceptado á cierra ojos por los principales gefes del ejército real, porque necesitaban presentar á los aldeanos un dignatario de la Iglesia asociado á su empresa. Este hecho basta para probar que el abate Bernier no era muy escrupuloso en la eleccion de los medios, cuando podian conducir á su objeto.

Al cabo de una hora de marcha apresurada, el cura dió alcance al carro en que iba la marquesa de Perbruck. Pidió un asiento para comunicar á esta señora ciertas noticias que podrian interesarla; y ya iban á hacerle lugar en la carreta, cuando varios de los aldeanos que la seguian de cerca se opusieron á que subiese.

— ¡Pero si es el abate Bernier! dijo una de las señoras.

— Abate ó general, repuso uno de

los aldeanos, es un hombre como nosotros y tiene piernas como nosotros. Que las mugeres vayan en el carro, eso está muy puesto en razon, y si el carro se rompe, nosotros las llevaremos á cuestas; pero los hombres no deben ir en pies ajenos.

Tal era en aquellos momentos el espíritu de insubordinacion de los aldeanos. Y cosa digna de notarse en esta guerra estraña! La tiranía, el despotismo y la insolencia reynaban en el campo de los republicanos, en la persona de los representantes del pueblo, que en nombre de la libertad y de la igualdad cometian los actos mas arbitrarios, mientras que el verdadero espíritu de igualdad y libertad dominaba en el campo de los realistas, donde estaban combatiendo por la restauracion del poder absoluto y los privilegios abolidos por la revolucion.

El abate Bernier tuvo que someterse á la ley comun á todos los gefes del ejército, los cuales caminaban á pie al lado de los caballos que habían conservado: solo algunos restos de caballería se servían de sus monturas, pero los mismos oficiales que la mandaban, solían echar pie á tierra para dar ejemplo y ponerse al nivel de los mas miserables.

Sin embargo, como el abate hubiese dicho á la marquesa de Perbruck, que le traía noticias que podian interesarla, se decidió esta bajar de la carreta en que iba, y puso á andar por medio del fango al lado del abate Bernier.

—¿Qué noticias teneis que comunicarme, señor abate?

—Señora marquesa, le respondo este, yo no tengo que comunicar noticias, pero tengo que hacer una pregunta. Espero que me contestareis con toda franqueza,

que yo pueda juzgar si debo servirlos en las investigaciones que venis á hacer en Francia.

—Podeis hablar, señor abate, dijo la marquesa con trémula voz.

—Pues bien, señora: ¿no me direis quien es aquel hombre que ha venido esta tarde á Blain á hablaros?

—Es un antiguo criado de mi familia, contestó la marquesa de Perbruck con tal acento de perplejidad, que el abate conoció al instante no ser cierto lo que estaba oyendo.

—Perdonad, señora, repuso el abate Bernier, yo os he pedido una contestacion franca, y vos me la rehusais: nada tengo que deciros.

—¡Pero, señor abate, si ese hombre es el que os digo! ¿Quién quereis, pues, que sea?

—Yo nada quiero, señora; pero en la cruel situacion en que nos encontramos, todas las precaucio-

nes son permitidas y todas las represalias tambien , si es que pueden considerarse nunca como represalia el castigo de un espia , introducido en nuestras filas á la sombra de vuestra proteccion.

— ¡ Un espia , señor ! exclamó la marquesa. ¡ Un espia ! ¿ Pero quié-
os ha hecho creer semejante cosa ?
¿ Ni qué interés pudiera tener yo
viuda y madre de valientes gentes
les-hombres , en introducir un es-
pia en el ejército real ?

— Perdonad , señora , y entended
bien mis palabras , prosiguió el
abate Bernier : si vos teneis un interés
personal en que ese hombre continúe
nue aquí ; si podeis explicar por re-
laciones que no atañan mas que
vos y puedan disculparlo todo en su
presencia en el campo realista , nada
da tengo que explicar. De otro modo
do , señora , la presencia de ese
hombre entre nosotros no puede
ser mas que una traicion.

—Pero ese hombre, cuya buena fe así poneis en duda, señor....
Quién creéis que sea? dijo la marquesa de Perbruck con trémula y agitada voz.

—A vos es á quien lo he preguntado, señora, y á vos os lo pregunto todavía. Si quereis responderme francamente, el secreto jamás saldrá de entre los dos. Si por el contrario os negais á acallar mis deseos diciéndome la verdad, me seré en la precision de comunicar á mis compañeros esos mismos deseos. Entonces nos dirigiremos á él, y él tendrá que probarnos que es verdaderamente un antiguo criado de la familia. Ahora bien, reaccionad, señora, y conoceréis que si resultase otra cosa, se podría hacer un cargo muy grave por la aparición de esa persona.

La marquesa de Perbruck guardó silencio por un rato, y después vacilar bastante, exclamó con

voz desfallecida:

— Señor abate ¿quereis confesar
me?

— Ese es mi deber, señora; pero tened entendido que lo que podais confiar al sacerdote no detendrá al capitán en las medidas que crea necesarias para la salvación comun. También debo advertiros que si cualquiera otro tuviese las mismas sospechas que yo, y lanzase una acusación contra ese su puesto criado de vuestra familia no podré repetir ni una sola palabra de cuantas me háyais dicho en la confesión, aun cuando en ella encontrase méritos bastantes para probar la inocencia de la persona acusada: el pecho del sacerdote, señora, es un tabernáculo que no debe descubrir nada de lo que se le confía, y solo al dirigir las peticiones al Altísimo puede tener un recuerdo de lo que ha oído en el tribunal de la penitencia. Sois dem

siac
de
sab
ace
tan
-
sa c
con
hor
sejo
do,
si
del
ñas
hus
lo
nie
el
sin
aca
do
agt

siado concedora de los principios de la religion, para que dejeis de saber el rigor de nuestros deberes acerca de un punto de tanta importancia.

— ¡Y bien! señor, dijo la marquesa de Perbruck con resolucion, obrad como creais que deba hacerlo. Ese hombre se defenderá ante el consejo, si llegase el caso de ser acusado, y lo mismo me defenderé yo si es menester.

He aqui un rasgo característico del espíritu religioso y de sus extrañas sutilezas. La misma muger rehusaba confiar al honor del hombre lo que no hubiera tenido inconveniente en confesar al sacerdote.

— Como gustéis, señora, contestó el cura Bernier retirándose.

Entretanto la marcha continuaba sin novedad, y preciso es decir que acaso en ninguna ocasion han tenido mas valor y constancia soldados aguerridos para superar las dificultades.

tades de semejante ruta: los caminos se hallaban intransitables á causa de las continuas lluvias del mes de diciembre; así es que para llegar á Savenay, tuvo que marchar casi constantemente el ejército real por medio de agua y lodazales que les cubrían á veces hasta la cintura. Tales eran los barrancos y derrumbaderos, que las carretas desaparecían á lo mejor de la vista de los conductores, y se necesitaba esfuerzos inauditos y trabajos sin cuento para levantarlas y hacerlas marchar de nuevo. Sin embargo, todos estos obstáculos fueron vencidos por la paciencia y la resignacion de los labriegos de la Vendée, como lo fueron algunas horas despues por el entusiasmo y la decision de los republicanos.

En efecto, al siguiente dia llegaron á Savenay Fleuriot y Marigny con unos siete mil hombres. Parecia regular que á este ejército

tat
alg
ver
dos
vel
pre
ape
ron
Mar
rede
sup
sup
que
ánin
mo
Ber
ta c
de F
cia
pañ
lly
lista
luch

tan lleno de fatigas se le concediese algunas horas de descanso; pero los vendeanos estaban harto convencidos de que por no haber querido velar en Maos se habian visto sorprendidos y acuchillados; asi es que apenas llegaron á Sevenay ejecutaron con presteza la órden dada por Marigny para construir trincheras al rededor del pueblo. Ademas debia suponerse que en aquellos momentos supremos ningun otro cuidado mas que el de combatir preocupaba el ánimo de los realistas.

Sin embargo, y tan pronto como se reunió el consejo, el abate Bernier en cumplimiento de la oferta que habia hecho á la marquesa de Perbruck, pidió su comparecencia y la del hombre que la acompañaba.

Una de las causas que mas influyeron en la derrota de los realistas, fue sin duda esa continua lucha de odios privados y resentidos.

mientos mezquinos que preocupaba sus ánimos en los momentos de mayor peligro. La denuncia del abate Bernier, es una de las muchas pruebas que se pueden aducir para probar esta verdad.

—Por razones, que seria inútil revelar, dijo al consejo, tengo fundadas sospechas de que el hombre á que aludo es uno de nuestros mas crueles enemigos. Y siendo esto cierto, ¿qué es lo que viene á hacer á nuestro campamento? ¿cómo se encuentra en él, bajo la salvaguardia de la marquesa de Perbruck?

Mientras que esto pasaba en el consejo, la marquesa fue á avistarse con Marigny, el cual no se habia separado un momento del sitio en que habia mandado construir la trinchera, y le manifestó la entrevista que con ella tuviera el abate Bernier.

—Qué quereis que haga yo en

tales circunstancias? le contestó Margigny. Si el abate Bernier no se equivocase, si el hombre que ayer vino á hablaros, no fuese como decis un antiguo criado de la familia, será preciso que deis razon de su presencia en nuestras filas, y si os oponéis á ello, solo quedará en su abono vuestra palabra. Por mi parte, creo en ella, señora; pero no puedo responder de la conviccion de mis compañeros.

—Pues bien, señor, le dijo la marquesa de Perbruck; estoy segura que cuando yo os haya dicho la verdad, podreis inspirar esa misma conviccion á los demas gefes del ejército, y que cuando Mr. de Margigny afirmare bajo su palabra de honor que no hay traicion ni puede haberla, tanto por parte de ese hombre como por la mia, nadie tendrá el menor reparo en creerlo.

—Pero ese secreto, replicó Ma-

rigny, os habeis negado á confiárse-lo al abate Bernier.

—Bien hubiera podido confiárse-lo al sacerdote á quien la religion exige absoluta reserva, pero no quise hacerlo á un gefe de partido siempre dispuesto á usar de las revelaciones que se le confian para emplearlas en beneficio de su ambicion; mas lo que no he querido decir á Mr. Bernier, no recelo confiárselo á Mr. de Marigny.

—Ese secreto, dijo una voz que salia por detras de entrambos, no puede la marquesa revelárselo á nadie.

Era el mismo anciano de quien se trataba, el cual como oyese las últimas palabras de la marquesa, veia á oponerse á esta revelacion.

—Acaban de decirme, añadió, que estoy citado ante el consejo y lo mismo vos, señora: lo único que os suplico es que dejéis á mi car-

go el responder al interrogatorio.

—Pero no sabeis de qué os acusan? le dijo en voz baja la marquesa; ¿no sabeis que se habla de traicion, de espionage?

—Y bien! señora, contestó el anciano, ¿á qué podrá conducirme eso? A la muerte sin duda. Mi vida no merece la pena de que os sacrifiqueis por defenderla. Dejadlos, tal vez será un acto de justicia.

Marigny siguió á la marquesa y á su criado hasta el consejo, donde entraron los tres casi á un mismo tiempo. Los gefes estaban colocados al rededor de una gran mesa, y miraron al que entraba con muchísima curiosidad.

Parecióle á Mad. de Perbruck que el abate Bernier no solamente habia hecho la acusacion, sino que habria ido mas léjos, indicando hasta el mismo nombre del culpable. Fleuriot presidia como general en

gefe. Marigny tomó asiento al lado de sus compañeros. Fleuriot se dirigió á la marquesa y le habló en estos términos:

—Señora, varias circunstancias nos hacen recelar que nuestra confianza ha sido sorprendida con la presencia del hombre que os acompaña. Como estamos muy distantes de dudar de vuestra fidelidad, esperamos que no considerareis como ofensivo á vuestra persona el interrogatorio que creemos necesario dirigir á ese extranjero.

—Mi causa, señores, dijo la marquesa de Perbruck, es inseparable de la del señor: en efecto, yo soy quien le he escrito á Luans en donde se hallaba hace quince días para noticiarle mi llegada á Francia. En vista de mi carta ha veuido, y me ha servido de guía en las marchas penosas que he tenido que hacer en busca de un asilo. Llegada á la granja del bosque de Blain,

cre
que
dili
dir
gra
can
ner
ras
me
de
est.
mi
cia
oct
eu
na
Si
de
sin
no
cal
co
br
sej
eu

creia encontrar antiguos servidores que me hubiesen ayudado en las diligencias que me habian hecho venir á Francia. He encontrado la granja destruida y abandonada. El cansancio me ha obligado á detenerme por espacio de algunas horas; pero la enfermedad me ha acometido, haciéndome quedar cerca de diez dias. En todo ese tiempo este hombre no se ha separado de mí; por fin, y á fuerza de instancias, se dirigió hácia los puntos que ocupaba el ejército realista para procurar saber el paradero de la persona por quien he venido á Francia. Si yo no hubiese encontrado á Mr. de Marigny en la granja de Blain, allí sin duda hubiera ido á darme la noticia que me ha traído á vuestro campamento; pero yo habia venido con Mr. de Marigny, y este hombre fiel á su promesa, ha debido seguirme. Su crimen consistirá pues, en haber querido socorrer en medio

de su abandono á una muger, cuya familia y fortuna han sido sacrificadas á la misma causa que vosotros defendeis. Esta es la verdad desnuda, é independiente de todo cuanto os haya podido decir contra aquel á quien acusa el abate Bernier.

—Yo no acuso á ese hombre, contestó el abate con un tono severo, yo pido únicamente que se nos diga su nombre.

—Efectivamente, ¿cuál es vuestro nombre? dijo Fleuriot.

—Yo me llamo el conde de X., respondió con firmeza el anciano.

Dispénsennos nuestros lectores de que pongamos mas que la inicial, pero el nombre de esa persona pertenece á una familia, que desde entonces ha adquirido demasiados títulos al reconocimiento público, para que nos sea permitido estamparle aqui.

Sin embargo, tan fuésto era el prestigio del que entonces lo

llevaba, que en el momento en que los gefes realistas lo oyeron, se levantaron espontáneamente, como hubieran hecho los Apóstoles de Jesucristo, si Judas se hubiese presentado entre ellos haciendo alarde de su misma deshonra.

—¿Y os habeis atrevido á venir entre nosotros? exclamó Fleuriot.

—La señora marquesa de Perbruck os ha referido de qué manera he llegado hasta aquí: yo no tengo nada que añadir.

Los gefes mirándose unos á otros, experimentaban el mas cruel embarazo. Con efecto, tenían en sus manos á uno de los hombres que mas se habia distinguido por sus crímenes y excesos en los fastos revolucionarios. Habia sido el promovedor mas ardiente de la revolución del 10 de Agosto, y no faltaba quien supusiese haberle visto mezclado en la carniceria de las infames jornadas de Septiembre. No

era su suerte la que embarazaba á los jueces, porque á ninguno de ellos ocurría la menor duda sobre la sentencia que debían dar contra un hombre de esta especie; pero lo que mas le asombraba y sorprendía era que este hombre tuviese relaciones con la marquesa de Perbruck, y que se atreviese á confesarlo. El abate Bernier previno esta disposición de los ánimos, dirigiéndose á la marquesa, dijo:

—Segun ha manifestado Mr. Fleuriot, ninguno de nosotros abriga la menor duda acerca de la lealtad de vuestras intenciones, ni acerca de vuestra conducta; pero no podemos menos de confesar, señora, que siendo como somos los únicos responsables de la salvacion de este ejército, desde el instante que descubrimos un traidor en sus filas, debe sernos permitido preguntar á la persona que le propo-

cionó la entrada, cual ha sido el motivo de tamaña imprudencia.

—Creo haber contestado ya sobre ese punto, diciéndoos que si el conde de X... me trajo hasta Blain la respuesta que me habia prometido, es porque no me encontró en la granja de Robertin.

—Eso será muy bueno, señora, para justificar vuestra conducta, repuso el abate Bernier; pero ¿como explicar ahora el consejo que nos dió entonces el conde de X... y que por su contraposicion con sus antecedentes infunde las mayores sospechas de traicion?

—Bien sabeis, señor, contestó el conde de X..... con altanería, que yo no he hecho nunca traicion á nadie. Llegado á Mans algunos dias despues de vuestra salida, he visto las disposiciones tomadas por los generales republicanos, he oido los juramentos de muerte y esterminio que han prestado, y no he podido

menos de compadecerme de los infelices que se hallan á vuestras órdenes. Entretanto salí de Mans y fui á Laval á tomar los informes que en el primer punto no habian podido darme. Como no hallase ya por ese lado el menor vestigio de nuestras tropas, creí que se habrian dispersado cautelosamente, y regresaba á Blain, cuando tuve el encuentro con ese hombre enmascarado que me dió noticias de vuestra retirada por este pais, y de la persecucion de los republicanos. Si os he dado el consejo de licenciar vuestras tropas, no ha sido mas que por compasion hácia su suerte. Pero ¡oh! ¡cuan necio he sido y estoy siendo... exclamó con un movimiento despreciativo: al contemplar vuestras desgracias, me he olvidado de los grandes resentimientos de mi vida, y hasta he llegado á preguntarme si mi puesto estaba mas bien aqui que entre aquellos

á quienes he consagrado mis servicios. Vosotros habeis tomado á vuestro cargo el deber de desengañarme, señores. ¡ Siempre sois los mismos hombres, orgullosos é imprevisores, conducidos y estraviados por principios fanáticos. ¿ Por qué vais á combatir hoy? ¿ Por la victoria acaso? Bien sabeis que es imposible conseguirla. ¿ Será tal vez por el orgullo de mandar la última batalla.

— ¡ Para morir con honra! dijo Fleuriot levantándose. He ahí lo que no podeis comprender; así como no comprendéis tampoco, pero es necesario que lo tengais entendido, que nosotros no queremos que las armas realistas se manchen nunca con la sangre de un hombre como vos. Así, pues, disponeos á salir de nuestras filas sin perder minuto.

Al oír esta proposición, estalló un sordo rumor en toda la asam-

blea. El abate Bernier reclamó con energía contra las palabras de Fleuriot, á quien negaba el derecho de poner en libertad al acusado. El tumulto era ya grande, cuando el conde de X... continuó diciendo:

— ¡Sin duda, quereis mi muerte, señores!.... Pues bien: yo no necesito de vuestro fallo, yo mismo lo pronuncio y yo mismo lo ejecutaré. Solo pido un favor, y es una hora de plazo para confiar á la marquesa de Perbruck un secreto que solo interesa á ella en el mundo. Cualquiera que sea el juicio que forméis de mí, añadió levantando la voz, ninguno de vosotros puede decir que haya saltado á la promesa que he hecho. Os prometo mi muerte y la tendreis.

Entretanto el dia caminaba rápidamente, y en la época del año que por entonces corria, (era el 25 de diciembre) la noche venia tan de prisa, que los trabajos dispues-

los por Mariguy no podian terminarse.

Algunos oficiales inferiores vinieron á avisar al consejo que los aldeanos se quejaban de la ausencia de los principales gefes, y que ya por doquiera decian que mientras los infelices soldados se estenuaban de cansancio en unos trabajos en que todo el mundo debia formar parte, se entregaban los primeros al descanso y á la ociosidad.

—Id á decir á los soldados del ejército católico, contestó Bernier levantándose, que dentro de algunos minutos estaremos con ellos; y ahora pido, añadió volviéndose hácia el consejo, que se tome una resolucion definitiva sobre la suerte este hombre. Que es un traidor nadie puede dudarlo; ninguno de vosotros puede dar crédito á la fábula que ha inventado para engañarnos, y si algo os hace vacilar en condenarle es el temor de que su fallo alcance á la

marquesa de Perbruck, la cual á la verdad no esplica de una manera mas satisfactoria que él, su llegada al campamento del ejército real. Señores, prosiguió con calor, en la situacion desesperada en que nos encontramos, no debemos dejar impune una traicion semejante, si queremos tener alguna consideracion hácia los que han muerto en defensa de nuestra causa, hácia los que mirarán hoy mismo, y hácia los que sobrevivirán á nuestra derrota. En vista de todo lo espuesto, pido la inmediata condena de este hombre, y pido ademas que la marquesa de Perbruck quede en clase de prisionera hasta que obtengamos esplicaciones mas ámplias y justificativas. Pido tambien que esa condena se publique en todo el ejército, para que asi puedan saber las tropas nuestro celo en vigilar por su seguridad interior.

Despues de estas palabras hubo

una especie de consulta secreta entre los gefes, y en ella se decidió la sentencia de muerte contra el conde de X..., á quien se le dió orden para que inmediatamente se preparase á morir.

—¡Sea! contestó el conde; pero unos soldados que combaten segun dicen, en defensa de Dios y del Rey, no me negarán un sacerdote que me auxilie en mis últimos momentos, y el señor abate Bernier no se desdeñará de oír la confesion de un penitente.

El tono altavero con que hizo el conde esta súplica, irritó bastante á los gefes realistas.

Entonces se levantó la marquesa de Perbruck y dijo:

—Señores, no seré yo quien trate de impedirlos el que cometais un asesinato; pero ese hombre es hoy inocente, como lo era el dia en que fue condenado y privado de sus títulos de nobleza.

—Silencio, señora, dijo el conde de X... con voz conmovida, yo no quiero ni necesito justificación alguna. Proscrito y renegado por los mismos de mi clase, me he vengado de ellos en cuanto me ha sido posible. Vuestra amargura, señora, me había enternecido por sus desastres, y he tratado de venir entre ellos á salvarlos de su propia ceguedad. A mi compasión contestan con una sentencia de muerte. La admito y me envanezco de ello. Y volviéndose luego hácia sus jueces añadió: os he pedido una breve entrevista con esta señora, para enterarla de un asunto que solo á ella le interesa: ¿os dignareis concederme ese pequeño favor?

—No hay tiempo que perder, repuso el abate Bernier.

—¡Pues bien! ese secreto lo diré en alta voz, exclamó el anciano; escuchad, señora. El abate Bernier fue quien confesó al marqués de

Perbruck , cuando quedó por muerto en la insurreccion de Saint-Florent.

— Es cierto , dijo el abate.

— ¡ Pues bien , señor , continuó el conde de X... , habeis sabido por esa confesion el secreto de mi vida y de mi inocencia , y sin embargo sois el que me ha traído á la presencia de unas personas , á quienes desde luego perdono por haberme creído delincuente , y disponer de mi vida como de la del último miserable.

— ¡ Estais loco ! dijo el abate Bernier montando en cólera : ¿ Y qué interés podia tener yo en eso ?

— Habeis recibido una mision de vengauza que quereis cumplir , y que ya hubierais cumplido contra aquel , cuya persecucion se os ha encomendado , si un aviso secreto no le hubiese advertido vuestros siniestros proyectos.

— ¡ Basta ya de insolencias ! es-

clamó el abate Bernier, cuyo rostro parecia verde de puro pálido.

—¡Es preciso acabar con ese traidor!

—¡Señor abate, le dijo el conde de X... obligándole á bajar la vista con el peso de sus miradas, os desafio á que bajo juramento delante de un crucifijo declareis que me creéis delincuente.

—¿Pues qué habeis venido á hacer aqui? contestó el abate, sin responder á tau solemne reto.

—Demasiado lo sabeis.

En este momento se oyó un gran tumulto hácia la parte exterior. Un mensajero vino á avisar á toda prisa al consejo que los republicanos estaban ya á media legua de Savenay.

—¡Y bien! dijo Fleuriot ¿que se resuelve sobre el conde?

—Ya lo he resuelto yo, respondió él mismo.

Y antes que nadie hubiese po-

did
pis
zoi

i á
par
fes

lle
de
Po
mi
br
ba
do
es
ra

m
ci
ro
la
cr

didó contenerle, el conde sacó una pistola, la disparó contra su corazón y cayó al suelo.

Los gritos de « ¡á las armas! ¡á las armas! » dados por todas partes resonaron á lo léjos. Los gefes salieron de la casa á toda prisa.

— ¡ Venid, señora, dijo Marigny, llevando á la fuerza á la marquesa de Perbruck, es necesario huir. Pues cualesquiera que fuesen las miras del conde de X.... le sobraba razon cuando nos aconsejaba licenciar el ejército: han querido conservarlo, como una postrera esperanza... Dentro de algunas horas, esa esperanza ya no existirá!

— Señor de Marigny, exclamó la marquesa, acaban de inducir al suicidio á una de las almas mas generosas que pudo haber, antes de que la venganza le hubiera conducido al crimen.

CAPITULO XLVI.

No es nuestro ánimo consignar en este libro la historia de las batallas de la Vendée; pero algunos incidentes del desastroso combate de Savenay se hallan tan íntimamente ligados con nuestro asunto, que nos vemos precisados á darles cabida en su relato. Tal vez debiéramos colocar en este sitio las esplicaciones que pudiesen bastar á nuestros lectores para saber quien era el conde

de
re
br
to
tr
ta
de
mi
da
en
ch

ro
pr
qu
es
ter
ata
jac
co
y
Pe
ve
do
dic

de X..... cuales habian sido sus relaciones con la marquesa de Perbruck, y de qué manera se enlaza todo esto con la existencia de nuestro héroe Saturnino Fichet; pero tales esplicaciones tendrán su verdadero lugar mas adelante, cuando la misma marquesa de Perbruck quiera darlas á los que mas interés tengan en ellas, y que van á figurar en dicho combate.

Eran las tres de la tarde. Loyrot se colocó á vanguardia y se preparó á rechazar los republicanos que avanzaban por la carretera. Iban estos mandados por el aturdido Westermann, cuya táctica se reducía á atacar gritando siempre: «¡Adelante! ¡adelante!» y que habia alcanzado con este sistema brillantes victorias y sufrido tambien terribles reveses. Pero Kleber estaba con él; y en vez de permitir á Westermann abandonarse á su impetuosidad, suspendió la marcha mientras que oculta-

ba una parte de su infanteria en los bosques que hay á uno y otro lado del camino.

Lyrot, que no estaba acostumbrado á esta aparente indecision por parte de los republicanos, se figura que Westermann ha llegado solo con su caballeria: adviértelo así á Marigny y Fleuriot que todavía estaban en Savenay, y les anuncia que tiene la esperanza de arrollar la vanguardia republicana. Se lanza al paso de carga, y rechaza la caballeria de Westermann; pero en el momento en que llevado de su ardimiento, pasa por delante de las tropas emboscadas, salen estas de improviso y lo atacan denodadamente. Lyrot no desmintió en esta ocasion la intrepidez y serenidad de espíritu que tanto crédito le habian granjeado en veinte combates. Rehace sus filas, descompuestas momentáneamente por este ataque inesperado, y lucha á un mismo tiempo

contra Kleber y Westermann. Mas á pesar de la fuerte resistencia que opuso, tal vez hubiera sucumbido si de pronto no hubiera visto empuñarse un vivísimo fuego de fusilería en el mismo bosque donde estaban parapetados los republicanos. Desconcertados estos y obligados á responder al enemigo desconocido que los ataca, se desvían de las tropas de Lyrot. El valiente vendeano, en vez de emprender su retirada, se aprovecha de esta escaramuza, formaliza su ataque, y hace retirar á un mismo tiempo á la division de Kleber y á la caballería de Westermann.

Acaso esta primera ventaja, aprovechada con ese valor desesperado que animaba á los pobres vendedeos, hubiera cambiado completamente el aspecto de la batalla, porque ya Fleuriot y Marigny habian llegado, y el fuego de fusilería se habia hecho general. Pero sobrevi

no la noche, y una espesa niebla aumentó la oscuridad. Ninguno de los gefes realistas advirtió que un batallón republicano, atacado por enemigos desconocidos se hallaba en completa derrota, y que la división de Marceau que acababa de llegar, no reconociendo á los que así marchaban en desórden, los recibió á tiros.

Varias escaramuzas parciales tuvieron lugar en una estensa línea, y los republicanos poco disciplinados sucumbieron heridos por el mismo plomo republicano. Un ataque furioso, desesperado, y emprendido á la ventura en medio de este desórden, hubiera dispersado tal vez á un ejército lleno de fatiga. Pero los generales realistas carecian de ese espíritu de confianza que suele dar la victoria. Bastante resueltos para morir, no tenían el entusiasmo necesario para vencer. Trataron de reconocerse, volvieron á tomar la

escelentes posiciones que habian de-
jado con el objeto de avanzar, y en-
tretanto Marceau y Kleber restable-
cieron el órden en sus tropas. Solo
despues de haberse suspendido el
fuego en toda la línea, llegaron á
reconocer los republicanos que por
espacio de una hora no habian he-
cho mas que matarse unos á otros;
pero como la misma causa de este
desórden lo hubiese hecho menos
grave, fueron muy pocos los muer-
tos. Marceau reformó sus batallo-
nes, y muy pronto el silencio de la
noche solo fue interrumpido por al-
gunos disparos que se hacian de
cuando en cuando por una y otra
parte.

Entretanto Lyrot, reunido con
sus compañeros, les iba dando gra-
cias respectivamente por la empeña-
da escaramuza que lo habia salvado
de la emboscada en que su ardimien-
to lo comprometiera; pero cada cual
manifestaba no haber tenido parte

en semejante propósito. Y no tardaron en preguntarse unos á otros quien habia sido el amigo desconocido que con tal arrojo y tan buen éxito habia tomado parte en el combate.

—Ese ha debido ser uno de los batallones, que el Morbihan prometió enviarnos, dijo el abate Bernier.

—¿No sabeis, repuso Marigny que los habitantes de Moncluce han unido al ejército republicano? No contemos, señores, mas que con nosotros mismos, tal vez con esa partida de valientes que nos ha presentado en Chateaubriand.

—¿Con el hombre de la máscara encarnada? dijo Lyrot. Teneis razon sin duda debe ser él; porque en medio de la confusion del combate, he oido algunos de esos gritos lúgubres con que se comunican los soldados la voz de mando, si

que pueda comprenderse su sentido.

Entretanto avanzaba la noche.

Los generales realistas habian concedido á sus soldados cuatro horas de descanso en el mismo campo de batalla. Durante esta noche de quinete horas una tercera parte de las tropas dormia, mientras que los otros dos tercios velaban. Aun no habia amanecido y todo el ejército estaba ya en pie. Pero esta vigilancia que tal vez hubiera salvado el ejército en Mans, no debia aprovecharle ya en Savenay. Por otra parte los generales que se hallaban al frente de las tropas republicanas no eran tan ineptos y cobardes como los que la Convencion habia puesto al principio á unos enemigos que consideraba despreciables: llamábanse Marceau, Kleber, Beaupuy, Canuel, y en segunda linea, Menars y Savary, destinados á dejar nombres célebres á la historia.

A las ocho de la mañana, después de una noche de lluvia continua y tan fría, que según la expresión de Benaveu, penetraba hasta la médula de los huesos, los realistas creyendo que el ejército republicano tendría menos constancia que ellos, se adelantaron en medio de la poca claridad de esta funesta mañana. ¡Esperanza ilusoria! Ya tenían tomadas todas las posiciones sus contrarios. Se había creído sorprenderles, y de repente oyeron resonar por todas partes la orden de ataque. Sin embargo, no queriendo los realistas aguardar á que fuesen á buscarles, avanzan á la apresurada y con tal ímpetu, que hicieron dispersar mas de una vez á la vanguardia de los republicanos. Pero Kleber acude en su socorro, y se lanza en medio de los batallones que vacilan.

— ¡Adelante! grita con su voz ententórea.

—Ya no tenemos cartuchos, responde el oficial á quien se dirigia.

—¡Cargad á la bayoneta!

—Muchos soldados las han perdido.

—¡Pues matadlos á culatazos! grita Kleber lanzándose el primero.

Entonces el combate se empeña con furor, pero ya la division de Tilly y la de Kleber se habian aprovechado de las tinieblas de la noche, para traspasar las líneas de los vendeanos, haciéndose dueños de los bosques y alturas que flanqueaban el ejército realista.

Mientras que Marceau, multiplicando los ataques, entretiene á un mismo tiempo las divisiones de Fleuriot, de Lyrot y de Marigoy, Kleber reúne su division, y ordena á Tilly continuar su marcha para dar una vuelta completa á la ciudad de Savenay, y entrar en la

poblacion por el lado opuesto al que ocupan los realistas. Apenas Tilly empieza á ejecutar esta operacion, sale Kleber de sus bosques y acomete por el flanco á Fleuriot y Marigoy, que resueltos á morir se vuelven hácia este nuevo enemigo, dejando solo á Lyrot la dificil tarea de repeler los ataques de Marceau.

En vano Fleuriot y Marigny oponen la mas heróica resistencia para cubrir á Savenay, ven caer en torno suyo filas enteras de vendederos y ya les faltan las municiones. En este momento salia de Savenay una porcion de mugeres la mayor parte á caballo cou el objeto de socorrer á los heridos; desde luego se dirigen hácia el punto donde estaba Lyrot, pero los ataques consecutivos de Marceau obligaban ya á este á retroceder. Entre aquellas mugeres se encontraban Mad. de Lescure y la marquesa de Per-

bruck. Viendo como estaba la línea de Lyrot, se encaminaron hacia Marigny.

— ¡Volveos á Savenay ! les grita este, todo está ya perdido.

Mad. de Lescure quiere quedarse.

— ¡ Señora ! gritó entonces Marigny , acordaos de aquel juramento que os hice en dias mas tranquilos. ¡ Solo con la vida podrán arrebatarme esta bandera.

Coje entonces de manos del joven Savoyry la bandera que Mad. de Lescure habia bordado por sus propias manos , y desdeñando contestar á los ataques de Kleber con el fuego inútil de los vendanos , se abalanza á su cabeza y ataca á los republicanos á la bayoneta.

Cuatro veces avanza hasta sus mismas filas , y otras tantas veces el fuego impasible de los republicanos aniquila los soldados que le acompañan y solo á él lo respe-

tan las balas. Fleuriot imita este ejemplo en otro punto, y habiendo sido rechazado por dos veces, vuelve de nuevo á la carga. Parecia que su tentativa iba á ser tan infructuosa como las anteriores; pero de repente la línea de los republicanos vacila, se entreabre y aparece una fuerza arrolladora que deja en sus filas un ancho boquete. Un hombre enmascarado maudaba esta fuerza; inmediatamente se precipita con ella en la brecha que acaba de abrir, y va ensanchándola poco á poco, como si se propusiera abrir paso por aquella parte á los vendeanos. A ella se lanza tambien Fleuriot con los restos de su division, y asi logran apoderarse del bosque. Pero ya los republicanos se estrechan, y los que con tal audacia acaban de libertar la division de Fleuriot, se ven arrastrados al mismo punto de donde acaban de sacar á los vendeanos.

Marigny, testigo presencial de esta heroica intervencion, vuelve á ordenar sus filas para intentar una nueva carga. Pero ya no era tiempo; Lyrot se habia visto obligado á retirarse delante de Marceau, el cual avanzando siempre, iba á atacar á Marigny por retaguardia.

— ¡ A Savenay ! grita este.

Todas las tropas se precipitan hácia este punto, envolviendo las primeras compañías de Marceau, que quieren colocarse entre ellas y la poblacion. Pero no todos pueden pasar. Cerca de mil quinientos hombres quedan separados de la columna de Marigny y se ven envueltos por Kleber y Marceau. Obligados á rendir las armas, obedecen gritando : ¡ Viva la nacion ! ¡ viva la república ! y quedan hechos prisioneros. A la verdad estaban en poder de Kleber y de Marceau, que no acostumbraban á mandar la vic-

toria , como otros muchos con inútiles asesinatos. Pero otros seiscientos se encontraron cercados por Westermann ; entre ellos habia un gran número de mugeres , y en medio de ellas la marquesa de Perbruck , que habia presenciado la salvacion de Fleuriot. Por la máscara encarnada que cubria el rostro del intrépido jefe que mandaba esta pequeña fuerza , habia conocido al hombre extraño de que le habian hablado el conde de X... y Marigny.

Hábale dicho este que lo encontraría en lo mas recio del combate , y ella le habia contestado que alli mismo iria á buscarle. Con efecto ; la marquesa se acercó á él , mientras que reunia sus soldados y colocaba en el centro del cuadro que habia mandado formar , las mugeres que corrian perdidas y desoladas por do quiera encontrando en todas partes enemigos furiosos

que mataban sin compasion. Deslizabase esta aguerrida tropa, siempre combatiendo y siempre avanzando, entre la division de Kleber y Savenay, y se disponia á tomar un bosquecillo que hubiera ocultado su movimiento á los republicanos, cuando Westermann desemboca de improviso, y el gefe enmascarado, sus seiscientos soldados, doscientos vendeanos que se le habian unido, y cerca de cien mugeres á que daba escolta en el centro de su batallon, se encuentran arrollados en un abric y cerrar de ojos.

Les gritan que se rindan. El gefe enmascarado responde inútilmente que es preciso morir, ó abrirse paso por medio de los republicanos. Aturdidos ya los soldados deponen las armas y se echan de rodillas. En el mismo momento el cruel Westermann manda hacer fuego, y mas de las tres cuar-

tas partes de esta tropa cae asesinada.

Por fin la marquesa de Perbruk habia conseguido acercarse al gefe enmascarado, y trataba de dirigirle la palabra, cuando le vió caer herido á su inmediacion. Hubo mas: al caer le echó una mano y la hizo rodar consigo por el suelo, aunque hasta entonces la habian respetado las balas. De todo punto ignorante de cuanto sucedia, solo oyó gritar:

— ¡Que se levanten los que no hayan muerto y se perdonará!

Los desgraciados vendedores creen en esta promesa hecha por un oficial republicano y se levantaron al momento. Mad. de Perbruck iba á hacer lo mismo; pero la mano del gefe enmascarado la sujeta fuertemente y no la deja levantarse. Aquel hombre conocia demasiado á los enemigos con quienes peleaba. Con efecto, apenas se levantaron los

infelices que habian librado sus vidas de las primeras descargas, sus crueles adversarios hicieron nuevamente fuego sobre ellos y quedaron tendidos casi todos, víctimas de su credulidad.

Un grito feroz de Westermann celebra esta horrorosa matanza; mas como viese todavia removerse sobre el suelo algunos desgraciados que luchaban con las agonías de la muerte, hace correr su caballeria por encima de aquella alfombra de cadáveres, y luego continúa su marcha hácia Savenay, á donde acababan de entrar Lyrot y Margny.

Alli habia una carniceria tal vez mas espantosa.

Segun hemos dicho ya, Tilly dió una vuelta á la ciudad, y mientras los realistas puestos en desorden se refugiaban en ella por un lado, la invadia Tilly por el otro. Asi es que estuvo pronto á hacerles frente.

te, y recibió á la bayoneta los restos de las divisiones de Lyrot y Marigny, perseguidos entonces por Marceau, Kleber y Westermann: aquello no fue un combate, sino una horrible matanza. Lyrot recibe veinte bayonetazos, y los artilleros de la Vendée quedan acuchillados sobre sus mismas piezas.

— ¡Perdon para los que se rindan! gritó Savary, que habiendo llegado de refresco, no comprendia el espantoso furor de aquella guerra.

— ¡Mas quiero matar hoy que fusilar mañana, le contestó un soldado.....

Y la carniceria continuó.

Marigny, mas afortunado que Lyrot, arrolla algunos soldados que ya se habian dispersado por la ciudad, y emprende el camino de Guerande, á donde habia encaminado todas las mugeres. Las que obedecieran su órden de no abandonar este

arrabal, se salvaron. Vuelve las dos piezas de artilleria que debian proteger este camino en caso de ataque, se coloca entre ellas, y deja pasar durante una media hora á las mugeres, niños y ancianos, que huyen llenos de consternacion. De repente la huida se aumenta, y le arrebatá los veinte artilleros que debian servir los cañones puestos á las órdenes de Marigny. Se queda solo con un aldeano llamado Chollet; y uno y otro con la mecha encendida, y cuando habian concluido de pasar los que huian, se encuentran cara á cara con un batallon republicano.

Marigny y Chollet levantan la mecha para dar fuego á los cañones, cuando un jóven oficial sale de pronto al encuentro de los republicanos y los detiene.

—Tienen miedo, exclamó Chollet.....

Por toda respuesta el comandan-

te manda calocar su batallon á veinte pasos de las piezas , y los hace echar arma al brazo , y colocándose él mismo á la cabeza de sus soldados , permanece inmóvil frente á los cañones con que se les amenazaba.

Marigoy por su parte tampoco se mueve.

En esta situacion trascurrió un cuarto de hora.

— ¡ M. de Marigny , gritó entonces el jóven oficial ! ¿ creéis que las mugeres estarán ya bastante lejos ?

Marigny dirige una mirada á lo lejos , y se inclina sin contestar.

Entonces el comandante se vuelve hácia sus soldados , que estaban inmóviles delante de las dos bocas de fuego , y les dice con energia : — ¡ Avancen !

Chollet levantó la mecha para dar fuego á su cañon , pero Marig-

ny se la quitó, arrojó la suya al suelo, y los dos se retiraron, sin que un solo disparo les inquietase en su retirada.

El comandante de este batallon se llamaba Savary.

Pero ya en Savenay todo estaba perdido, y no habia quedado nadie con vida.

Segun el soldado se lo habia dicho á Savary, los que mataban aquel dia teniau razon, porque al dia siguiente fueron fusilados los mil quinientos hombres salvados por Kleber y Marceau, y todos cuantos habian sido hechos prisioneros en otros puntos. Ordinariamente despues de una victoria aparecian los representantes.

Pero la historia ha consignado suficientemente en sus páginas estas atrocidades, para escarmiento de la posteridad. Volvamos ya á los sucesos particulares de nuestra relacion.

Por la serenidad del gefe enmascarado la marquesa de Perbruck se libró de la muerte, y por una casualidad providencial los caballos que Westermann hizo pasar sobre aquella alfombra de cadáveres, no llegaron á hacerle el menor daño.

Ya no se advertia ningun síntoma de combate y la marquesa de Perbruck iba á levantarse cuando la mano vigorosa que la habia sujetado la primera vez volvió á contenerla de nuevo.

— ¡Paciencia, señora, le dijo la voz de aquel ser desconocido: ¿no sabeis que cualquier gesto, cualquier movimiento puede traer sobre nosotros á esos miserables, que consideran un asesinato como una victoria?

— ¡Ah Dios mio! exclamó la marquesa de Perbruck estremeciéndose al oír aquella voz, ¿no me direis quien es la persona que así me habla?

— ¡Silencio! le contestó el desconocido ¿no sentis andar gente cerca de nosotros?

En efecto, á poco rato se presentó un aldeano que sin duda habia imitado el ejemplo de su jefe, y que se habia librado de la muerte lo mismo que él.

Cuando iba á acercarse á la marquesa de Perbruck y al desconocido, salió un tiro de detras de unos matorrales y le hizo rodar sobre ellos. Mas, preciso es decirlo en abono de la verdad, ya no eran los republicanos los que cometian semejantes atrocidades, sino los habitantes del pais que venian á dar cima á la obra de los vencedores. Por lo demas, lo que entonces hacian con los realistas vencidos, lo hubieran hecho lo mismo contra los republicanos, si la suerte no les hubiese sido favorable. Esta elocuente advertencia impuso silencio á la marquesa de Perbruck, que

tuvo que continuar al lado de aquel hombre cuya voz tanto la habia trastornado, inmóvil, muda, tendida sobre el lodo, cubierta de sangre é inundada por la lluvia glacial, que no cesó un momento en todo el dia.

Por fin llegó la noche; el ruido de los disparos se concluyó en Savenay, y no tardó en oirse allá en el bosque inmediato á la campiña, donde tan sangrienta ejecucion se habia verificado, un grito suave y repetido.

Al oír este grito, se levantó el gefe de la careta.

—Ya es tiempo, dijo en voz baja á la marquesa de Perbruck; ya es tiempo, repitió mas alto.

Al instante algunos gemidos respondieron á esta órden, y de los seiscientos hombres que ocupaban tan corto trecho, solamente siete ú ocho se levantaron, Mad. de Perbruck continuó sin moverse.

— ¡ Ah ! murmuró el gefe , esta pobre muger ha muerto .

— No , le respondió uno de los que acababan de levantarse , el frio y el terror la habrán hecho desmayarse .

— Pues bien , repuso el gefe , la salvaremos .

La cogió en sus brazos y se la llevó , atravesando aquel campo cubierto de cadáveres .

CAPITULO XLV II.**Carrier en Nantes.**

En el mismo dia que perecieron en Savenay los restos del ejército realista, una escena no menos terrible tenia lugar en un suntuoso palacio de Nantes.

En la parte mas retirada de este edificio, hallábanse reunidos tres hombres. Uno de ellos se paseaba apresuradamente con las manos echadas hácia atrás. Era de alta estatu-

ra, si bien algo encorbada. Sus cabellos negros y relucientes le caian sobre los hombros; su modo de andar era brusco, su tez morena, sus ojos vivos y pequeños aumentaban la espresion feroz y adocenada de su rostro.

Este hombre era Carrier.

—Verdaderamente no somos mas que unos niños, dijo una voz áspera y ronca, Billaud Vareunes y Maillard han matado en Paris en menos de cinco dias doce mil prisioneros, y yo aun no he completado dos mil.

—Sin embargo, respondió uno de los otros dos, el tribunal revolucionario marcha con toda la rapidez posible en las sentencias: los prisioneros no hacen mas que entrar y salir. Lo mas que se hace es preguntarles su nombre, y al momento se les condena.

—Calla, Lamberty, dijo bruscamente Carrier, por mas que les apuro

y amenaza, jamás he llegado á conseguir mas de doscientas condenas por dia. A este paso necesitamos lo menos tres meses para desocupar las cárceles y dar lugar á nuevos foragidos. Guillotin era un majadero, y su invencion solo es buena para los ladrones y asesinos: á buen seguro que por ese medio lleguemos á esterminar los enemigos de la república con la rapidez que se necesita; vale poco.

—¿Y no podeis mandar fusilarlos? dijo el tercer personage.

—¡Y tú no sabes, Fouquet, respondió Carrier al que acababa de hablar, que los soldados vacilan y que ordinariamente no quieren volver á disparar á los que no mueren de la primera descarga! No, no; nada de fusilamientos: es preciso otro medio.

Los dos satélites de Carrier se miraron con terror al oír tales designios.

—Aguardo á uno, continuó aquel despues de un rato de silencio, creo haber descubierto el medio de llenar esa necesidad apremiante. Pero hablemos de otra cosa. ¿Habeis encontrado los hombres que os he pedido? añadió, sentándose cerca de la mesa á donde se celebraba el terrible consejo.

—Dentro de una hora deben venir aqui: Vos les pasareis revista y les direis lo que tienen que hacer.

—Muy bien, dijo Carrier, ¿y cuáles son los que has escogido?

—Me fuí, respondió Lamberty, á las tabernas de la Basse-Fosse, á donde suelen refugiarse los desertores de la marina; y allí recluté una docena de hombres decididos, que no tienen miedo á nada.

—Esos, dijo Carrier, nos acompañarán en la expedicion para el proyecto que estoy meditando; pero no son esos precisamente los hom-

bres que yo quiero. Necesito gente que sepa leer y escribir. Si son necesarios brazos que ejecuten, no lo son menos entendimientos capaces de comprenderme.

—A mí me parece haber encontrado cosa mas á propósito que Lamberty, repuso Fouquet con una vanidad feroz: yo fui á la prision por deudas, y allí encontré algunos de esos infelices á quienes el rigor de los aristócratas hace espigar la desgracia de haberles salido mal sus negocios: les manifesté vuestras intenciones, y les dejé abiertas las puertas. Veinte se han escapado, y no tardarán en presentarse aqui. No he bajado á las tabernas de la Basse-Fosse para reclutar mas; pero me dirigí á la casa de juego del cuartel Eraslin. Allí encontré algunos hijos de familia arruinados por nuestras buenas amigas, algunos infelices que tienen la costumbre de satisfacer á sus acreedores con tal

cual porrazo, y en caso urgente, con puñaladas ó sablazos: lo menos tendreis esta noche unos treinta, y si se necesitasen mas...

—Serán suficientes, dijo Carrier, si son activos: por lo demas, á cada uno se le señalará su tarea, y todos tendrán que hacer.

Al cabo de una hora entraban en un salon espacioso cincuenta ó sesenta miserables: era la escoria de la sociedad, no solamente porque estos hombres pertenecian á las clases mas ínfimas del pueblo, sino porque apenas habria uno entre ellos que en tiempos ordinarios no hubiese sido condenado á la horca ó á presidio, en vista de sus crímenes. Casi todos eran falsificadores, petardistas, quebrados de mala fe, cageros que habian robado á sus principales, en fin, toda esa escoria de la clase media, mucho mas infame y cruel que la misma hez del populacho. La mayor parte eran jóvenes,

pero en todos se notaba esa especie de embrutecimiento que da la crápula y el libertinage.

Cuando entró Carrier, comenzó á pasearse entre ellos silenciosamente, como un general por medio de las filas de sus soldados; y de la misma manera que un general se muestra complacido y satisfecho al ver el buen porte de sus tropas, así tambien Carrier se sonreia al recorrer aquellos semblantes llenos de ferocidad, aquel modo de mirar abyecto, y aquella degradacion anticipada marcada en la frente de aquellos miserables.

—Está bien, dijo, volviéndose con cierto aire de aprobacion hácia aquel de sus infames subtenientes, que tan buena canalla le habia proporcionado.

Al momento se colocó en medio del salon y mandó formar círculo en torno suyo.

—Soldados de la compañía de

Mat
non
de
los
par
tra
tan
san
ra
ble
cio
lab
te
tan
cac
liz
atr
do
de
ro
ra

Marat, les dijo, porque este es el nombre ilustre y puro que llevareis de hoy en adelante, vosotros sois los llamados á salvar la patria, á purificar la Bretaña de todos los traidores y bandidos que la infestan: vosotros regareis con su sangre el árbol de la libertad, para que se eleve fuerte y perdurable.

Un sordo rugido de aprobacion respondió á estas primera palabras.

—Pero vosotros no sois únicamente soldados, añadió Carrier, sois tambien magistrados!

Esta denominacion honorífica aplicada á aquella horda de miserables, hizo retroceder á algunos.

—He aqui, continuó Carrier, las atribuciones de que os he revestido: donde quiera que tengais sospechas de que existen culpables, extranjeros, sospechosos, malévolos ó moderados, alli debeis presentaros inme-

diatamente, interrogadles y prenderlos. Si se os cierran las puertas, haced abrirlas en nombre de la ley: si nouviéseis la fuerza suficiente para ello, requerid á la gendarmeria, á los guardias nacionales, y á la misma tropa. Yo los pongo á todos bajo vuestras órdenes. Ya veis cuáles son vuestros poderes. Con tal que queráis ser fieles á vuestro encargo, ningun enemigo de la república debe escaparse de vuestras manos. Sobre todo ; nada de compasion ! ; No hay que atender á lágrimas ni á ruegos ! No os dejéis enternecer por la infancia, ni por la vejez ; y si alguno de vosotros no pudiese resistir á los atractivos de la belleza , cerraré los ojos por algunos dias , con tal que aquellas á que diéreis la preferencia, sean entregadas al verdugo tan pronto como os cansáreis de ellas.

Si la historia no hubiese confirmado jurídicamente tan espantosos

horrores, habríamos vacilado en darles cabida con tal minuciosidad.

Las palabras de Carrier fueron acogidas con las mas furibundas aclamaciones por aquellos hombres desalmados que palmoteaban y prometian, vomitando imprecaciones y denuestos contra los objetos mas sagrados, ser inflexibles de toda inflexibilidad.

— ¡ Mis valientes amigos, prosiguió Carrier, toda tarea merece su salario: el sueldo de cada uno de vosotros queda fijado en trescientos francos mensuales, y dejo á vuestra probidad el entregar á los fondos comunes todo cuanto cojiéreis en la casa ó en la persona de los que prendais!

Esta determinacion produjo nuevo entusiasmo y nuevos juramentos.

— Y ahora, les dijo Carrier, ya podeis marcharos, y desde esta no-

che entrareis en el ejercicio de vuestras atribuciones. Un cintoron y un plumero encarnado os designarán al respeto del pueblo y de las autoridades.

Concluido el programa, se retiraron aquellos foragidos con Lamberty á su cabeza. Fouquet volvió al Ayuntamiento á llevar la noticia de tan execrable institucion.

Estaba solo Carrier hacia un grau rato, cuando á la puerta del gabinete á donde se habia retirado, apareció una muger de estraordinaria hermosura.

El que escribe estas líneas era aun muy jóven la primera vez que vió á aquella muger. Estaba á la ventana de una casa aislada: su livida palidez, y su estremada flaqueza, no habian hecho desaparecer todavia los admirables vestigios de aquella célebre hermosura. Largos cabellos negros, ojos azules, lábios delgados, y una nariz lige-

mente encorvada, le daban cierto aire de dignidad y de orgullo.

Solo por una estraña casualidad fue permitido al autor de este libro el ver á aquella muger célebre, porque su casa estaba constantemente cerrada. Jamas se abrían las persianas, jamas se acercaba una viviente á llamar á su puerta, y todavia recuerda que siempre se pasaba por delante de esta casa con el criado que le acompañaba hasta la escuela, le llevaba siempre por la acera opuesta de la calle, haciendo con aire de espanto y como si pasase cerca de una tumba de un patíbulo:

—No os acerqueis á esas paredes: la casa de la querida de Carrier!

Y sin embargo, ya habian transcurrido muy cerca de veinte años desde que la tiranía del feroz Carrier dominara la ciudad de Nantes.

Pero el recuerdo de sus crímenes estaba aun tan vivo, que pesaba como un anatema sobre la frente de aquella infeliz muger, que habia salido de los brazos de aquel monstruo mas ensangrentada que marchita.

Pero en la época á que nos referimos, esta muger no se hallaba proscripta: mandaba como soberana sobre el verdugo de Nantes.

Cuando se presentó delante de Carrier, volvióse este y le dijo con voz desabrida:

— ¡ Y bien ¿ qué quieres, Angélica ?

— Nos habias prometido una fiesta para esta noche, contestóle aquella muger, y la noche viene y nada veo preparado.

— Vamos, vamos, le dijo Carrier, no estás contenta, á la verdad que no sé qué inventar para satisfacer tus caprichos.

— ¿ No vienes conmigo á la co-

media? replicó Angélica, ¿ó piensas dejarme sola en el palco como haces de algunos dias á esta parte?

—Bien sabes, respondió Carrier con un acento sombrío, que aborrezco las reuniones públicas: al instante vienen con mil exigencias á que yo no puedo suscribir.

—¿No te han dicho, continuó Angélica, que el presidente del tribunal revolucionario ha venido tres veces esta mañana, y que los individuos del Ayuntamiento han estado tambien hasta cuatro veces?

—¿Y qué has mandado que les contesten? preguntó Carrier.

—Como de costumbre; les mandé decir que estabas malo, y que no podias recibir á nadie. Pero habiéndose vuelto juntos á palacio, dijeron que vendrian otra vez esta noche.

—¿Pero qué me quierea? ¿qué

— ¿tienes que decirme? dijo Carrier lleno de cólera; yo les comunico mis órdenes, ¡tienes mas que ejecutarlas! Les señalo los criminales; su obligacion es dar la sentencia y hacer que los lleven al suplicio. ¡No quiero verlos!

— También es preciso que te advierta, dijo Angélica con un tono burlon, que estos señores (palabra, que en los labios de la que la pronunciaba, equivalia á una acusacion) han manifestado que no abandonarían el palacio sin haberte visto.

— ¡Oh, quieren verme á todo trance, exclamó Carrier, pues bien! dí que les dejen entrar. ¡Ya sabrán lo que es meterse en la cueva del leon!...

— ¡Ah, puesto que esas tenemos, dijo Angélica echándose sobre un campapé, prefiero quedarme aquí á ir al teatro; tengo mucha curiosidad de ver como vas á compo-

nerte con ellos.

—No, dijo Carrier; es menester que esta noche vayas á la comedia. Si encuentras á Francastel, convídale á cenar para esta misma noche: reúne tambien á algunos de nuestros partidarios; y no te olvides de traer contigo á las amigas que gustan de jarana y de broma. Te he prometido una fiesta, Angélica, quiero que sea digna de mi emperatriz, añadió con una repugnante sonrisa. Vete, y yo te respondo que quedará contenta.

Retiróse Angélica, y á poco rato vinieron á anunciarle á Carrier, que un hombre que decia ser capitán de un buque holandés queria hablarle.

—¡ Por fin! exclamó Carrier, levantándose poseido de una alegría brutal.

Inmediatamente entró un hombre de gigantesca estatura: su rostro aplastado tenia cierto aire de

idiotismo y casi de imbecilidad.

— ¡Y bien! Notron, le dijo Carrier: ¿está eso pronto?

El hombre contestó con una señal afirmativa de cabeza.

— ¿Has tomado bien tus precauciones?

— Sí, respondió Notron con voz cavernosa.

— ¿Se han practicado las válvulas?

— Yo mismo las hice. A la señal que mandeis, el buque se sumergirá con todo el cargamento.

Carrier abrió una gabeta y cogió unos royos de dinero.

— El precio de tu buque, le dijo á Notron, ya está pagado. Toma por tu sigilo.

Y puso en sus manos el dinero, que el capitan contó con la mayor puntualidad. Había cincuenta luisas. Era el precio de mas de ochocientas cabezas: la República no las tenia en mayor estima.

— Pero eso no basta , añadió Carrier , es menester que me busques mas embarcaciones , y que me las dispongas de la misma manera.

Notron se quedo mirándole.

— ¿ Sabeis , le dijo bajando la voz , que se pueden acomodar ochocientas personas en mi barco ?

— Es muy poco , contestó Carrier. Pero , añadió sonriéndose , donde caben ocho caben nueve , donde caben nueve caben diez : que tengan la bondad de estrecharse un poco.

— ¿ Y qué dia quereis hacer la expedicion ?

— Aguárdame esta noche á las doce ó mas tarde , pero no dejes de aguardarme.

El capitan se despidió , y en seguida vinieron á decirle á Carrier que los individuos del Ayuntamiento y los del tribunal revolucionario le esperaban en el mismo salon , donde algunas horas antes habia re-

cibido á la cuadrilla de perdidos á quienes revistió de tan exorbitantes atribuciones.

Antes de entrar Carrier se detuvo á la puerta, y oyó á Lamberty que decia con insolencia:

—La gente de casa se ha equivocado, el ciudadano Carrier no puede recibiros porque está malo.

—Sin embargo, no hace mucho recibí una cuadrilla de miserables.

—Quién te lo ha dicho? exclamó Lamberty, dirigiéndose al que habia tomado la palabra.

—La misma gente de la casa.

—Y bien! Qué te importa? Carrier recibe á quien le da la gana.

—Pero es imposible seguir administrando así, repuso otro de la comitiva. El ciudadano representante se hace invisible, ¿ó es que nosotros tenemos miedo?

Al oír estas palabras entró Carrier precipitadamente en el salón.

— Quién ha dicho que tengo miedo? exclamó lanzando en torno suyo una mirada feroz: que hable, que salga al frente; añadió echando mano al puño del sable, yo le enseñaré si tengo miedo.

Carrier como todos los malvados, era un cobarde; pero en ciertos casos extraordinarios sabia fingir la audacia hasta el punto de intimidar á los mas resueltos.

Al ver su aspecto, el silencio mas profundo sucedió á los murmullos que hacia minutos se habian levantado; pero pronto cambió de tono, diciendo con un acento de solemne desprecio:

— Y bien, callais ahora; vosotros sí que teneis miedo. Hablad ¿qué me quereis? ¿Será alguna traicion la que venis á proponerme, y por eso no os atreveis á hablar?

Ciudadano representante, respondió uno de los miembros del comité, el tribunal revolucionario pi-

de que se le conceda algun plazo. Desea emitir sus fallos con mas órden y medida; como apenas tiene tiempo de averiguar la identidad de los delincuentes, ha sabido con dolor que muchas persona han salido condenadas bajo nombres que no eran suyos.

— Los nombres que han tomado ¿les harian reconocer por buenos patriotas? repuso brutalmente Carrier. No, puesto que vosotros mismos los habeis condenado. ¡Pues bien se conoce que si hubieran dicho sus verdaderos nombres hubiesen aparecido mas culpables. !Duro, duro os digo, ese es vuestro deber!

— Pero, ciudadano, ¿somos por ventura instrumentos ciegos? exclamó con viveza un individuo de aquel Ayuntamiento.

— Ciegos y estúpidos, repuso Carrier; porque no sois buenos para maldita la cosa, no haceis nada de

pro
ura
nue
tán
nec
vig

y e
la
cio

del
han
que
qui
vos
las
dar

esc
mie

mó
ten

provecho; mil complots se están urdiendo en los conciliábulos de nuestros enemigos, las cárceles están atestadas y nos amenazan; yo necesito otros brazos mas activos y vigorosos para obrar.

—Tal vez querreis destituirnos, y con ese objeto habreis establecido la compañía de Marat, cuya creación se nos ha comunicado.

—No por cierto, señores elegidos del pueblo, dijo Carrier en tono burlon; todo lo contrario, es para que podais dormir con mas tranquilidad. Ellos harán las faenas que vosotros no sabeis hacer, y darán las órdenes que vosotros no sabeis dar.

—¡Y será preciso obedecerles! exclamó un individuo del Ayuntamiento.

—¡No me obedecéis á mí? exclamó Carrier indignado. Tened entendido, patriotas cobardes, misera-

bles moderados, tened entendido que cada uno de esos hombres es otro yo, y que habreis de obedecerles como á mí mismo. ¿Quién se atreve, pues, á hablar de desobediencia? ¡Lamberty, Fouquet, añadió volviéndose hácia sus dos tenientes, ¿en dónde están los traidores que murmuraban, cuando yo iba á entrar? ¿quién es el que quiere saber, si vale mas estar sentado en el banco de los jueces ó en el de los acusados? ¡Ah, bien lo comprendo todo! Algunas de vuestras hechuras se hallan entre los prisioneros,.... esos á quienes llamais parientes, amigos, y venis á pedir plazo, y experimentais una especie de dolor por los fallos que habeis pronunciado. ¡Ah!.... ¡asi es! Pues bien! Ahora os tocará el turno. Los clubs me están importunando continuamente; hasta aqui he resistido. Me piden vuestras cabezas; yo se las prometo.... ¡Ah! asi sabreis

apreciar mi dulzura y mi humanidad!

Al oír estas palabras de Carrier, se le escapó una sonrisa burlesca á uno de los individuos del Ayuntamiento.

—¡Cómo! ¡te ries, miserable aristócrata! exclamó el feroz procónsul.

Y sin mas preámbulos le sacudió una tremenda bofetada.

—¡Esto ya no se sufre! exclamó el insultado, tomando una actitud amenazadora.

Carrier tiró del sable, y proferió rabioso como una bestia feroz acorralada:

—¡Y todos venis aquí á asesinar-me?.... ¡A mí, Lamberty! ¡Fouquet! ¡A mí los patriotas!

Una docena de descamisados, que servían de guardias de Corps á este infame, se presentaron al momento con sable y pistola en mano.

—Pues bien! continuó Carrier,

¿es eso lo que quereis? ¡A nosotros todos.....

Y se abalanzó con el sable levantado contra los individuos del Ayuntamiento y del tribunal revolucionario, que retrocedieron asustados, gritando:

—¡Haremos cuanto se nos mande, ciudadano Carrier!

—Idos, pues, indignos patriotas, tibios defensores de la libertad, idos, y procurad merecer el perdón que os concedo.

Entonces se retiraron todos, sin que ni una sola voz se atreviese á protestar contra tan execrable tiranía, sin que un sentimiento de honor se sublevase contra unos ultrajes tan degradantes.

Repetimos que para creer en la posibilidad de semejantes actos, es preciso verlos consignados en las páginas de la historia. Y aun así, aun viéndose uno obligado á admitirlos como ciertos, no acierta la

razon á comprenderlos. Si el tribunal revolucionario y el Ayuntamiento hubiesen obedecido las órdenes de Carrier con la pasion y la ceguedad, propias de hombres que llevan adelante con igual furor un mismo pensamiento, se comprenderia su ferocidad. Pero estos hombres se horrorizaban de los mismos excesos á que servian de instrumento; se detenian en la sangrienta carrera á donde se les precipitaba, conocian sus crímenes y los miraban con terror. Entonces se creian en estado de poder resistir el esterminio espantoso de que eran agentes; entonces venian á llamar con repetidos golpes á la puerta de Carrier para decirle la verdad; venian resueltos á morir; pero, una vez en su presencia dudaban, temblaban; el furor de aquella hiena helaba de espanto la sangre de sus venas. Y sin embargo ¿cuál era su mayor peligro? La muerte. Pero la muerte, ya la te-

nian prevista; luego no era esa la causa de su miedo.

¿A qué temian, pues? á un hombre, sí, á un hombre, y sobre todo, á una palabra.

He aquí una cosa que parece inesplicable, y sin embargo es cierta: reynaba *el terror*... ¡el terror!... un sentimiento de bajeza, de humillacion servil, esclavizaba todos los corazones, degradaba el valor, quebrantaba todas las voluntades.

Es indecible el terror que puede inspirar un móstruo como Carrier: es la serpiente venenosa, cuyo ojo ensangrentado arrebató al infeliz que la descubre bajo sus plantas, la fuerza para huir ó para defenderse. Y no vaya á creerse que tal fuese entonces en Nantes el sentimiento de unos pocos, ni en algunos momentos. Toda la poblacion nantesa se estremecía con el nombre de Carrier, sangrienta

divi

die
las
lasveni
beze
habl
des
rier
hum
pers
esteso e
sobr
pest
hubi
gri
los
dad
los
hab

divinidad del terror.

Este nombre, no se atrevia nadie á pronunciarlo en el seno de las mismas familias : parecia que las paredes iban á cuartearse y venirse al suelo, aplastando las cabezas de los que hubiesen querido hablar del procónsul. Quince años despues del sangriento paso de Carrier por Nantes , y cuando ya la humanidad se habia vengado en su persona de los atentados cometidos, este recuerdo era aun tan poderoso en el ánimo de los que habian sobrevivido á aquella terrible tempestad , que si cualquiera persona hubiese entrado en una reunion gritando: *¡ Ahí está Carrier !* todos los circunstantes se hubieran quedado pálidos como la muerte, y los mas tímidos y las mugeres se habrian levantado para huir.

CAPITULO XLVIII.

Los individuos del cuerpo municipal y del comité revolucionario se retiraron, como hemos dicho ya, y Carrier se quedó solo con sus tenientes Fouquet y Lamberty.

—¡Ah! vacilan, exclamó el primero; pues bien, avivarán el paso, ó serán arrastrados por el torrente revolucionario, que ya por fin tengo á mis órdenes.

—¿La falúa del capitán está dis-

puesta? preguntó Fouquet.

—Sí, contestó Carrier, sentándose delante de una mesa donde escribió algunas líneas. Pero se levantó al momento, rompió el papel, echó al fuego los pedazos y no los perdió de vista hasta que el último quedó enteramente convertido en cenizas.

Lamberty y Fouquet se miraron. En efecto, Carrier debía haberse distraído. Jamas habia querido dar un escrito suyo; nunca quiso dejar en poder de nadie las pruebas materiales de la mas pequeña de sus fechorias.

No falta quien se haya atrevido á afirmar que Carrier era uno de esos hombres aturdidos aunque feroces, que creian secundar de buena fe los proyectos de la Convencion. Eso no es cierto: Carrier conocia sus crímenes; sabia ademas que nadie traspasaba como él las mas crueles intenciones de la asam-

blea soberana; y la mejor prueba que puede aducirse en abono de esto, es ese mismo cuidado minucioso que ponía en hacer desaparecer hasta los menores vestigios de sus sanguinarios mandatos.

—Fouquet, le dijo cuando acabó de consumirse el último pedazo de papel, vete á la cárcel del castillo, y dí que pongan en libertad de unos mil á mil doscientos prisioneros.

—¿Y qué pretesto doy?

—Dí al comandante que he dispuesto su traslación á Paimbeuf, para evitar que se vayan aglomerando demasiado.

—¿El buque está pronto? volvió á preguntar Fouquet.

Carrier le miró con aire familiar y hasta cariñoso.

—¿Tienes mucha gana de hacer la prueba? le dijo:

Fouquet se puso pálido.

—¿En dónde está? repuso Lam-

herty.....

—Frente al antiguo hospital.

—¿Y quien ha de conducir los prisioneros?

—¡Qué diablo! la guardia nacional, los voluntarios; lo demás es cuenta nuestra. ¿En dónde está vuestra gente?

—En el café del teatro, repuso Lamberty.

—Que se presenten todos aquí á la una de la mañana; quiero instalarlos yo mismo en la mas agradable de sus atribuciones. A propósito, no me he acordado de designar el gefe á mi compañía de Marat. ¿Has pensado en eso, Fouquet?

—He ofrecido ese destino á un tal Gabriel Chevelin, hombre de muy buenas disposiciones, que llevó á la guillotina á su padre y á su madre, porque eran aristócratas.

—Desde luego lo nombro, escla

mó Carrier. ! Ah! Lamberty, tú te vas dejando vencer por Fouquet.

— Te equivocas, ciudadano representante, contestó Lamberty con cierto orgullo, porque yo fui quien se lo indiqué á Fouquet.

— ¡ Sea en buen hora! dijo Carrier, ya veo que entrambos me comprendéis. Y ahora, apresuraos todo lo posible..... cenaremos á las diez.

— No saltaremos, contestaron los dos tenientes, y se marcharon.

A poco rato se presentó Angélica.

— ¡ Tan sola? le dijo Carrier.

— El salon está lleno, respondió graciosamente Angélica, nunca he visto tanto entusiasmo. ¡ Vaya, bien puedes, Carrier, decir que triunfas! eres en realidad el representante de de un gran pueblo.

— Tú me adulas, Angélica, dijo Carrier sentándose cariñosamente á su lado: pretendes engañarme?

Angélica le miró con la mayor atención, y despues de un rato de silencio, le dijo:

— ¡Qué! ¿Sospechas de mí?

A su vez Carrier la examinó, diciéndola:

— ¿Y si sospechase?...

— Si sospechases de mí, Carrier, ya no estaria en este sitio; ya me hubieras enviado al tribunal revolucionario. No aguardarias para eso á estar seguro de que yo te engañaba.

— ¿Pues tan malo me crees?

— No... pero te amo bastante para comprender la venganza, repuso Angélica con la mayor ternura. ¡Oh! si tú me engañases, Carrier, te mataria... ó te denunciaria!

El tigre se sonrió con orgullo.

Estos dos amantes, que recíprocamente se prometian la muerte, eran por cierto dignos el uno del otro. Muy pronto pasaron al salon.

Reinaba en aquel aposento una agitación estraña.

—¿Qué hay de nuevo? dijo Carrier, volviéndose de espaldas hacia la chimenea.

—¡Cómo! exclamó uno de los concurrentes; no sabes que los realistas han sido derrotados hoy mismo en Savenay.

—¿Han hecho prisioneros? preguntó Carrier.

—Han estado fusilando hasta la noche.

—¡Ay! dijo Carrier con sentimiento, Bourbotte y Prieur me tienen mucha envidia.

—Sin embargo, se dice que Marceau y Kleber perdonaron la vida á algunos miles de hombres que rindieron las armas.

—¿Y á que se mezclan en eso? exclamó furioso Carrier. ¡Qué se batan! eso es lo que les incumbe. ¡Ah! Sin duda Bourbotte se deja intimidar.

— Los prisioneros vienen con direccion á Nantes, dijo otro.

— ¡De veras! exclamó Carrier entusiasmado. Esa es una buena noticia. ¡Oh! los envian á Nantes!.. ¡ya les prepararemos alojamiento!.. muy bien... añadió frotándose las manos: la fiesta principia bien; espero que concluirá mejor.

Entonces Carrier se puso á dar vueltas por todo el salon.

Habíase reunido en este la sociedad mas rara y original que puede imaginarse. No solo se encontraban allí cortesanos sin vergüenza, sino alguas señoras pertenecientes á familias distinguidas y que no habian perdido su modestia ni sus finos modales; pero concurrían á tomar parte en las satisfacciones de Carrier por efecto del mismo sentimiento que habia hecho sufrir á los miembros de la Municipalidad las amenazas é improperios de aquel miserable.

Antes de entrar en su casa, se habian derramado muchas lágrimas. Con efecto, al llegar Angélica al teatro pasó su mirada imperiosa por todo el salon, y en un momento eligió sus favoritos y sus víctimas. No pocos furibundos se vieron llamados á su palco con una graciosa sonrisa, y corriendo como locos, fueron á aceptar el convite propuesto como el favor mas señalado. Otros habian sido advertidos por medio de una mirada amenazadora, que Angélica se asombraba de que no hubiesen ido todavia á rendir los respetos á los pies de la soberana de Nantes. Habian cedido á su vez, y recibido invitaciones para sí y sus mugeres.

Estas, en un principio, como se deja suponer, se habian pronunciado abiertamente contra la debilidad de sus maridos. No se les resistia este paso, únicamente por el horror que á todos inspiraban los crímenes

de
qu
pe
de
xi
mi
me
ra
tia
ba
rie
ma
por
de
«E
le

que
apa
noc
rial
bia
una
me

de Carrier, sino por las liviandades que caracterizaban aquellas orgias; pero pasado el primer movimiento de rebeldía, entró á obrar la reflexión: una negativa equivalía á la muerte, á la muerte para uno mismo, para sus hijos si los tenia, para su padre y madre, si es que existian aun. Entonces todas se resignaban, y se dirigian al salon de Carrier, haciendo desaparecer hasta el mas lijero vestijio de las lágrimas; porque este hombre habia dicho mas de una vez en tono muy formal: «El primero que no se divierta, le mando cortar la cabeza.»

Gozoso Carrier con esa victoria que le prometia nuevas víctimas, se aproximó á una muger que no conocia. Esta muger era extraordinariamente hermosa, y Carrier lo habia notado desde luego.

—En verdad, ciudadana, tengo una satisfaccion en que seas de las nuestras. le dijo con afectada gal-

tería. Dime quien eres, por saber á quien soy deudor de tanto reconocimiento?

—Me llamo Luisa, contestó graciosamente aquella muger.

—¿No tienes mas nombre que ese?

—He olvidado el otro.

—¿Pues como así? ¿no sabes el nombre de tu padre?

—El nombre de mi padre era el de un aristócrata, y así no quiero saberlo.

—¡Ah! ¡Esta sí que es linda y valiente patriota! pero di ¿no tienes familia, algun hermano ó hermana á quien quieras proteger?

—Soy huérfana.

—¿Y no estás casada?

Aquella muger miró á Carrier con cierto aire de coqueteria.

—Espero encontrar un marido que me guste.

—O un amante.

—El nombre es lo de menos.

ba
di
ni

mi
Ca
lla
lat

ter
gr

cia
pa
At
co

rie
de
ha

ati

Mientras que Carrier conversa-
ba así en un rincón, Angélica le
dirigia ciertas miradas bastante sig-
nificativas.

—Lamberty, dijo esta última, lla-
mando junto á sí al teniente de
Carrier: ¿no me dirás quien es aque-
lla jóven que está en el rincón al
lado de la chimenea?

—No la conozco.

—Con quién ha entrado?

—Voy á averiguarlo, contestó el
teniente, y fue á pasearse entre los
grupos.

—Vamos, ciudadano Carrier, de-
cia la jóven, no os acerqueis tanto
para hablarme; mirad á la bella
Angélica, que nos está observando
con aire amenazador.

—Déjala que rabie, replicó Car-
rier, que si quiere hacer la celosa
de un modo imprudente, yo sabré
hacerla callar.

—Tú!.. ¡Vaya, vaya! No te
atreverías. Ya estás que no sabes

lo que te pasa, solamente con acercarte á mí. Apostaría algo de bueno á que no te atreves á permanecer á mi lado hasta la hora de cenar.

—Ya lo verás!

—A qué no te pones junto á mí á la mesa?

—A que sí...

—Y si te pido un rato de conversacion particular; ¿te atreverás á concedérmela?

—Ahora mismo, contestó Carrier.

—Mas tarde, repuso Luisa, no quiero hacerla morir de celos.

Entretanto Lamberty habló á la mayor parte de los convidados, y les hizo mil preguntas sobre la bella desconocida. Nadie sabia quien era; nadie la habia acompañado.

Lamberty fue á dar esta contestacion á Angélica, la cual se levantó corriendo á colocarse á la derecha de la desconocida, interpeándola

en los siguientes terminos:

— Quisiera que me dijese, ciudadana, cual de estos caballeros es tu amante, tu hermano ó tu padre para que pueda yo dirigirle algunas palabras de cortesia.

— Yo no tengo hermano, ni marido, ni padre, ni amante siquiera en este salon, contestó Luisa, y he venido sola.

— Y por convite de quién?

— Por convite del ciudadano Carrier, respondió esta muger con una resolucion poco comun.

— Vaya, vaya, ciudadano Carrier! repuso Angélica pálida como un cadáver, ¿cómo no me has anunciado tan amable visita?

— Ya ves que se anuncia muy bien ella misma.

Esta respuesta fue acompañada de una mirada tan terrible, que Angélica se retiró sin decir mas palabra.

Pero al momento llamó á un lado

á Lamberty, y le dijo:

—Es menester que esa muger no salga viva de esta casa.

—Pero... repuso Lamberty vacilando, si Carrier la protege...

—Tienes razon, dijo Angélica; no hablemos mas sobre el particular.

Y luego continuó en voz mas alta:

—El tiempo pasa y no hay mucha traza de cenar. Voy á ver si avivo los preparatívos.

Salió del salon; pero en vez de ocuparse de la cena, corrió á su cuarto, abrió una cajita que tenia guardada en el fondo de un secreto de una cómoda, cogió dinero en oro, diamantes y algunos papeles, y lo guardó todo en sus bolsillos, sacando al mismo tiempo un pañuelo de su guardaropa y envolviéndose perfectamente en él.

Oyóse en aquel momento un ruido de pasos, y la puerta del

cuarto se abrió de repente. Angélica tiró el manton.

—¿Qué haces ahí? le preguntó Carrier.

—He venido á componerme un poco mas, respondió Angélica. ¡Ah, Carrier, conozco que no estoy bastante hermosa!

—Yo no quiero escenas de celos ¿lo entiendes?..... he venido á prevenirte..... Vamos, vuelve al salon, y cuidado como te portas. Además debo advertirte á prevencion que las puertas del palacio están cerradas.

—Todos los dias lo están.

—Sí, para los que entran; pero esta noche, lo están para los que quieren salir.

—¡Ja, Ja, Ja!... dijo Angélica riéndose, sin duda te has figurado que yo queria salir! ¡Cómo te engañas, Carrier! ¿No sabes lo que he dicho? Si alguna vez me faltases, te mataria.

—Muy bien, dijo Carrier; entretanto, te advierto que la cena nos está aguardando.

—Allá voy, dijo Angélica.

Y aprovechándose del momento en que Carrier pasó el umbral de la puerta, se apoderó de un cuchillo y lo metió en una de sus bolsas.

Entrambos volvieron al salón. El entusiasmo que todos los concurrentes demostraban en atender á la reciénvenida, debió hacer conocer á Angélica que según opinion común se acercaba el término de su reinado. Sufrió con resignacion esta novedad, é invitó alegremente á los convidados á pasar al comedor.

Hallábase entre ellos felizmente para Angélica un hombre, que fue bastante poco previsior para ofrecerla el brazo; sin ese recurso se hubiera quedado sola.

Carrier por supuesto, dió la

mano con aire de triunfo á su nueva adorada, diciéndola al mismo tiempo:

—Sabes que has estado admirable por la serenidad, al contestar á Angélica, que yo era quien te habia convidado á cenar.

—Y que! ¿no inspiras tú el deseo de conocerte, á cuantos tienen un corazón verdaderamente republicano, á cuantos admiran el valor reunido con la fuerza?

Carrier estaba loco con su nueva conquista.

Angélica por su parte, queriendo afectar indiferencia y tranquilidad, redobló sus manifestaciones de alegría, haciendo á cada paso todo género de escitaciones al buen humor de los convidados. Al cabo de una hora los vinos circulaban con profusion, y las palabras mas licenciosas y crueles al mismo tiempo corrian de un extremo á otro de la mesa. Carrier, perdida ya ente-

ramente la cabeza, hacia á la hermosa Luisa mil caricias y proposiciones que ella acogia con la sonrisa en los labios, pero al mismo tiempo, de modo que el terrible procónsul creyese que habia encontrado un alma todavia mejor que la de Angélica para comprender sus feroces pasiones.

Esta última entretanto trató de aprovecharse del mismo desorden general, y mandó que el servicio de la cena se apresurase todo lo posible.

Carrier no se cuidaba mas que de su amable pareja, y parecia haberse olvidado enteramente de los demas convidados.

Angélica, cuya impaciencia era cada vez mas cruel, se levantó la primera, exclamando con voz estrepitosa:

— ¡ A la fiesta ! ¡ á la fiesta que Carrier nos ha prometido para esta noche !

— ¡Una fiesta! repuso este medio trastornado con la interesante conversacion que seguia: tienes razon efectivamente! He prometido una fiesta á mi emperatriz; con que, á tí te la dedico, añadió en voz mas baja, inclinándose hácia Luisa.

— ¿Y en dónde ha de ser esa fiesta?

— En el Loire, querida; una fiesta de iluminacion!

Luisa se desvió con aire despechado, y Carrier le dijo con acento sombrío:

— ¡Qué! ¿no te gusta, ciudadana?.....

— Yo pensaba, repuso con frialdad, que tú preferías quedarte conmigo?

— Vamos, hermanos y amigos, gritó Carrier levantándose de la mesa, que ya es hora. Las barcas están prontas, ¿no es verdad, Lamberty!

Este respondió afirmativamente.

—Pues id andando, que pronto me reuniré con vosotros. Cuidado que cuento con que ireis todos, añadió lanzando al mismo tiempo una de esas miradas aterradoras que equivalían á una sentencia de muerte para los que desobedeciesen sus mandatos.

Y en seguida, mientras que los convidados se levantaban, disponiéndose para salir, se aproximó á Fouquet, y le dijo en voz baja:

—Tan pronto como salga del palacio Angélica, la arrestarás y la harás conducir al depósito de los prisioneros.

CAPITULO XLIX.

Angélica estaba observando á Carrier, y al advertir la mirada que lanzó hácia aquella parte y el movimiento de sorpresa que se reflejó en el semblante de Fouquet, no dudó que alguna órden terrible se acababa de espedir contra su persona. Salió del salon con los demas convidados: pero antes que Fouquet hubiese podido arrestarlas, se metió apresuradamente hácia la parte in-

terior de las habitaciones, y de cuarto en cuarto llegó hasta la puerta de la sala en que Carrier y Luisa habían entrado solos.

Angélica llevaba en la mano el cuchillo que había ocultado en el bolsillo. Cierta de ser sacrificada, no quería morir sin vengarse primero.

La puerta que conducía del gabinete por donde había entrado á la sala en que se hallaban Luisa y Carrier, estaba un poco entreabierta.

En el mismo momento en que se dirigían desde la sala al gabinete, Angélica se retiró á un rincón, para dejarlos pasar y poder dar con mas seguridad el golpe.

Luisa y Carrier entraron. Luisa estaba del lado de Angélica, de modo que era difícil alcanzar á Carrier. Entretanto Luisa manifestaba alguna resistencia.

—¿A qué tantas gazmoñerías? le

dijo Carrier. ¿No has venido aquí para ser mía?

La jóven retrocedió, y aprovechándose de la oscuridad para sacar del bolsillo un puñal que llevaba, lo levantó sobre Carrier exclamando:

—;He venido para librar á Nantes de un monstruo como tú!

Pero en el momento en que Luisa iba á herirle, fue detenida por la mano de Angélica. Luisa forcejeó, pero inútilmente; pues cayó herida por el mismo cuchillo que iba destinado á Carrier.

Mientras que este, temblando y espantado retrocedia cobardemente hasta un rincon del gabinete, Angélica se aproximaba y le decia llena de cólera:

—Ahí tienes á la que prefieres á mí, y por quien has querido mandarme á la guillotina!

—;Eso es falso! ¡es falso! contestó Carrier, trémulo y aturdido.

— ¡Oh! bien puedes hacerlo ahora que te he salvado! dijo Angélica. No tienes mas que llamar á Fouquet; ya sé que me está aguardando en la calle.

— ¡Calla! ¡calla! gritó Carrier con voz ronca y alterada; yo sé que nadie me ama sino tú. ¡Oh! exclamó saliendo del gabinete y acercándose á cojer una vela; ¡iba á ser asesinado! ¡asesinado!.... ¡asesinado!.... repitió una porcion de veces, con mas terror tal vez, que el que á tantas víctimas habia inspirado. ¡Pero, quién es esa muger? añadió furioso, acercándose á la heroína que todavia respiraba. ¡Ah! no ha muerto aun... no ha muerto: añadió sacando el sable y moviendo á la víctima con el pie.

— ¡No acabes de matarla! exclamó de pronto Angélica; que acaso podrá decirte quien ha urdido tan infame complot.

— Tienes razon, repuso Carrier

sonriéndose con ferocidad. ¡Ah! así es como los señores del Ayuntamiento velan por la seguridad de los representantes del pueblo. Pero ya les costará caro. Hay que llamar á alguno para que tenga cuenta de esta muger, mientras hago el interrogatorio. Llama á Fouquet.

Angélica mandó decir á Fouquet que subiese. Presentóse este al instante, y Carrier que se paseaba con sable en mano al rededor del cuerpo inmóvil y ensangrentado de Luisa, se puso á gritar:

— ¡Mira, mira; me han querido asesinar, y si no es por mi buena Angélica, á quien tanto estimo como tú sabes....! ¡Si no hubiera sido por ella, me hubieran matado, cosido á puñaladas!.... ¡á puñaladas! repitió con horror. ¡Oh! los bebedores de sangre! ¡los bebedores de sangre!.... ¡quieren matarme!

— Tú ten cuenta de esta muger, dijo Angélica á Fouquet; nosotros

averiguaremos quien es, y su crimen servirá para descubrir á muchos delincuentes.

Fouquet habia quedado inmóvil y silencioso, mientras que Angélica y Carrier hablaban.

—Yo no soy de ese parecer, dijo entonces, es preciso que los nanteses no sepan que basta un corazon resuelto y una puñalada para quitar á los enemigos de la república un hombre como tú.

Estas palabras dejaron suspenso el ánimo de Carrier, que se encontraba mas trémulo y asustado que hasta entonces.

—Tiene razon, repuso una voz sorda, tiene razon. ¡No por cierto! A nadie debe decirse una palabra de lo que acaba de suceder. Pero ¿qué vamos á hacer con ese cadáver?

—Me parece, dijo Fouquet, que en la fiesta á que vamos es fácil hacerle desaparecer.

—¡Muy bien, muy bien! Que dispongan mi silla de manos y colocaremos en ella á esta muger. Tú la bajarás con Lamberty hasta la puer-ra. Allí la cojerá tu gente y la llevará hasta la Fosse, desde cuyo punto la conduciremos á la barca de Notron.

Bajó Fouquet para dar cumplimiento á estas órdenes, y entonces ocurrióle á Carrier el preguntarle á Angélica cómo se encontraba á la puerta del gabinete.

—¡Oh! dijo esta con una amargura admirablemente burlesca, habia adivinado quien era esta muger y hasta llegué á abrigar por algunos instantes la idea de dejarle llevar á cabo su crimen, para vengarme de tu infidelidad. Pero no me creía mas fuerte de lo que soy, continuó sollozando, y no bien me ocurrió que podias sucumbir, corrí sin dilacion para salvarte.

—¿Y por qué no me has avisa-

do?... repuso Carrier.

— ¡Acaso me hubieras creído! Porque tú no me amas, exclamó Angélica; ya no me amas...

Carrier se prosternó delante de ella, hizole mil protestas de su amor, imploró su perdón y lo obtuvo. Pero Angélica no ignoraba que Carrier había querido enviarla al patíbulo, y este acababa de saber que Angélica no reparaba en herir á las personas en cuya muerte tenia algun interés, y que no le habia temblado la mano para matar á Luisa. El odio y el terror inspiraban á ambos.

— Anda, le dijo Angélica, y no te olvides que te están aguardando á orillas del Loire.

— Vendrás tú tambien, le dijo Carrier; yo quiero que seas la reina de la fiesta. ¡Ah! quieren asesinar-me, repuso enfarecido, pues bien! ¡nos veremos!..... Yo quiero que esta ciudad no se atreva ya

nunca á levantar la voz: quiero que las gentes se acerquen á mí temblando é hincada la rodilla; que se tiendan cuando yo pase por la calle; yo las romperé la cabeza y pisotearé sus cuerpos. ¡ Ven! ¡ ven! Angélica, tu vas á ver pasar la justicia de Carrier.

Salieron los dos juntos, mientras que algunos hombres de la compañía de Marat llevaban en una silla de manos herméticamente cerrada, la víctima que Lamberty y Fouquet habian colocado en ella. Unos veinte asesinos marchaban á vanguardia y retaguardia de Carrier y de su querida.

Cuando tanto se murmura en nuestros dias, porque algunos guardias de Corps ó algunos gendarmes detienen á los transeuntes para abrir paso á un coche de la casa real, pudiéramos preguntar á donde estaba el pueblo francés, cuando así sufría los insultos y atropellos de

la comitiva de Carrier. En efecto, los sicarios que le acompañaban, hacian abrirle paso como á un Rey, y para conseguirlo no economizaban los mas duros improperios, y los ataques con el sable en mano, hiriendo indistintamente á hombres, mugeres, ancianos y niños. Los que no podian huir al momento, ó no encontraban calles transversales para evadirse del furor de aquellos beduinos, eran acuchillados contra las paredes, y muchas veces los infelices tenian que gritar: «¡viva Carrier! ¡viva la república!» esperando así desviar el último golpe que les amenazaba. Pero los hombres que componian la guardia de corps de Carrier, no se contentaban sino con sangre; y era tal el grado de ferocidad y embrutecimiento á que habian llegado, que decian con la mayor frescura *no haber hecho nada*, cuando pasaba un dia sin que cometiesen alguna

asesinato.

Llegó Carrier á la Fosse y la recorrió casi en toda su estension. Alcanzaron á ver algunos grupos de paisanos escoltados por guardias nacionales, y varias barcas que los conducian desde la orilla al buque de Notron, que estaba algo separado de aquella.

—Llegamos á tiempo, dijo Carrier á Angélica. Vamos, Lamberty, añadió en voz baja, vete á llevarles esa buena pieza, diles que está algo mala.

Algunos individuos de la compañía de Marat cogieron á Luisa y la echaron en una barca. Segun las órdenes de Lamberty remaron á toda prisa hácia el buque de Notron.

Este se encontraba á bordo, inspeccionando el embarque de los prisioneros.

—¡Ya hay bastantes! exclamó, ¡ya hay bastantes! ya no hay sitio,

y el buque va á salir.

Pero los infelices prisioneros que creían ponerse en salvo al abandonar la ciudad en que Carrier mandaba, y en donde las ejecuciones se sucedían con tal rapidez, se precipitaron en tumulto sobre la embarcación. Todos los que iban en la misma barca que Luisa, pudieron subir á bordo; pero esta se hallaba entaramente sin sentido. Los satélites de Carrier se disponían ya á traspasarla, cuando Notron rechazando furiosamente la barca, volvió á decir: — Ya hay bastantes!

Cayó en el fondo de la barca el cuerpo de la pobre Luisa, y los hombres que la tripulaban se volvieron á la orilla diciendo: «Esta quedará para mañana.»

— Yo creo, dijo uno de ellos, que es escusado, pues según parece está ya muerta.

Entretanto reunido Carrier con sus compañeros de orgía, entraron

en los barquichuelos que cogieron por asalto. La fiesta iba ya á comenzar.

Los gendarmes y los guardias nacionales, las tropas que habian acompañado á los prisioneros recibieron la órden de retirarse á sus cuarteles.

A escepcion del buque de Notron, en el cual estaban empaquetadas mas de ochocientas personas, y que levantó anclas segun las órdenes de Carrier; á escepcion de los matones que le servian de guardias de corps y de algunos individuos de la compañía de Marat, nadie se cuidaba de lo que sucedia en el Loire. Ni una sola luz habia encendida en las pocas embarcaciones que estaban amarradas á lo largo del muelle. La Fosse estaba desierto; así es que aun cuando hubieran visto pasar soldados y prisioneros, nadie se hubiera atrevido á salir de su casa á una hora tan

avanzada para tener tales encuentros. Tampoco brillaba ninguna luz en las casas de la poblacion. Con efecto, no le hubiera gustado mucho á Carrier que alguien se entretuviese en estar en vela hasta tan tarde. Cualquier ventana hubiera sido denunciada, reconocida la casa á que perteneciera, y severamente castigados sus moradores por haber incomodado al procónsul. ¡Y cuidado que el procónsul, no tenia para todas las faltas, mas que una sola pena... la de muerte!

Empezaba á deslizarse lentamente el barco de Notron, siguiendo el curso de las aguas. Lamberty habia reunido todos los miembros de la compañía de Marat para seguir el movimiento del buque á lo largo de la ribera. Los que llevaran la barca en que iba Luisa, fueron los primeros en concurrir, dejando ya por muerta á aquella desgraciada.

Entretanto los prisioneros sentían brotar en el fondo de su corazón una especie de gozo á medida que se alejaban de la fatal ciudad donde reynaba el esterminio. Figurábanse que á donde quiera que les condujesen se verían menos espuestos que en la ciudad de Nantes. Sin embargo, no dejaba de causarles admiracion el ver hormiguar en torno del buque una multitud de barquichuelos, de los cuales salían gritos alegres y risas ahogadas. Supusieron que fuesen soldados que los seguían, con el objeto de oponerse á cualquier tentativa de evasion, y era tal el desorden de aquella época, que no les causaba sorpresa el oír voces de mugeres entre el sordo murmullo que los acompañaba.

Pero un nuevo asombro, una inquietud cruel vinieron á acibarar la alegre esperanza de los presos, al ver que Notron y los marineros

que debían dirigir el buque, doblaron la enseñada y se metieron en una lancha que iba amarrada á aquel.

— ¡Cómo es esto, exclamaron algunos! ¿querrán abandonarnos á merced de la corriente del Loyre, hasta que vayamos á perdernos en el Océano?

— ¡Sea lo que Dios quiera, dijo un jóven; el buque es bueno, fácil de gobernar, y con algunos hombres yo me encargo de llevarlo á donde ni Carrier ni los suyos puedan alcanzarnos.

Entretanto habían cortado el cable, y la lancha de Notron se alejaba del buque, dirigiéndose hácia los demas barquichuelos que ocupaba Carrier con sus amigos y satélites. Al pasar tropezaron con una barca que desfilaba sola siguiendo el curso de las aguas, y uno de los marineros quiso detenerla.

— Déjala que se pierda, le dijo

Notron, mientras menos hubiere, tanto mejor se nos pagarán.

Y la barca continuó abatiendo su rumbo, mientras que el buque proseguía su marcha, que amainaba cada vez mas.

—El buque no obedece ya al timon, exclamó repentinamente una voz desde lo alto del puente.

En seguida se oyó un terrible tumulto de gritos y maldiciones.

A este tumulto respondió un siniestro alharido, procedente de uno de los barquichuelos que acompañaban al buque.

—¡Encended las hachas! dijo la voz ronca de Carrier.

En un momento se iluminaron todas las barcas, y se pudo ver en todo su horror el espantoso cuadro que presentaba el buque de Notron.

Ya estaba sumergido en el agua mas de las tres cuartas partes, y los

infelices prisioneros aglomerados sobre el puente, levantaban los brazos al cielo dando gritos espantosos: unos se encaramaban por los costados, otros se agarraban á los mástiles, otros, en fin, subían por la arboladura. El buque se iba sumergiendo poco á poco, pero con mucha regularidad. Por fin llegó el agua á nivelarse con la cubierta; entonces el tumulto y la gritería subieron de punto: imprecaciones, alharidos, gemidos mezclados con voces estentóreas que entonaban solemnemente el himno de los muertos, y hasta algunos de estos infelices que trataban de salvarse á todo trance y que se echaron á nado.

Entonces se dió principio á una horrible caza.

Las canoas iluminadas con hachas, corrían hácia los puntos donde se veían mover las cabezas de los que intentaban salvarse: cuando

aquellas canoas se acercaban, levantaban los infelices las manos pidiendo socorro; pero se les contestaba con repetidos golpes, hasta que se hundian para siempre en el abismo de donde habian creido escaparse

Uno de estos desgraciados consiguió asir con una mano el barquichuelo en que estaba Carrier; pero este monstruo descargó un fuerte sablazo sobre la víctima, cayendo la mano dentro de la canoa y desapareciendo el cuerpo en el fondo del rio.

Pero ya todo estaba perdido: el buque de Notron se habia anegado completamente: ya no se veia mas que la parte superior de todos aquellos condenados que aun hacian pie en la cubierta; y como la esperanza de la salvacion no abandona al hombre hasta su postrer suspiro, las pobres madres levantaban sus hijos sobre sus cabezas para pro-

longar su vida por algunos segundos. Pero ya no se oían gritos ni gemidos: una voz sublime compuesta de mil voces ofrecia á Dios aquel sacrificio: el canto funeral de la Iglesia, olvidado hacia tanto tiempo, resonó de repente cubriendo con su sagrada armonía los gritos y algazara de los verdugos.

Por fin, desaparecieron debajo de las aguas todas aquellas manos levantadas al cielo: ahogáronse todas las voces que rezaban, y á los pocos momentos no se vió en la superficie del Loire mas que algunos cuerpos, que al principio sobrenadaban y que los sicarios de Carrier hicieron sumergir en los abismos.

—¡Y bien! ¿estás contento, Carrier? le dijo Angélica.

—¡Asi, asi!.. respondió bruscamente: esto es muy lindo, pero me da demasiado ruido y cuesta muy caro! Yo inventaré otra cosa.

Con efecto, pasado algun tiempo ya no echó mano Carrier de la perforacion de los buques para sus espantosas ejecuciones. Empleó el medio de arrojar por trampas abiertas á los que condenaba á *beber en el gran vaso*, segun él decia; mas viendo que ninguno de estos medios correspondia á su impaciencia, hizo asesinar mas de ochocientas personas en uno de los buques que habia tardado algo en sumergirse.

Terminada la ejecucion que nos ocupa, reunió Carrier á sus amigos á quienes habia convidado á semejante fiesta, y les dijo, despidiéndoles desdeñosamente:

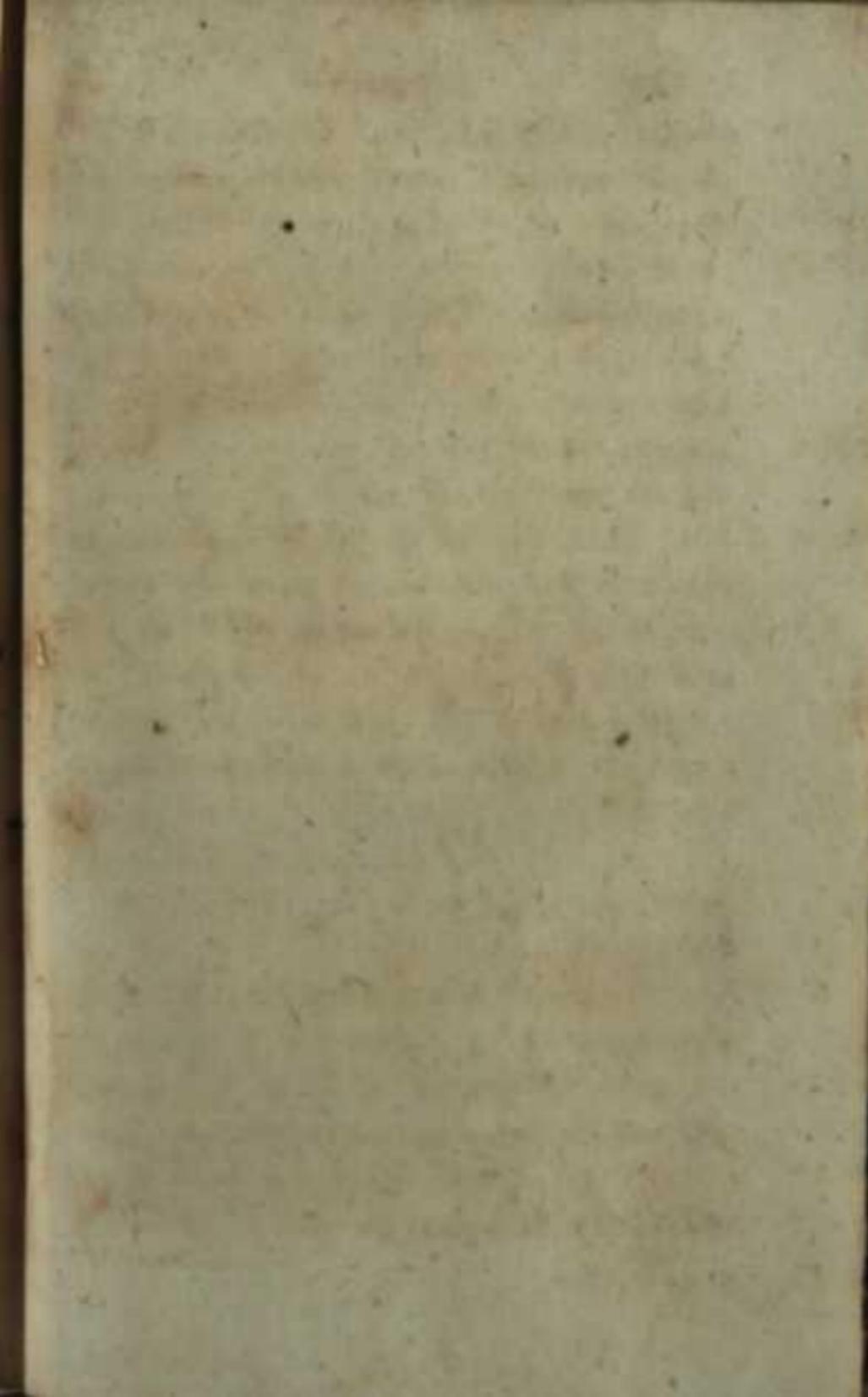
—He aqui una desgracia terrible, que la prudencia humana no podia precaver. Si mañana se hablase algo de ella en Nantes, yo supongo que todos cuantos la han presenciado, reconocerán que esta vez la casualidad ha sido justa.

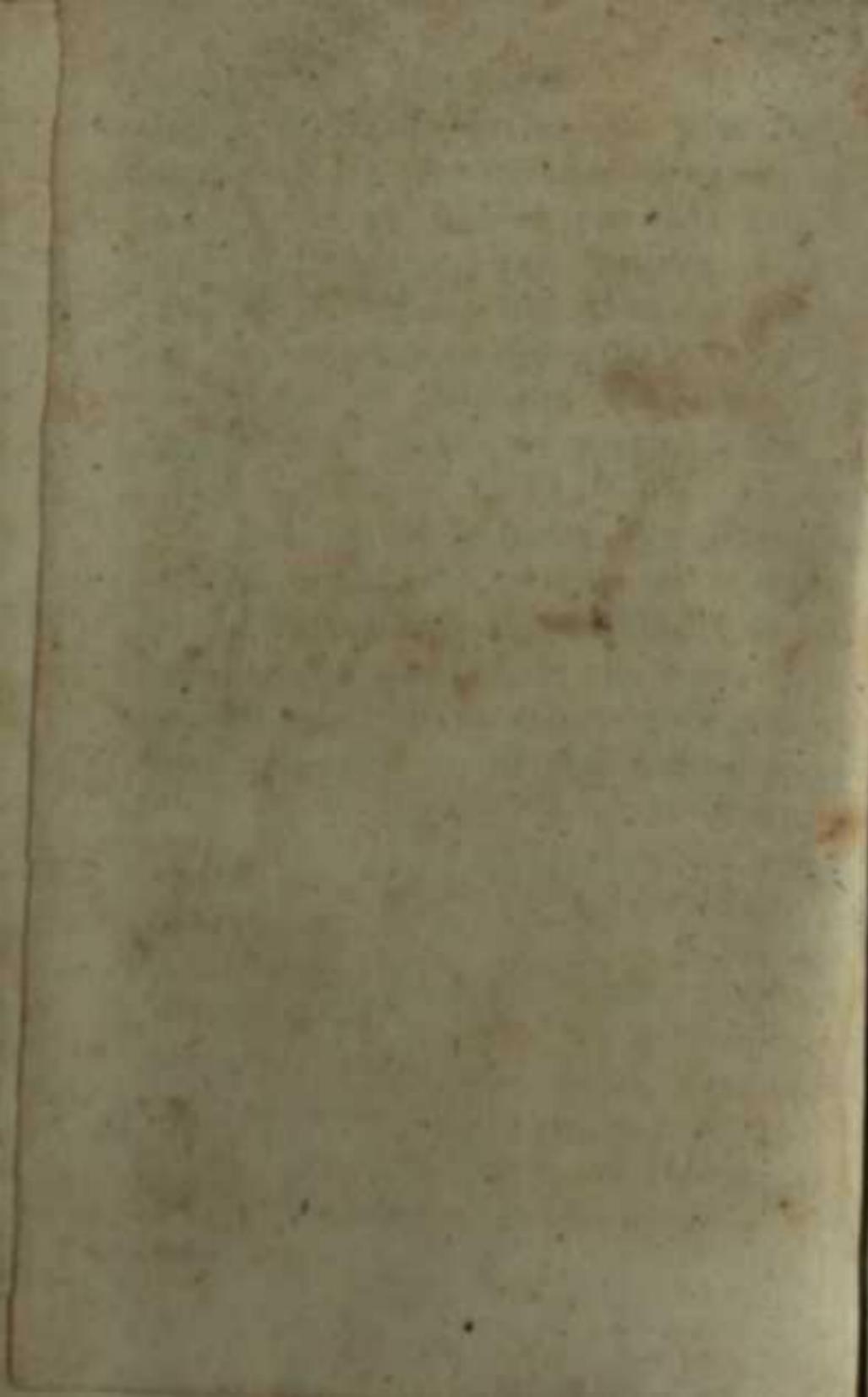
Cada cual se alejó despues de

haber felicitado á Carrier, y al dia siguiente las autoridades preguntaban si no se habian recibido noticias del buque que saliera para Paimbeuf. Hasta dos dias no supo el Ayuntamiento que dicho buque se habia ido á pique desgraciadamente por esceso de carga, hallándose aun en el Loire.

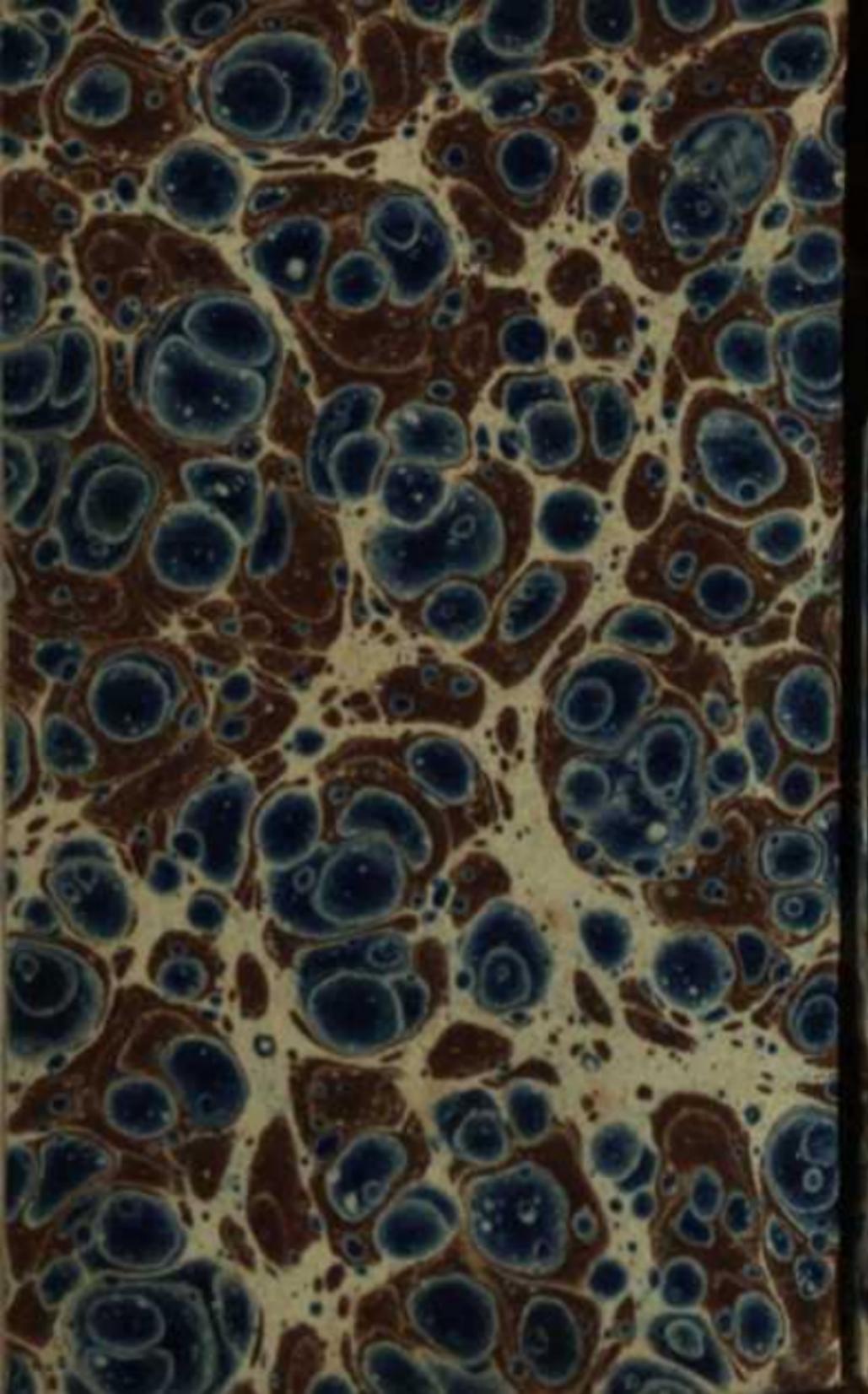
Entretanto la barca que Notron habia rechazado, y que los individuos de la compañía de Marat abandonaron á merced de la corriente, continuaba su marcha tranquila y sosegada por medio del Loire.

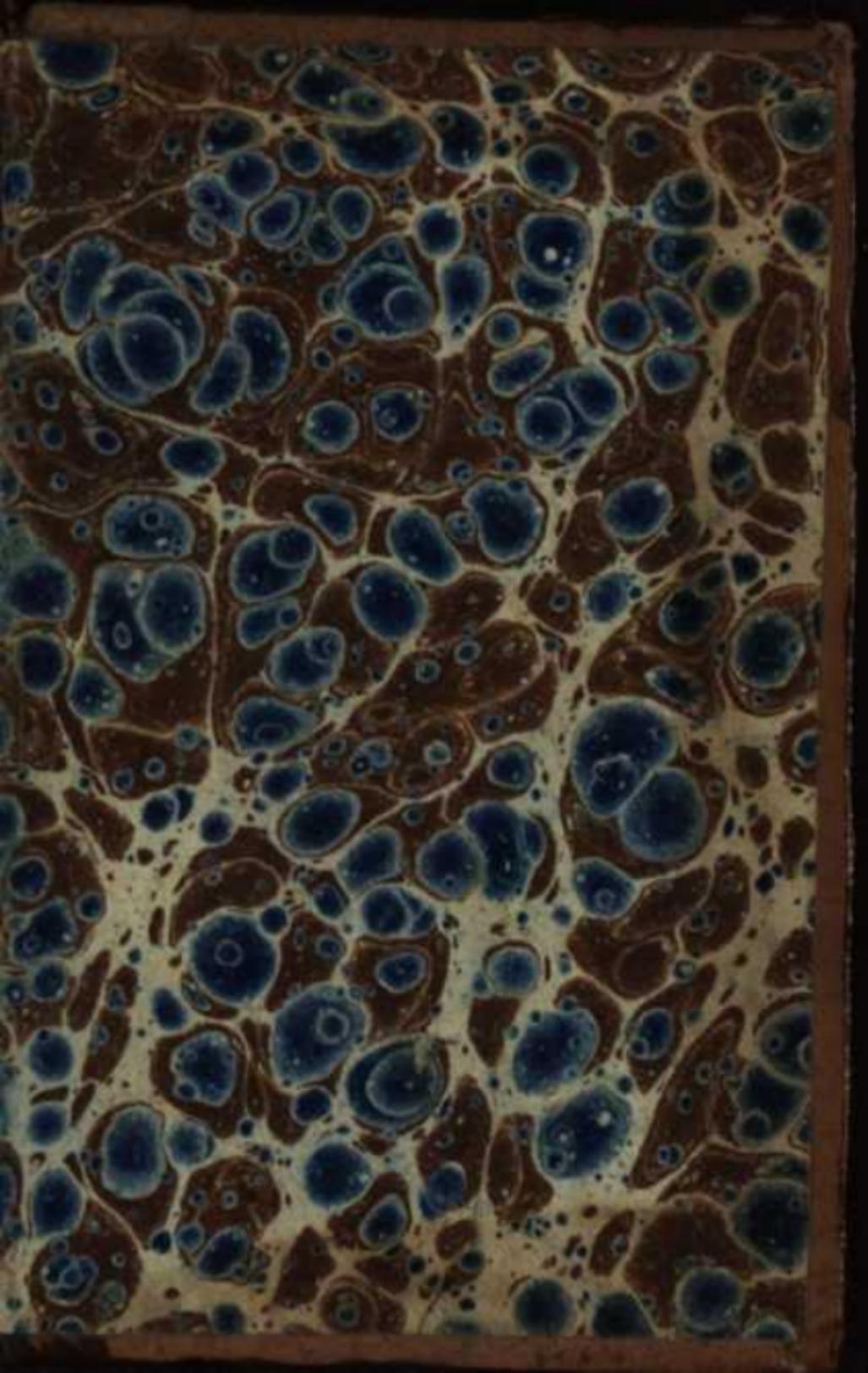
FIN DEL TOMO SEXTO.













SATURNINO

FABRIT

FAN
XIX
162c

3